



Administración, Comercio, Artes, Ciencias, Industria, Literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.—Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.—En el extranjero 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar 12 pesos fuertes con derecho á prima.

La correspondencia se dirigirá á D. EDUARDO ASQUERINO.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París, con los señores LABORDE Y COMPAÑIA, rue de Bondy, 42.

Se suscribe en Madrid: Librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.—Anuncios en España: 2 rs. línea.—Comunicados: 20 rs. en adelante por cada línea.—Redacción y Administración, Madrid, calle de Florida-Blanca, núm. 3.—Los anuncios se justifican en letra de 6 puntos y sobre cinco columnas. Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y tres columnas.

DIRECTOR Y FUNDADOR, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Ríos, Alarcón, Albistur, ALCALÁ GILIANO, Arias Miranda, Arcé, ARIBAT, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Bachiller y Morales, Balaguer, BARALT, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, CALVO ASQUERINO, Calvo Martín, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Ferrero, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Costanzo, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Cárdenas, Casaval, Dacarrete, Durán, D. Benjumea, Eguiláz, Elias, ESCALANTE, Escosura, ESTEBANEZ CALDERON, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Flores, Forteza, Srta. Garcia Balmaseda, Sres. Garcia Gutierrez, Gayangos, Gener, Gonzalez Bravo, Graells, Güell y Reuté, Harzenbusch, Janer, JIMENEZ SERRANO, LA FUENTE, Liorente, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Lecumberri, Madoz, Madrazo, Montesino, Mañé y Flaquer, Matos, MORA, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Medina (Tristan), Ochoa, Olavarría, Olzaga, Olzabal, Palacio, Pastor Diaz, Pasaron y Lastra, Perez Calvo, Pezuela (Marqués de la), Pi Margall, Poyé, Reinos, Retes, Ribot y Fontseré, Ríos y Rosas, Retortillo, RIVAS (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Sagarrinaga, Sanchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Trueta, Varea, VEGA, Valera, Viedma, Vera (Francisco Gonzalez).—PORTUGUESES.—Sres. Biester, Broderode, Bulhao, Pato, Castilho, César, Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pirés, Magalhaes, Trueta, Varea, VEGA, Valera, Viedma, Vera (Francisco Gonzalez).—AMERICANOS.—Alberdi Alemparte, Balerezo, Barros, Ara-Cofinha, Mando, Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirim, Rebello da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullio, Serpa Imental, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Alberdi Alemparte, Balerezo, Barros, Ara-Cofinha, Mando, Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirim, Rebello da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullio, Serpa Imental, Visconde de Gouvea.

SUMARIO.

Revista general, por D. Manuel María Flamant.—Amar por señas, por D. G. Calvo Asensio.—La esencia del arte, por D. Eusebio Asquerino.—República de Andorra, por D. Fermín Gaballero.—Necesidades de Asturias, por D. J. B.—Catástrofe.—La vejez, por D. Juan Alonso y Eguiláz.—Pastoral del arzobispo de Santiago.—Un pedazo de Sierra-Morena, por D. M. Laguna.—Oftalmología, por D. F. Delgado Jugo.—La agricultura prusiana, por D. Luis Justo y Villanueva.—Higiene pública, por D. Santiago Garcia Bazquez.—La superficie del mar, por D. F. Hernandez.—Instrumentos meteorológicos, por D. P. Argüelles.—Forrajes artificiales de secano, por D. E. M.—Correspondencia privada. Cartas de don Luis Mariano de Larra y D. Federico Balart.—Generosidad oportuna, por D. Manuel M. Flamant.—Cifras importantes.—Suellos.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE SETIEMBRE DE 1868.

REVISTA GENERAL.

Pro y contra.—Importantes declaraciones.—La opinión pública en Francia.—Armamento de los ejércitos europeos.—Perfidia rusa.—Revelaciones de La Liberté.—Terremotos en la América del Sur.—Un despacho telegráfico.

Vamos á hacernos cargo de algunos hechos respecto de los cuales no formaremos hoy comentario alguno, pero que consideramos oportuno mencionar, porque en cierto modo forman una especie de curioso cuadro sinóptico de probabilidades, ya guerreras, ya pacíficas, donde los aficionados á la paz y los partidarios de la guerra hallarán datos en que apoyarsus respectivas opiniones, para complacerse ó desalentarse alternativamente á medida de su deseo.

Hablemos de los indicios pacíficos.

No escasea estos *El Internacional*, que, como prueba de las disposiciones tranquilizadoras que hoy predominan por donde quiera, encarece el mesurado lenguaje del marqués de Moustier; anuncia gozoso el manifiesto napoleónico de que tanto se ha hablado, á propósito de la política imperialista; se refiere á ciertos nuevos arreglos entre Italia y Roma; y, procurando no omitir ningun incidente indicador de la paz, consigna que el nuncio del Papa en París vive sin manifestar temores de ningun género.

Otro indicio pacífico. El príncipe de Metternich, embajador de Austria cerca de la corte de las Tulle-

rias, ha empezado á hacer nso de una licencia que se prolongará hasta el próximo Octubre.

No es mucha, á decir verdad, la eficacia ó virtud pacificadora de este hecho, puesto que pocas horas bastarian al representante del emperador Francisco José en París para volver á esta capital, en el caso de que los puntos negros se convirtiesen en otras tantas desechas tormentas. Mas, toda vez que ese viaje se cita en concepto de comprobante pacífico, sin disputarle nosotros esa significacion, nos hacemos cargo de él, sea por lo demás cual fuere su real y positivo valor.

A creencias pacíficas se inclina tambien *La Correspondencia de Berlin*, al decir que el obstáculo para la guerra es el aislamiento fatal á que se veria condenado el agresor, y, por consiguiente, la desigualdad de sus fuerzas en la lucha que provocara. Respecto de armamentos, añade el expresado periódico que si Francia en un año ha fabricado 1.200.000 fusiles Chassepot, Prusia tambien tiene armado todo su ejército sin necesidad de acudir á empréstitos para ello.

Nótese, no obstante, que este lenguaje del colega prusiano, si bien expresa una convicción tranquilizadora, no será ciertamente Francia el país donde este efecto producirá; antes bien es de creer que el resultado será el diametralmente opuesto, pues en tales frases verá sin duda el segundo imperio un nuevo insulto, y acaso una nueva amenaza.

Hablemos ahora de los indicios de carácter guerrero.

A este número pertenecen los numerosos experimentos que acaban de hacerse del tiro de artillería en el campamento de Chalons; ensayos presenciados por el emperador, quien inspeccionó despues todos los cuerpos de infantería, de los que se dice que manobran de una manera inmejorable.

A su vez, el rey de Prusia presenció no há muchos dias la gran revista anual de las tropas que forman las guarniciones de Berlin y ciudades inmediatas. Entretanto, el príncipe real inspeccionaba el segundo cuerpo de ejército.

Aparte de esto, segun *La France*, Federico Guillermo se halla muy satisfecho de su visita militar á Dresde; y el rey de Sajonia confirió á su hermano, el rey de Prusia, despues de las grandes maniobras allí practicadas, el mando del segundo regimiento de granaderos. S. M. prusiana, colocado al frente del regimiento, dió gracias al monarca sajón, expresando su alta satisfacción como generalísimo de las tropas de la Confederación, por el buen porte del cuerpo de ejército de que se trata.

Agréguese á todo esto el hecho altamente significativo y confirmado ya, de la supresion de la casa de

moneda de Carlsruhe, y que á consecuencia de esta medida, el dinero de Baden se acuñará en adelante en las casas de moneda prusianas, y desde luego se verá en esto un nuevo peligro para la paz, porque es una evidente señal del creciente influjo de Prusia en toda Alemania.

De Carlsruhe escriben que en los círculos políticos de aquella ciudad se atribuye al gobierno de Baden la intencion formal de pedir en breve la admision del gran ducado en la Confederación del Norte.

Como desde luego se advierte, Prusia camina rápida y desembarazadamente á la completa unificación de Alemania, á despecho de Francia.

Lo expuesto es mas que suficiente para que pueda formarse una idea bastante exacta de lo crítico de la situación general, y tambien para que, así optimistas como pesimistas, elijan entre el *pro* y el *contra* que á grandes rasgos hemos puesto á su vista, lo que mas en consonancia con sus deseos ó sus temores le parezca. Por nuestra parte, ninguna duda abrigamos en este asunto.

De ningun modo mejor que trascribiendo íntegro á continuación el, bajo todos conceptos significativo artículo publicado por *La France* con el epígrafe de *Los tres tratados*, podremos hacer formar idea de su espíritu y de la tendencia que encierra. Notable es, ciertamente ese artículo, así por el trascendental asunto sobre que versa, como por la ocasion en que ha visto la luz, como por la política que traza, y, en fin, como por la alta precedencia que con toda claridad en él se refleja. Ese artículo, en una palabra, es un verdadero *ultimatum*, dirigido á Rusia, á Prusia é Italia, y de tal manera reviste á nuestros ojos ese trascendental carácter, que para ostentar un sello completamente oficial, solo necesita las formalidades cancellerescas propias de tales documentos, sin que por lo demás fuera preciso introducir la mas ligera variante en cuanto á su espíritu y su estilo.

Lo que á primera vista descuella en ese escrito con honores de nota diplomática, es el deseo de alejar del segundo imperio toda la responsabilidad que Europa y la humanidad entera pudieran exigirle en el día de un conflicto provocado por sus ambiciones y su desmedido orgullo.

Por lo demás, es harto dudoso que el tono del escrito de que se trata, tono bastante altanero y casi imperativo, contribuya á llevar la tranquilidad á los ánimos sobrecogidos por el fundado temor de una próxima colision entre Francia y las tres naciones á quienes, por medio de su órgano mas genuino opone un terminante veto en sus respectivas aspiraciones, el gobierno napoleónico.

Pero prescindiendo ya de consideraciones que á



nadie pueden ocultarse, hé aquí cómo se expresan los augustos inspiradores de la *France*:

«Cuando se agitan ante la opinión tesis de paz ó de guerra, debería tomarse más en cuenta el estado de los hechos de que podría surgir un conflicto. Importa poco, en efecto, que los gobiernos estén armados, si no lo están las cuestiones.

Pues bien, basta examinar friamente la situación, para convencerse de que no existe cuestión abierta que tenga que resolver la *France*, ni por la diplomacia, ni por la espada.

Tres grandes intereses de influencia y de equilibrio en Europa han provocado nuestra vigilancia y nuestra acción: el primero en Oriente, se unia á la conservación del imperio otomano amenazado por la *Rusia*; el segundo tenía por objeto la independencia de la *Italia*, reducida á una posición subalterna por el *Austria*; el tercero era concerniente á la transformación de la *Alemania* bajo la dominación de la *Prusia*.

En ninguna de esas crisis internacionales ha sido *Francia* la que tomó la iniciativa de la guerra. Al contrario, la historia atestigüa que hizo lo posible por evitarla; pero ambiciones excesivas que nada bastaba á contener trajeron en cada caso complicaciones que tuvo que cortar la espada ante la impotencia de la diplomacia.

No fué *Francia* la que impulsó á la *Rusia* á pasar el *Pruth*, al *Austria* á pasar el *Mincio*, á *Prusia* á invadir la *Bohemia*.

Lo que suscitó en Europa esas graves cuestiones de Oriente, de *Italia* y de *Alemania*, fué la política agresiva que prevaleció en 1833, en 1859 y en 1866 en los consejos de *San Petersburgo*, de *Viena* y de *Berlin*.

Francia intervino, obligada por las circunstancias, apoyada á veces por el concurso activo de la adhesión de las grandes potencias, para contener los designios cuyo triunfo le hubiera sido fatal.

Rusia, dominando en *Constantinopla*, era, con el trastorno del equilibrio europeo, la ruina de nuestro poder marítimo en el *Mediterráneo* y de nuestros intereses en Oriente.

Austria, dominando en *Italia*, era, con el aniquilamiento de un pueblo al que nos unen tantas simpatías, una amenaza permanente en nuestras fronteras de los *Alpes*.

Prusia, dominando en *Alemania*, era, con la reconstitución del imperio germánico, un peligro de todos los días en nuestras fronteras del *Este*.

Por dos veces hemos tenido que emplear la fuerza para alejar esos graves peligros.

La toma de *Sebastopol* libró á la *Turquía*; la victoria de *Solférino* libró á la *Italia*.

La rapidez asombrosa de los triunfos de la *Prusia* no nos dejó tiempo para emplear nuestras armas; pero el peso de nuestra mediación, lanzado después de *Sadowa* en la balanza de los acontecimientos, hizo surgir una lucha que, de prolongarse, podía arrastrar á *Europa* en una vasta conflagración.

Tres tratados solemnes arreglaron sucesivamente esas grandes y difíciles cuestiones, así bajo el punto de vista del interés francés como del interés europeo, del cual ha sido siempre solidario.

Por esos tres actos diplomáticos, el de *París*, el de *Zurich* y el de *Praga*, quedaron cerradas para la *Francia* la cuestión oriental, la cuestión de *Italia* y la cuestión alemana.

El primero detiene á la *Rusia* en las orillas del *Pruth*; el segundo detiene al *Austria* fuera de las fronteras de la *Lombardía* y del *Véneto*, y á la *Italia* en las orillas del *Tiber*; el tercero detiene á la *Prusia* en las orillas del *Mein*.

Si nadie infringe esas estipulaciones internacionales, no solo no hay guerra posible, sino que no hay siquiera cuestión empuñada.

La *Francia* ha aceptado lealmente la situación creada por todos esos acontecimientos: ha hecho más, puesto que la ha dirigido y arreglado con sus armas en los campos de batalla de *Crimea* y de *Italia*, y con su mediación sobre el tapete verde de los preliminares de *Nicolburgo*.

¿Qué se necesitaría para que esas cuestiones cerradas casi por tratados que son el asiento del nuevo derecho público de *Europa* volvieran á abrirse?

Sería preciso que las potencias con quienes ha negociado la *Francia* el estado actual de cosas, vinieran á borrar por sí mismas lo que establecieron, y á poner de nuevo en cuestión lo que convinieron en esas diversas épocas.

Si la *Rusia* amenazase de nuevo la integridad del imperio otomano; si el *Austria* quisiera reconquistar su preponderancia en *Italia*; si *Italia* quisiera tomar á *Roma*; si *Prusia* intentase absorber los Estados de la *Alemania* del Sur, entonces todas las cuestiones hoy resueltas renacerían tan formidables como antes.

Francia no puede menos de reclamar la observancia de los tratados que ligan á las grandes potencias, y que son además la salvaguardia de sus derechos legítimos. Pero de seguro si fueran desgarrados por ambiciones desencadenadas más allá de lo justo y razonable, no es sobre ella sobre quien podría pesar la responsabilidad de los acontecimientos.

Por dos veces ha dado á entender claramente que si respecta lo que existe, quiere que todo el mundo lo respete también en torno suyo, y permanezca dentro de los límites fijados por los tratados.

Cuando *Prusia* reveló en el *Luxemburgo* una política que extendía una mano imprudente hasta el *Zuyderzee*, no retrocedió *Francia* ante un conflicto que apaciguó felizmente la intervención prudente de *Europa*.

Cuando los Estados Pontificios fueron invadidos, no vaciló *Francia* en enviar de nuevo sus tropas á *Roma*, para mantener allí el honor de su firma y de su política.

Pero entonces, como hoy, no es á ella á quien puede convenirse de volver á abrir cuestiones ya cerradas.

Por consiguiente, en tanto que no se produzca una situación nueva, provocada por temeridades que no son de prever, se puede y se debe considerar la paz como asegurada, porque descansa en convenios diplomáticos cuyo texto es tan formal como elevado su objeto.

Solo habría que desear una cosa, y es que la sabiduría de las grandes potencias extendiese á todas las dificultades internacionales ese principio de civilización y de humanidad que se formuló para el imperio otomano en el tratado de *París*, y que previene los desastres de la guerra por medio del arbitraje europeo.

El día en que se realice ese progreso en las relaciones políticas de los pueblos modernos, las cuestiones quedarán verdaderamente desarmadas, y los gobiernos podrán también desarmarse sin peligro.

Las apreciaciones que á la prensa moscovita, prusiana é italiana sugieran las líneas trascritas, serán la concreta y exacta expresión del efecto producido por un artículo que tiene no poco de agresivo y jactancioso, bajo las apariencias de un deseo de conciliación y de paz. Este artículo no alcanza, sin embargo, á coho-

nestar la pretensión imperialista de dictar leyes á *Europa*, sino en los campos de batalla, por lo menos en los consejos de la diplomacia, erigiendo á *Francia* en árbitro supremo de la paz y la guerra, y en supremo dispensador de la justicia en uno y otro hemisferio.

Es muy digna de atención la siguiente pintura que del Estado de la opinión pública en *Francia*, y de la actual situación de este país, traza, con relación á las probabilidades de paz ó de guerra, la excelente publicación titulada *La Revista de Ambos Mundos*:

«*Francia*, por culpa de los hombres ó por la fatalidad de las cosas, se revuelve en una de las situaciones más inexplicables que ha atravesado hace mucho tiempo. Por más que se ingenia para comprender lo que pasa en derredor suyo y dentro de ella misma, acaba por no saber dónde está, y se siente tanto más agitada é inquieta, cuanto que todos los esfuerzos que se hacen para tranquilizarla no conducen más que á condensar la oscuridad. No puede dar un paso sin tropezar con espinas, ante las que pierde su aplomo, no por una falta de energía ó de patriotismo, sino porque se perturba y se humilla su buen juicio por las confusiones y contradicciones que se dejan introducir con frecuencia en la política.

¿Dónde se detendrá en ese torbellino en cuyo seno vive? Si se habla de la guerra, rechaza evidentemente esta idea, sintiéndose apegada á la paz con toda la fuerza de sus instintos y de sus intereses. Si se le habla de la paz, querría creer en ella, pero no cree. Entrevé la guerra á través de las declaraciones embrolladas é insuficientes con que se trata de tranquilizarla; desconfía, en una palabra, y uno de los signos más característicos de ese estado enfermizo de la opinión es seguramente la facilidad con que son acogidos, exagerados y desnaturalizados todos los rumores, sin duda porque todo se considera como posible.»

Mientras algunos periódicos aseguran que *Rusia* ha disminuido su contingente de guerra y que *Prusia* imita su ejemplo, lo cual predispone los ánimos en contra los órganos belicosos, la *Liberté*, manifiestamente declarada por la guerra, ha publicado noticias importantes respecto á los armamentos de *Prusia*, entre las cuales merece mención la siguiente:

«El rey de *Prusia* ha presenciado en *Coblenza* el ensayo de unas torres giratorias que serán colocadas en las orillas del *Rhin*. El rey quiere defenderse de las cañoneras francesas, que, en caso de estallar un conflicto, podrían bajar el *Rhin* y llevar la guerra hasta las mismas calles de *Coblenza*, *Maguncia* y *Colonia*. El ensayo ha dado magníficos resultados.

Otro ensayo se ha verificado en las líneas de los ferro-carriles: consiste en la aplicación de unas locomotoras de forma bastante singular, armadas de dos cañones y destinadas á servir de exploradores.»

Respecto de los terribles terremotos que acaban de afligir á las Repúblicas del *Perú* y del *Ecuador*, el *Times* publica estos desconsoladores detalles, con relación á *Filadelfia*, y fecha 13 del corriente:

Las ciudades de *Arequipa*, *Iquique*, *Moquehua*, *Pisco*, *Arica*, *Tacna*, *Ibarra*, en el *Perú*, y *Zacunga*, en el *Ecuador*, han dejado de existir. Se calcula en 25.000 á 30.000 el número de las víctimas de esta catástrofe. Una violenta marea producida por el sacudimiento volcánico destruyó una porción de buques, entre otros, los vapores norte-americanos *Frenonici* y *Waterer*, el buque peruano *América* y el buque inglés *Chancellor*. El *Waterer* fué arrojado á media milla tierra adentro. Otros muchos buques han sufrido fuertes averías.

La serie de temblores de tierra duró desde el 13 al 16 de *Agosto*.

Pondremos término á esta *Revista* haciéndonos cargo de la impresión dominante en *Europa* en los momentos en que trazamos estas líneas, á propósito de su porvenir guerrero ó pacífico.

Un despacho de *Hamburgo* del 22 del actual anuncia que el rey de *Prusia*, al visitar la *Bolsa*, pronunció un discurso muy pacífico, en el que expresó la más viva confianza en la conservación de la paz: añadiendo que habiendo tenido por objeto sus palabras en *Kiel* dar esa confianza bajo su expresión más enérgica, no comprendía cómo se les ha podido atribuirle otra interpretación.

Hasta qué punto se halla de acuerdo este hecho con los que han sido objeto de nuestra tarea, cosa es que abandonamos al buen criterio de nuestros lectores.

MANUEL MARÍA FLAMANT.

AMAR POR SEÑAS.

COMEDIA DE TIRSO DE MOLINA.

I.

La escena es en una quinta, inmediata á *Nancy*, antigua capital del ducado de *Lorena*. *D. Gabriel*, joven y bizarro español (por causa de unos amores con una hermosa toledana, llamada *Gerarda*), residente en el francés ducado, vence á los infanzones galos en unas justas; pero no con tan buena suerte que no se dejara á su vez vencer por la gracia y la belleza de la prometida de *Cárlos de Orlens* é hija y sucesora del gran duque de *Lorena*, quedando de tal modo cautivo de sus hechizos, que, hasta temeroso de imaginar dos desdenes, decide huir de aquel recuerdo de sus glorias, al par que prision de su alma, negándose á dar explicación alguna al curioso *Montoya*, su criado, quien, ofendido de tanta reserva y recordándole con suma gracia el papel que sus iguales representaban en situaciones semejantes, exclama:

¿Qué comedia
Hay, si las de España salen
En que el gracioso, no tenga

Privanza, contra las leyes,
Con duques, condes y reyes
Ya venga bien, ya no venga?

Pero cuando más absorto en sus meditaciones amorosas *D. Gabriel* se encuentra, *Ricardo*, criado de *Beatriz* (quien con su hermana *Clemencia* y su prima *Armesinda* se ha retirado desde *Nancy* á la quinta, herida del amor español), entra en la posada donde aquel se hospeda, y le roba la maleta sin recatarse, antes bien, haciéndole saber que una de las tres damas de la quinta, con objeto de que por defender su propiedad á ella vaya, tal acción ejecutarle ha mandado, y que desde aquel momento observe bien los ademanes y señas de cada una porque por ellas conocerá cuál es la que verdadero amor le profesa, añadiendo para confundirle aun más:

Estimarás tu fortuna
Cuando conozcas quién es,
Porque es una de las tres,
Y de las tres no es ninguna.

D. Gabriel, más cuidadoso de su amor que de la maleta, corre tras de *Ricardo* y bien pronto se encuentra con su criado *Montoya*, á quien robaron otros servidores de *Beatriz* en una habitación de la quinta ricamente aderezada, y con un torno monjil, instrumento al que se muestra siempre muy aficionado el ingenioso *Tirso*. Lleno de tristes presentimientos, al par que de halagüeñas esperanzas de amor, y dando vueltas al sentido que las enigmáticas palabras del criado encierran, queda el galán á quien de tal manera se disputan tres damas encopetadas, sin que ninguna de las tres sea, y con discretas razones y agudísimas interpretaciones trata de poner en claro tan enmarañada trama, no atreviéndose á decidirse por ninguna de las tres pretendientes; *Beatriz*, por prometedora de *Cárlos*, de *Enrique*, galancete de segundo orden; *Clemencia* y *Armesinda*, por demasiado jóvenes y como tal poco artificiosa, y mucho menos á creer en las palabras de *Ricardo*, porque:

De tres damas que nombró,
Afirma que la una es
Quien bien me quiere, después
Que no es de las tres ninguna;
¿Cómo si es de las tres una,
No es ninguna de las tres?

Temeroso y hambriento el criado, el amo pensativo y enamorado, y en extremo preocupados los dos, apenas principian á discurrir acerca de la pasada aventura, cuando dando vuelta el torno impulsado, por oculta mano, *D. Gabriel* recibe una carta sin firma, en la que la incógnita dama exige de él el juramento de no partir de la quinta, á menos de conformarse con morir en aquella deshabitada sala á donde los celos de la *Gerarda*, y un amor sin límites le habían conducido. La dama le brinda, por tanto, con el amor y la dicha.

El galán contesta jurando, y á poco vuelve la dama á colocar en el torno, *Mercurio* de sus amores, el billete contestación, en el que se le promete la salida, y se le desea grato reposo, «si es que los artificios se lo permiten,» si bien añade: «cuanto más os desvelaren, más tendré que agradeceros, aunque á participar vos mis cuidados, no dormireis mucho ni poco.» Tan franca declaración en boca de una dama si no es muy recatada y pudorosa, tiene, por lo menos, la ventaja de la ingenuidad y de la exactitud: si todas hablaran como las que *Tirso* pinta, se acababa de hecho la raza de los *Joséfs*. *Montoya*, á todo esto, ha encontrado el áncora de salvación en un tabaqué lleno de comida, puesto en el torno por la misma mano que es de suponer escribía tan lindas declaraciones de amor, tabaqué á cuyo olor, entusiasmado exclama:

¡Oh! soror
La mas callada obradora
De cuantas amor registra,
Hégate el cielo ministra,
Abadesa, correctora,
Guardiana, archibispesa,
Pontífiza, Preste Juana...

Y á semejanza de estas, sigue ensartando lisonjas y encarecimientos más vehementes que los que un diputado con empleo tributa á sus ministros, ó que los que un neo-católico dirige en loor del Santo Oficio ó de las verbenas.

Beatriz, concedida la libertad al prisionero de su agrado, prepara el plan de batalla, y regala á su hermana y prima dos ricas joyas que encontrara en la maleta del español, no sin antes quedarse con otra y espera serena el momento de la realización de sus ardes. Pronto llega: con *Filipo* y los prometidos de las dos hermanas entra á visitarles el bizarro *D. Gabriel*, y ¡cuál no es su admiración al escuchar de labios del de *Orlens*, que ya no ama á *Beatriz*, sino á *Clemencia*; y al ver que las tres damas en sus pechos lucen símbolos de añejos amores y correspondidos afectos! Pero suben de punto su confusión y sus locas imaginaciones durante la visita, en la que, avivado por los cantos de *Beatriz* y el amor que por ella siente, tan solo de la en apariencia altiva é insensible la dama recibe marcados desdenes, al propio tiempo que si *Armesinda* le dice en confianza que envidia la española á quien adora, porque

Quien á él le merece
Será en belleza un prodigio,

Clemencia no duda un punto en confesarle su afición á *España*, en términos tan significativos como los siguientes:

Yo conozco, don Gabriel,
Cierta dama que me ha dicho
Que tiene el gusto español
Después que en Francia os ha visto.

D. Carlos obliga al rey, su hermano, á que escriba á Filipo mandándole que el casamiento con Beatriz pactado no valga, y que en vez de ella, se enlace su hermano con su otra hija Clemencia: billete que por de pronto excita la ira de D. Enrique; calma de D. Gabriel los temores y en Beatriz causa alegría. Descontento pronto D. Carlos de su obra, y queriendo anudar las rotas relaciones con Beatriz, suplica á don Gabriel que se declare á ella, y la persiga tenazmente, para de ese modo herirlo por celos, avivar en su pecho el ardor ya por completo entibado. Nada mas agradable á los ojos de D. Gabriel que el papel que se le recomendaba, ni para él de mas fácil ejecución; pero para desgracia de su amada, Clemencia, que ha encontrado el billete del juramento, le hace declarar acerca de lo sucedido mucho que ignoraba, pero que la hace sospechar la causa de aquella trama, sin dársela á conocer por entero, confundiendo mas y mas al pobre galán español, á tiempo que Armesinda llega tambien á comprender algo de lo que la desconocida Venus de la quinta urdia, por conducto de Montoya, quien narra fielmente cuanto le habia acaecido, con ocasion de una pintura de Gerarda que de él exige, y que empieza alabando su bizarria de la siguiente manera:

Tan bizarra y gentil-hembra,
Que á no ser desmintelada,
Con guarniciones de fria
Entre desaires de larga
Y presunciones de boba,
Pudiera ser archidama:

con lo que, avisadas todas del enigma, se preparan todas con armas iguales á vencer esquivanzas de un Adonis y vengar veleidades de una Cloris.

El galán Enrique no puede contener su despecho, y pide cuenta celoso y ofendido á Clemencia de su equívoca conducta; la dama, que se muestra algun tanto aficionada á la bizarria del español, tan sin piedad perseguido, niégase á satisfacerle, y con la sana intencion de convertirle en tercero le manifiesta que D. Gabriel es un gran maestro de consejos, y que á él se dirijan cuantas preguntas la ha hecho, añadiendo algunas otras referentes á señas por ella dadas, seguro de obtener una contestacion categórica. D. Carlos, por su parte, empeñado en hacer nacer los celos en su corazon para sentir amor con vehemencia, quéjase á Beatriz de favores *anónimos* y señas de inteligencia, dispensados con sobra de pasion, si bien no de recato, á D. Gabriel, con lo que pensando no decir nada extraño, ve con sorpresa la muy grande que la dama manifiesta, convencida de la torpeza y de la indiscrecion del noble galán, á quien tanto amaba, y por cuya correspondencia tanto exponia. Ofendida con tales revelaciones, hechas con tal inocencia por Carlos, su despecho llega á su colmo, cuando, sorprendiendo en una reservada conversacion á su prima y su hermana, las oye referir, atribuyéndoselas una á otra, muchas de las varias aventuras sugeridas por su pasion á su ingenio, y por las que habia retenido en su quinta al antiguo amante de la toledana Gerarda.

En este momento D. Gabriel llega á las plantas de Beatriz, y esta, irritada, le arroja de su lado, tachándole de hablador, y burlándose de sus protestas, con ingeniosos retruécanos é intencionadas frases, llenas de fina sátira y amarguísima ironía. Y á fe que tiene razon la enamorada dama para asegurar que ha delinquido, y aun

no con antojos,

puede afirmar en son de queja, á él dirigiéndose,

De quien os buscó todo ojos,
Y os ha hallado todo lengua.

Y tambien puede acriminarle por su poca discrecion para guardar secretos, y para contestar con suma gracia, jugando con el vocablo, cuando sorprendido D. Gabriel la pregunta:

—¿Pues podeis vos ofenderos
De haberlos quebrado yo?
—Jesús, vos quebrado: no;
Antes los decís enteros.

La confusion de D. Gabriel sube de punto al ver que se le imputan indiscreciones que no ha cometido, y queda entre avergonzado é iracundo, cuando al pedir explicacion de las ofensivas palabras de la hermosa á quien amaba con todo el fuego y todo el discreto respeto de un galán de tiempo de los Felipes, le da por toda respuesta las siguientes altamente desprecia-tivas:

Al que secretos os fia,
Podeis darle por respuestas
Que estudie en mis escarmientos
Si el fiarse es cosa baja,
De habladores de ventaja
Que infaman sus juramentos.

La situacion es tirante, y viene á complicarse con las acusaciones que Clemencia y Armesinda lanzan á su vez sobre el desventurado D. Gabriel, incidiendo entrambas en la de hablador, como respectivamente don Carlos y Enrique. En tan apurados momentos, cuando la accion se encuentra mas enmarañada y la extrañeza del español galán llega á su colmo, una carta lanzada por una mano oculta, en la que se manda á D. Gabriel vuelva á la sala del torno, y la acu-

sacion que contra Armesinda hace Clemencia á su padre, vienen, sino á concluir, á cortarla, y descubierta la trama de Beatriz por aquellas, como la ligereza de lengua de Montoya, á cuya noticia no habia llegado sin duda la alambicada máxima de Saavedra, de que «la lengua está en lugar húmedo y es fácil se resbale», el amante acechado, duque de Nájera, obtiene el logro de sus ansias, y D. Carlos y Enrique se unen con vinculo santo á la prima y hermana de tan ardiente como cautelosa enamorada.

II.

Que la comedia de que nos venimos ocupando está escrita con una facilidad asombrosa y una gracia inimitable, dicho se está con saber que el autor es fray Gabriel Téllez; y lo mismo, sin leerla, asegurar podríamos acerca del animado enredo de la fábula, como de la variedad de situaciones y la destreza con que la accion á su nudo es conducida. Y en verdad que si condiciones peculiares en el teatro de Tirso son las de que mencion acabamos de hacer, en pocas, como en la comedia titulada *Amar por señas*, se ostentan con colores mas vivos y caracteres mas bien definidos. El cuadro no puede ser mas bello; mas bien combinar los contrastes, es difícilísimo; el ambiente es suave, clarísimo el azul del cielo, ninguna nube empaña el fulgurante rayo de Febo; la naturaleza entera sonríe, por do quier brotan flores, y el aura primavera mece blandamente los tallos inclinando las corolas brillantes, cuyas pintadas ojas se confunden en un beso de amor, todo es poesia, todo respira esa dulce alegría que no se interpreta por la ruidosa carcajada, pero cuyo reflejo fiel es la serenidad del semblante, la paz del alma; no hay dudas, ni sombrías sospechas, ni ruines traiciones, á lo sumo artificios femeniles hijos de una pasion delirante ó leves celos, que, como neblina pasajera, desaparecen al primer rayo de amor de unos hermosos ojos.

Y lo que es notable á no dudar, dada la estrechez del boceto, las pocas condiciones que en sí tiene, como el poeta sabe, disponiendo de fábula tan mezquina, y sin proponerse fin moral de importancia, aprovecharse de los menores detalles, sacar partido de los mas insignificantes accidentes para dar lugar á bellos y amenos episodios, merced á los que se olvida la pobreza del fondo y se sigan con verdadero y creciente interés las peripecias de una trama cuyo desenlace es desde la exposicion por todos adivinado. Éste es el mérito principal de Tirso y el que brilla en la comedia de que nos ocupamos, la que, sobre ser inverosímil de todo punto, no puede en su fondo ser mas pobre. Que haya damas enamoradas y fáciles, no es de extrañar hoy, como no lo era ayer, como mañana no lo será tampoco: que en uno de esos arrebatos de amor, relámpagos de pasion que siniestramente iluminan el alma durante sus terribles borrascas, olvidándose de la ley del recato, el mas amable compañero de la hermosura, ejecuten acciones, si no livianas, que exciten la maledicencia y amengüen en parte una bien sentada reputacion, si no es ordinario ni usual, tan no raya en lo imposible, que ni admira, ni suspende, una vez acaecido, porque el corazon de la mujer es fuego, y, aunque la nieve del deber cubra el cráter, el volcan lanza irritado la ardiente lava, fundiendo aquella en el hervido torrente y precipitándola en el abismo: que el donaire de un joven las rinda de todo punto, hasta poner venda á los ojos del pudor, y dar suelta entre tinieblas á las licencias del deseo, para que la infamia de una seducción venga á trocar en vicio la virtud mayor del espíritu, el amor, pase por debilidad ó inexperiencia; pero que una señora de noble prosapia, orgullosa con sus ascendientes, y reina de la hermosura, aun suponiéndola francesa, á tal extremo de delirio llegue, que no ya se declare rendida, sino que hurte á un bizarro doncel, y lo encierre en su propio palacio, y para velar su torpeza finja señas, y luce ingeniosa para conquistar enamorada, y se prevalga de ardid para obtener realidades, y juegue con el destino de un hombre, enloquecido por tanta confusion de amor, como con el buen nombre de su activa raza y una vez descubiertas sus tramas, sonría y no se inmute, y no se oculte avergonzada, está tan fuera de lo comun, peca tan de licencioso y denigrante, que si no convenimos en conceptuarlo como falso é inverosímil y como hijo de la fecunda imaginacion del gran Tirso, sin que nada de real háyale servido para á su semejanza modelar y dar vida á la seductora figura de cuadro tan maestro, asegurar es fuerza que tales mujeres eran solamente posibles en tiempos en los que, al par que la Inquisicion nos libraba de la *supuesta plaga de los herejes*, se acataban por los cortesanos modelos de pureza tales como la princesa de Ebo-li ó la celebrada Calderona. Y dadas estas condiciones, siendo el eje de la máquina poética un licencioso deseo, reducido el fondo del argumento á juzgar con diferentes señas, todas equívocas, fácilmente se comprende cuán grande debe ser el ingenio del celebrado poeta, para, teniendo que luchar con la falta de recursos, escribir una bella comedia de costumbres, animada y de varios lances, como todas las de capa y espada, y entretenida é interesante, á pesar de que en tres largas jornadas no se hace otra cosa que repetir una misma situacion, disfrazándola con diferentes personajes y con nuevos y agradables ardidés.

Y así solo, ya que sus damas son las protagonistas, valiéndose de caracteres caprichosos y veleidades no muy lejanas de la torpeza; se comprende cómo salia airado Tirso en tan difíciles empresas; y no de otro modo, sino encendiendo en el corazon de Clemencia y

en el de Armesinda deseos españoles, haciéndolas olvidar de todo anterior juramento, poner en lucha ingenio contra ingenio, ardid contra ardid, sospecha contra sospecha, imaginacion contra imaginacion, y aficion no muy honesta, contra no muy honesta aficion, y procurando presentarlas á todas con ese carácter variable y ligero, pero chispeante é ingenioso que hace á todas las mujeres de Tirso ser mucho para queridas y para esposas poco, carácter que se amolda á cualquiera situacion por violenta ó impensada, y que sin dificultad puede pasar del amor de D. Gabriel al de D. Carlos, como del de éste al de D. Enrique, y aun aceptar el matrimonio por despecho, es como el gran sucesor de Juan Ruiz, y el maestro de Quevedo, puede dar vida y animacion á figuras esbeltas y lozanas, estatuas griegas por su belleza, que en tan estrecho círculo se mueven, ganando en interés la accion, lo que pierde la comedia en vorosimilitud, única verdad del arte.

Galanes como D. Carlos y D. Enrique, que viendo un rival en D. Gabriel le piden consejos, á ello impulsados por sus desdeñosas damas, son sobrado inocentes ó en demasia prudentes, y no honran ciertamente á aquella raza de caballeros católicos tan fieles á su rey como á su dama; y si por aquellos juzgáramos, no podríamos deducir muy ventajosas consecuencias con respecto á lo que se enaltece la dignidad del hombre con el exagerado culto y la amanerada y servil práctica de ciertos respetos. Tampoco es muy diestro ni muy entusiasta el D. Carlos, que pide celos para lograr amores, y que solo á condicion de ser sustituido en el desempeño de su papel, cerca de su dama por un amigo, consiente en anudar interrumpidos afectos, hijos, no de la conveniencia, sino de la espontaneidad del sentimiento. Y no es mucho mas interesante, ni está con mayor gallarda valentía presentada la figura del galán D. Gabriel, en quien parece como que quiere resumir Tirso todos los caracteres mas relevantes de los Romeos de su época, pues si principiáramos por lo de dejarse robar por una dama, realizando la deliciosa fábula de la Isla de San Balandran, seguimos, por lo de escudriñar con tan poco tino señas embozadas, sin cansarse de ser juguete de *golos* de amor, y concluimos por lo de darse por muy satisfecho de cuantas burlas y enredos sufriera con el logro de su tenaz pasion, pasion tenaz solo en palabras, pero no ajena á nuevas é inesperadas seducciones, comprenderemos que si no tiene mucho de noble y arriesgado, en cambio raya en lo cómico cuando no en lo ridículo.

En las comedias de Tirso de Molina no hay mas que mujeres; los hombres son siempre juguete de sus caprichos, satisfaccion de sus deseos, esclavos de sus impertinencias é inocente entretenimiento de sus hábitos; y por eso en esta, como en todas sus comedias, ó es una Marta, ó una Mari-Fernandez, cuando, como en *Amar por señas*, no se disputan la posesion de un afortunado doncel, las Beatrices, Clemencias y Armesindas, dando lugar á provocativas declaraciones y aun á confesiones no muy recatadas, nada favorables á quienes las hacen, y altamente ofensivas al natural rubor y á la ingenua modestia, que tanto embellecen al sexo débil, por naturaleza apasionado.

Si de los caracteres pasamos á la manera de desarrollar el enredo, no podemos menos de notar inverosimilitudes nada pequeñas, y entradas y salidas de personajes, ni por asomo justificadas, con recursos tan poco ingeniosos, como el repetido de llamar Felipe á una de sus hijas para tratar de sus bodas y del que echa mano el poeta para durante su ausencia dar lugar á una situacion interesante ó á una escena llena de gracia y de picantes discreteos.

Hablar de unidades clásicas, y por criterio tan estrecho estudiar tanto esta como todas las producciones de verdaderos poetas, sería tanto como querer imponer formas invariables al ingenio, reduciéndole á desempeñar el papel de un *caliscopio*, como dice D. Agustín Durán, que á fuerza de presentar los objetos *simétricamente* y bajo los límites de un polígono, llega á fatigar los ánimos y destruir la noción de arte, por cuanto trazar lindes al sentimiento, y hasta matemáticos procedimientos para desarrollarse de un modo lógico y preciso, es, no ya desvirtuarle, sino destruirle. La espontaneidad sujeta á una ley, deja de serlo para convertirse en amaneramiento: el llanto impuesto en situaciones determinadas, sino expresa dolor, cae en ridículo: la dama que derrama el rocío del alma sobre el cadáver del amante, fuerza á ello por una regla invariable, para casos semejante formada, deja de ser tierna y sensible, y de comover con su duelo para convertirse en extravagante plañidera: mandar los afectos del alma, y no solo mandarlos, sino querer someterlos en su expresion á una especie de *sintaxis del sentimiento*, es desconocer la fuerza de la pasion, y la naturaleza del corazon humano.

Por eso no incurrimos en tal falta de crítica, en estas breves y sumarias reflexiones, con ocasion de la ballisima comedia de Tirso, en la que se desarrolla con buen orden, no mal forjado plan, y con interés creciente, la verdadera y absoluta unidad en las obras dramáticas, la de accion, sin la que es vano encajonar tres jornadas en una sala, y hacer y deshacer tramas dentro del corto espacio de veinte y cuatro horas, sin faltar segundo. En la manera de conducir la accion de *Amar por señas*, se ve un adelanto notable, si comparamos tan graciosa comedia con las del fecundo Lope, sin que por esto pretendamos en modo alguno presentarla como el acabado modelo del ilustre poeta, para quien era tan fácil enmarañar tramas con

sutiles enredos, y dar animación á interesantes escenas, con ingeniosas y picantes sales, mezcladas en diálogos fáciles y amenísimos, como imposible casi trazar con leves excepciones, caracteres sostenidos, contraponiéndolos, ó desarrollar un pensamiento profundamente moral, mediante una fábula bien combinada y ajena á ciertas licencias, como poco decorosas, y á su fin principal contrarias.

En resumen: la comedia, como idea, como fondo, como intencional social, como plan artístico, como modelo de caracteres, es débil; en cuanto á verosímil, no lo es en demasía; pero su acción es interesante y nada confusa; y si los personajes que en ella intervienen se parecen todos más de lo que conviene, y todos quizá coinciden en unos mismos sentimientos, no siendo la forma en la que se expresan muy diferente, tiene una Beatriz, suspicaz como pocas y enamorada como ninguna, y un Montoya, delicioso, si no por ser un tipo, porque con sus necedades caballerescas, con sus continuas evocaciones en sus más apurados trances á espectros y gigantes de tiempos pasados, en los que andantes caballeros defendían la inocencia con el gran argumento de la lanza, nos hace recordar á esos políticos antidiluvianos que, á semejanza del héroe manchego, quieren hacer volver á la sociedad á aquellos felices tiempos de la hoguera, aunque dicho sea en honra de Don Quijote, sin arriesgarse á cabalgar sobre Rocinante y recibir puñadas en las ventras, palos y pedradas en los caminos, y vencimientos en formal duelo en los bosques.

Pero todo defecto desaparece ante la gracia, la facilidad, la abundancia, el chispeante diálogo, el natural donaire, y el delicado sentimiento, que en todas partes brilla, causando tal encanto, y despertando un interés difícil de comprender, á no estar habituado al ligero y bellísimo estilo del inimitable discípulo de Lope. Talento profundo, imaginación ardiente, facilidad portentosa de la del ilustre mercenario, sin rival en el género cómico, y nada vulgar en el desarrollo, si sublime en la concepción del género trágico. ¡Ah! al ver tanta variedad en un genio, al admirar á un mismo poeta bajo tan contrarios aspectos, al tributar inrecidos elogios lo mismo al sutil autor de *Por el sótano y el torno*, que al profundo y enérgico de *El condenado por desconfiado*, que mucho, que parodiando á su D. Gabriel de *Amar por señas*, con él exclamemos:

¿A quién creemos enojos?
¿A las perlas de sus ojos,
Ó á la risa de su boca?

G. CALVO ASENSIO.

LA ESENCIA DEL ARTE.

Después que hemos conocido el arte en sus relaciones con el conjunto de las facultades y de los actos humanos, le subdividiremos en las tres partes que le constituyen, que son la esencia, la forma y la vida, ó sean los tres elementos, esencial, formal y vital.

La esencia del arte contiene la parte científica y creadora en que el entendimiento ejerce la supremacía. La forma está subordinada á la imaginación, que reina como soberana, y es la parte contemplativa y plástica del arte, y el vitalismo abraza la parte espiritual y expresiva del arte, cuyo resorte más enérgico y eficaz es el corazón.

Estos tres idealismos distintos forman la unidad indivisible del arte.

La investigación de la belleza es el objeto del arte. Lo bello nos encanta, fascina y embriaga; es la aspiración más sublime de nuestra alma, el ídolo de nuestra fe y de nuestro entusiasmo, el fantasma seductor que huye delante de nuestros ojos en la sombría y árida peregrinación de la vida, la forma por excelencia de la verdad, y del bien absoluto, que solo existe en toda su plenitud, en todo su esplendor, en el éter increado, en la forma purísima de la esencia inmaculada, en el espléndido palacio cuyas piedras preciosas han sido talladas por la omnipotente mano del artífice supremo, que se refleja de una manera relativa y finita en la grande obra del Universo, que iluminó con los divinos resplandores de su celeste mirada, y al hacer al hombre el don inestimable de la libertad para que ejerciera sus facultades, robustecidas por una juventud eterna en el delicioso Eden, esmaltado con las exquisitas flores de inextinguible aroma, sombreado por las frondosas ramas del árbol de la ciencia, y refrescado por las lípidas ondas de la fuente de la salud; el hombre, seducido por sus sensuales apetitos, ajó la misteriosa flor que atesoraba el más rico perfume, hizo pedazos el mágico espejo que irradiaba los más ricos fulgores, y desde entonces hace esfuerzos desesperados é impotentes para reunir los fragmentos esparcidos y reconstituir la unidad armónica, el conjunto de los reflejos que reproducían la imagen divina de la belleza.

Pero aquellos fragmentos son tan numerosos que no han podido desaparecer y existen como misterios, tipos ocultos en los abismos de la naturaleza, transformada por los cataclismos expiatorios de los vicios del ser humano; mas su trabajo inteligente y perseverante, su fe y confianza en el que, desde los astros luminosos, comunica los efluvios de la vida universal á los átomos más imperceptibles, auxiliados por las tres potencias distintas de su organismo, el entendimiento, la imaginación y el corazón, que forman su unidad libre, tal vez consiga rasgar las densas nubes que le ocultan la luz que resplandece en la diadema de oro que orna la frente de la belleza.

El gusto es el indicador más seguro para encontrarla; pero necesita emplear el buen sentido y el atractivo de lo que es verdaderamente bello, y estos dos auxiliares pueden dirigir el gusto para que no le extravíen falaces y seductoras apariencias y sensuales inclinaciones.

Lo feo, lo malo y lo falso, han invadido el mundo desde la caída del primer hombre, y alterado la primitiva magnificencia de la naturaleza, en la que han impreso un sello indeleble, así como han pervertido las facultades más notables del hombre. Existe, sin embargo, lo bello; pero al artista corresponde distinguirlo para fijarlo en sus obras, pues como dice el eminente Lamartine, en este triste mundo no hay completamente bello sino lo que es ideal.

Lo bello no se circunscribe á una esfera determinada del arte, porque es el resplandor de todas las cosas divinas y humanas. Como esencia, depende del entendimiento y es el objeto de la ciencia; como expansión, rica de vida, emana del corazón y es fecundado por la religión, y como manifestación, pertenece al dominio de la imaginación, y en estos tres órdenes inspira la contemplación pura, el ideal éxtasis y el amor inefable.

La metafísica define lo bello: *Lo verdadero, esencial manifestado bajo tal forma que conduce á los hombres al bien.*

Algunos críticos ligeros han confundido la forma con la materia. El fondo y la forma correlativos ideales por oposición de la materia y del espíritu han sido considerados recíprocamente como la esencia. El arte tiene por objeto investigar la forma de que debe revestir sus concepciones, y así definida se ha materializado porque se ha reducido á su manifestación visible; pero aunque se combina con la materia para modificarla, es tan imaterial como el pensamiento que la produce; la lengua latina, tan rica en etimologías, la denomina *forma formositas*, y estas palabras significan la *forma esencial, la belleza*.

Sobre el mundo de las realidades materiales se levanta el reino imperecedero de la esencia formal, pura, el templo magestuoso del ideal, del tipo de la belleza absoluta en una atmósfera serena, que no empañan nubes opacas, y el artista que no ha viciado su gusto eleva las aspiraciones de su alma, sus ardientes deseos á esta región donde reside la fama inmortal desprendida de groseros lazos, y que, como un ángel, desciende á la tierra, según la poética comparación del célebre Miguel Ángel. La vasta sávia que circula en el mundo de la materia y del espíritu, alienta al primero, subordinado al segundo, y el hombre, colocado entre ambos, como modificador, tiene el derecho de elegir, y como inactividad libre necesita manifestarse, emplea los elementos reales y materiales que vagan esparcidos á su alrededor, y que reunidos constituyen el tipo, lo verdadero formulado.

Lo bello se atesora en el pensamiento y en la causalidad del hombre, y en los variados accidentes de la naturaleza; el tipo es lo verdadero manifestable absoluto, que se diferencia de lo real, en que este es lo realizado, accidente y contingente de variedad imperfecta sin unidad, mientras aquel es la noción más compleja de las formas más perfectas del ser, la unidad en la variedad. No significa lo mismo real que verdadero, porque el carácter de este es la belleza, y lo real puede ser deforme y profanarla.

La esencia y la forma, sinónimos de la verdad y de la belleza, necesitan que bajo la mano del hombre adquieran vitalidad, que la belleza y la verdad combinadas engendren el amor, que el artista impregne su obra de la sustancia de su alma y de su pesamiento, que extraiga del fondo de las cosas el ideal típico que encierran, y el tiempo se encarga de revestirla de ese sello de eternidad que admiran las generaciones.

Las producciones del arte no deben ser puramente imitativas, sino creadoras, aunque reducidas á los límites de su naturaleza finita, ostentando el esmalte de la verdad y de la bondad, sin cuyos requisitos indispensables carecerían del carácter que determina lo bello que abarca el inmenso horizonte de la *verosimilitud*, y no se encierra en el estrecho círculo de la *realidad* pura. Lo bello encarna la *idea* y la *materia*, participa de la vida real tanto como de la *idea*; el artista elige de individuo á individuo entre todos los elementos que le componen los que se acercan al tipo *uno* y *múltiple* de la belleza, siempre esencialmente verdadero y bueno, y asociando lo bello ideal simple con lo bello formal real, les da la belleza vital, que es su complemento.

La realidad artística tiene su punto de apoyo en el mundo de la vida, y lo bello es el alma que se refleja á través de la obra diáfana en que está encarnada, y que es el alma y el pensamiento del artista. Jorge Sand, con la elocuencia que la distingue, ha dicho: «El arte no es un estudio de la *realidad positiva*, sino que es la *pesquisa de la belleza ideal*.»

Los que colocan lo bello en la reproducción exacta de lo real confunden los medios con el objeto del arte, lo bello artístico debe ser *elegido*, *verosímil* y *expresivo*, y resulta también de las relaciones de las diferentes formas entre ellas, y de sus distintas expresiones, que son las que forman las *armonías* ó los *contrastes*. El *contraste* pone de relieve las distinciones de los seres de forma material á forma material, de forma ideal á forma ideal ó recíprocamente, y la armonía une todas estas relaciones diversas en la misma *invergenencia* de expresión; con la fealdad hace resaltar la belleza, y la crueldad aumenta el esplendor de la clemencia, la agreste y sombría montaña da más re-

lieve al verde y risueño prado, y los colores más opuestos hacen más seductoras todas las variedades armónicas de la naturaleza.

El mundo real, puesto en relación con el mundo ideal, produce en nuestra alma estas inefables impresiones de alegría y de tristeza, de encanto y de admiración; la dimensión, la forma y el color de los cuerpos *expresan* un valor ideal, y todas las artes no tienen otro objeto que el de formular estas relaciones y *expresiones* del idealismo humano, y el de glorificar este inextinguible reflejo de Dios sobre su obra. Así los pensamientos y las pasiones del hombre que es la más completa expresión de aquel sagrado reflejo, su tipo universal, se encarnarán en todas sus producciones y serán las más bellas las que reproduzcan mejor esta forma humana. El arte escoge y asocia los elementos reales, los despoja de sus miserias y deformidades, los trasfigura en una expresión ideal, y enriquece los típicos y expresivos, y los presenta adornados con la aureola de la inmortalidad á la admiración de los siglos.

Lo bello artístico es la expresión de todo lo que hay de verdadero y de bueno en el hombre, es la idea representada por una forma digna de ella que engendra el sentimiento bueno, porque la forma no es más que el medio de manifestación de lo bello y sería una vulgar seductora de los sentidos si no revelase el ideal, sobre todo en estas *expresiones* enérgicas que consagran la supremacía del espíritu sobre la materia, el heroísmo, la abnegación, los grandiosos esfuerzos de la voluntad para triunfar de la fuerza brutal, la glorificación de la virtud.

La esencia del arte, que es su primer elemento, se subdivide en su forma en tres rasgos y matices bien distintos. El primero, más especialmente *esencial*, excluye del dominio del verdadero ideal toda obra que no está ajustada á las leyes científicas de la forma, á las tradiciones de la historia y á las exigencias filosóficas, porque bajo estos tres aspectos debe reflejarse la verdad.

El segundo, más especialmente formal, rechaza de la esfera de lo verdadero, bello ideal todo lo que está en pugna con las leyes armoniosas del tipo, porque debe estar basado en la realidad, y el tercero, más especialmente vital, no admite en el reino del bello ideal lo que ofende al sentido natural y religioso del hombre, lo que condena su conciencia, y su condición precisa es la de unir lo verdadero bajo su forma más bella, por la *expresión*, es lazo de armonía de los dos primeros de que emana. Lo que significa que la *forma* artística ha de ser científicamente realizada, bella, considerada típicamente y expresiva para que inspire el amor al bien; es decir, creada por el concierto recíproco del entendimiento, de la imaginación y del corazón.

Sentados estos principios, desaparecen del dominio del arte todas las reproducciones servilmente imitativas de la forma vulgar, todas las seducciones materiales que no tienen más fin que el de excitar una impresión física sensual, y quedan sancionadas como leyes inmutables el pudor y la decencia que dignifican el arte y le elevan á la región de la verdadera belleza esencial, que es la fuente del orden moral, del bien, la apoteosis del espiritualismo y del ideal.

El misterio es el alimento del infinito en el corazón y en el entendimiento, el cooperador más enérgico de la imaginación, porque, dice con mucho criterio De Maistre, «que la belleza adivinada es más seductora que la belleza visible. ¿Qué hombre no ha notado que la mujer que se determina á satisfacer el ojo más que la imaginación, falta de gusto más que de sabiduría? El mismo vicio recompensa la modestia exagerando el encanto de lo que oculta.»

La decencia realiza el culto del ideal; la indecencia lo profana; aquella es la casta visión que ilumina los ojos del alma; esta es la cínica violación del ideal por los ojos de la materia. Como el ideal y la materia están ligados por vínculos indisolubles, la subordinación de la segunda al primero realiza el bien moral, y si al contrario, predomina la materia, engendra el desorden moral, el mal; esta produce el vicio, y la otra inspira la virtud. San Pablo ha dicho: «Que la impureza no sea nombrada entre vosotros; Séneca ha repetido el pensamiento de Isócrates; lo que es vergonzoso de hacer no se crea que es bello para ser expuesto, y Beaumarchais ha expuesto en una de sus comedias esta sentencia:

«El primer castigo del que falta á la decencia es el de *perder pronto* el gusto; una falta original otra, el corazón se deprava, no se conoce el freno de la honradez, pues que para armarse contra él se empieza por ser débil y se acaba por ser vicioso.»

El pudor, en los actos, como en el lenguaje, es una doctrina eminentemente estética y cristiana.

Lo bello resulta de la pesquisa de los tipos ideales á través de las variedades diseminadas de lo real, y expresa lo verdadero y lo bueno; lo realiza por medio de la imitación creadora y simpática que conmueve los corazones generosos, porque el arte debe converger á irradiar su luz sobre los tipos augustos que admira el mundo, y revestir la materia con el traje espléndido del ideal; imaginar y formular el ideal es su misión sagrada; los artistas verdaderos son los apóstoles de lo bello, que excitan la emoción del alma que impulsa las acciones virtuosas para conducir á los hombres al bien; así el arte es un instrumento de moralización humana, su noble destino le impone rigurosos deberes de encarnar el ideal en sus obras, y de hacerle adorar por la humanidad.

EUSEBIO ASQUERINO.

REPUBLICA DE ANDORRA.

Segun los diarios de allá y de acá del Pirineo, hay reclamaciones del gobierno imperial al nuestro, con motivo de la conducta del obispo de Urgel con los andorranos; y aunque no parece probable un conflicto, tengo por obra patriótica el procurar que se illustre la cuestion, no sea que por indiferencia ó falta de datos se dé lugar á que Francia gane mas de lo que tiene, cual ha solido acontecer en las rectificaciones de límites por el Istmo que separa á ambas naciones.

Parecerá pequeño el asunto en cuanto al interés material, pero es de altísima importancia en la esfera del derecho internacional, y puede conducir á gravísimas consecuencias. Acaso fui el primero que, en pleno absolutismo, di á conocer en España las condiciones esenciales de esta diminuta República, colocando entre los soberanos de Europa y al lado de Fernando VII á D. Fr. Simon de Guardiola, obispo de Urgel, en mi *Cuadro político* de las cinco partes del mundo en 1829: hoy quiero ampliar las especies que tengo recogidas de este país neutro que, como el de San Marino en Italia, ha salido incólume de todos los cambios y trastornos, merced á su exigüidad.

La revolucion francesa, que terminó en el imperio, y las repetidas mudanzas políticas de España, abrieron los señorios en una y otra parte; pero respetaron el *statu quo* en Andorra. Napoleon I nombró *voguer* francés, y España ha seguido nombrando el suyo por medio de su obispo.

Los rasgos mas notables de la historia de estos valles del Mediodía del Pirineo, son los siguientes: En la dominacion romana el territorio de Andorra hacia parte de la *Marca hispánica*, se hallaba habitado por los *ceretanos* y pertenecia al convenio jurídico y metrópoli tarraconense. Lo invadieron y ocuparon los sarracenos en el siglo VIII, pero lo perdieron á poco tiempo porque Carlo-Magno primero, y su hijo Ludovico Pío despues, echaron de allí á los árabes y concedieron el señorío del país á la iglesia de Santa Maria de Urgel y á sus obispos, sede entonces tan exigua, que no llevaba otro nombre que el de *Vicus Urgell*, ó simplemente *Vico*, que ha quedado en Vich.

La donacion, hecha á 1.º de Noviembre de 819, tiene estas cláusulas notables: «Todas las parroquias de los valles de Andorra, con todas sus iglesias, villas, pueblos, caseríos y demás de ellos dependiente, juntamente con los diezmos, primicias, derechos y emolumentos, sujetando los referidos pueblos y sus habitantes á dicha iglesia y á dicho obispo Sisebuto y á sus sucesores en el dominio, jurisdiccion y disposición plenaria; de tal manera, que ningun príncipe, conde, baron, ni otra persona alguna se atrevan á hacer violencia alguna, ni fuerza, ni invasion en las cosas dadas á dicho obispo y sus sucesores.»

Esta acta de donacion fué firmada por el conde de Urgel, Sinifredo, y por otros muchos prohombres, que la confirmaron. Confirmóla tambien el mismo emperador Ludovico Pío el año 824, y nuevamente la ratificó en 836 al obispo Posidonio. A que se agregaron corroboraciones pontificias de 951, 1010 y 1099, á petición de los obispos urgelenses.

Verdad es que al mismo tiempo Carlos el Calvo de Francia, agradecido á los servicios que contra los normandos le habia prestado el conde de Urgel Sifredo, le concedió en 10 de Febrero de 843, entre otras mercedes, el valle de Andorra con todos sus agregados y los derechos que el rey tenia en él; que en buena ley eran ningunos, pues hacia veinticuatro años que estaban cedidos á la iglesia y obispo de Urgel. Con todo, los condes se reputaron soberanos de Andorra, ejerciendo actos de tales, cual lo acredita la concesion que en 1140 hicieron al conde Arnaldo de Castelbó.

Nació de aquí la guerra, y Ermengol se declaró al prelado Bernardo del Castillo en 1194. El obispo carecia de medios materiales de resistencia; mas obtuvo la ayuda del conde de Foix, Ramon Rogerio, ofreciéndole participacion en el señorío. Reconocida la nulidad de la cesion de Carlos el Calvo, los condes de Urgel renunciaron á sus pretendidos derechos en 1231 en favor de los obispos; y los habitantes de Andorra, libremente congregados, y por sufragio universal, reconocieron por señor al obispo Poncio y sus sucesores, prestándole homenaje de fidelidad.

Los condes de Foix, que á sus derechos propios agregaban la promesa del obispo, á quien sirvieron, se creyeron dueños del país andorrano, y para conseguirlo movieron nueva guerra al obispo. Despues de mil estragos y devastaciones, concluyó la avenencia, siendo jueces árbitros el obispo de Valencia, Falberto, y el canónigo de Narbona, Bononato. Este convenio, que aun conserva el nombre vulgar de cuestion por *pariatges*, fijó los derechos de ambas partes, de donde proceden los que hoy tienen las coronas de España y Francia.

Hé aquí las esenciales cláusulas de la sentencia dictada por los árbitros en Urgel á 7 de Setiembre de 1278, aceptada y ratificada por los interesados y confirmada además por Martino IV, Papa, en Octubre de 1288.

1.º Que el conde Rogerio Bernardo III de Foix y sus descendientes tengan el dominio y señorío del Valle de Andorra *pro indiviso* con el obispo de Urgel, Pedro y sus sucesores.

2.º Que el conde y sus causahabientes puedan percibir y cobrar la *quístia* á su arbitrio (*alternis annis*) sobre los naturales y moradores de los valles, empezando este año el conde, y que el obispo lo cobrara su año

en la determinada cantidad de cuatro mil sueldos milgurienses.

3.º Que cada uno de los condes señores pueda tener su lugarteniente, que administre justicia civil y criminal, alta y baja.

4.º Que los dichos condes señores tengan gente de guerra de los hombres de los Valles, sin que se sirvan de ella el uno contra el otro.

Este es el derecho existente, mas favorable á Francia que á España. Porque el Valle de Andorra es español físico y naturalmente, por relaciones, hábitos y dependencias. Se halla en la falda Sur de la cordillera, separado del departamento del Arriège por los puertos de Viel, Negro, Siguer, Argentera, Meringue y Llosa, y todas sus aguas vienen por el Balira al Segre debajo de Urgel, única puerta y comunicacion expedita de los naturales. En lo eclesiástico todas las parroquias y su clero dependen del obispado de Urgel, y todos los andorranos pertenecen á la grey del prelado español. Hablan el catalan y reciben el correo de la metrópoli, como los demás pueblos de la monarquía. Diariamente acuden á la curia y tribunales eclesiásticos de Urgel, á que siempre se han sometido voluntariamente y sin reclamar.

Importa, por lo tanto, que la neutralidad de Andorra se conserve, y que cada uno de los coprotectores se mantenga en su derecho, sin perjuicio del otro. No se reduce la cuestion á 16 leguas cuadradas de territorio montuoso y á 15.000 habitantes pobres: tiene mas trascendentales aspectos como punto de derecho, en el interés de los andorranos y en el de nuestra nacion, cual lo reconocerán los militares, los hacendistas y el clero español.

Prescindiendo de los antecedentes que puedan existir en el ministerio de Estado, la diplomacia hallará documentos en el archivo de la santa iglesia de Urgel; en el de la corona de Aragon de Barcelona (libros I y II de Enajenaciones del Real Patrimonio); en la obra de Pedro de Marca, impresa en París en 1688, casa de Muguet; en la *Relacio* del P. Jonoy, é *Histoire* de Mr. Sans, ambas impresas en Tolosa de Francia; entre los manuscritos de la Academia de la Historia (U.—30), y en otros depósitos de papeles y de libros, que no me es dado citar ahora. Mi objeto está cumplido con llamar la atencion.

FERRIN CABALLERO.

NECESIDADES DE ASTURIAS.

En diferentes artículos y sueltos hemos encarecido la importancia que para la provincia de Asturias tienen los caminos vecinales, base y vehiculo de toda produccion y riqueza, y las obras, por tan diversos conceptos utilísimas del ferro-carril y del puerto del Musel.

Los caminos vecinales son máquinas destinadas al omento de la riqueza, y aumentan, abaratan y generalizan los productos. Sin ellos no hay posibilidad de mejorar las condiciones de la agricultura, favorecer las funciones de la industria y atender convenientemente al desarrollo del comercio, supuesto que la produccion y el consumo están siempre en relacion directa de la facilidad y rapidez de las comunicaciones.

En el país donde estas faltan, faltan tambien los mercados, y por consiguiente el estímulo natural del trabajo y la industria. Explotacion de las primeras materias, *valor en cambio* de los artículos de riqueza, vías de comunicacion y grandes mercados, son partes de un mismo todo, que se llama progreso económico. Tal es el secreto de los rápidos adelantos industriales operados en Inglaterra, Bélgica, Francia y otras naciones.

Por eso hemos encarecido la urgencia de favorecer, no con mal entendidas protecciones, sino por los medios naturales, la accion de la actividad, las funciones del trabajo y la industria, hasta aquí empobrecidas por innumerables obstáculos cuya remocion constituye la primera necesidad de todos los países.

Por eso, siempre que hemos tratado de Asturias hemos lamentado, y por desgracia seguiremos lamentando, el escaso celo con que se atiende al desarrollo de sus vías de comunicacion, estrechamente relacionadas con el desenvolvimiento de sus facultades naturales productivas, tan valiosas como poco conocidas. ¿Y cómo no?

Dadme un punto de apoyo, decia uncélebre matemático, y yo me encargo de remover el mundo. Proporcionen á Asturias una extensa red de caminos vecinales y carreteras, el ferro-carril de Leon á Gijón y el puerto del Musel, y se hará de esa pobre Asturias una provincia llena de vida y prosperidad.

Pocas provincias de España se encuentran en tan buenas condiciones naturales de produccion como Asturias; quizás ninguna atesora en tanta abundancia como ella el carbon y el hierro, es decir, el alimento cotidiano de toda industria. Y, sin embargo, ninguna vive tan olvidada, tan retraida del movimiento moderno, que á todo ha dado vida y elementos del progreso. ¿Y por qué?

El Pajares, ese gigante de piedra coronado de nieve por un lado, y por el otro los peligros sin amparo ni refugio que la costa Cantábrica ofrece á los buques que por ella cruzan en alas del comercio, tienen á esta provincia encerrada como entre dos murellas, aislada del trato de sus hermanas, sustraída á la fecunda vida de la actividad.

En tal situacion sucédele á Asturias lo que al joven vigoroso cuando trabaja solo; siéntese débil, encuentra á cada paso poderosos obstáculos, no acierta á descubrir y combinar los medios de satisfacer sus necesidades y desarrollar sus fuerzas productoras.

El aislamiento es antinatural y por consiguiente antieconómico, trátase de uno ó muchos individuos, de una ó mas provincias.

Todo lo que es necesario, es económico, es útil, y el cambio constituye la primera necesidad de los pueblos.

Cambiando, mejoran en condiciones y crecen en fuerzas los individuos: no hay razon alguna para que no suceda lo mismo, en mayor extension, á los pueblos, á las provincias, á las naciones, á la sociedad en general. El cambio es una necesidad para todos los hombres, una ley universal.

Cumpla dicha provincia en su propia esfera tan previsora ley, y así conseguirá, sin disminuir sus necesidades, aumentar los medios de satisfacerlas, ó, lo que es lo mismo, dar el valor que hoy no tienen á sus producciones naturales, á los abundantes y preciosos gérmenes de riqueza que en su seno palpitan, esperando impacientes el impulso del trabajo y el apoyo del capital.

En tan profunda y beneficiosa trasformacion tienen reservados un papel principal el ferro-carril y el puerto, obras vitalísimas que no pueden separarse porque son gemelas; la una es el complemento de la otra.

El ferro-carril, salvando la muralla de Pajares con todas las condiciones y ventajas de una máquina, dará un gran impulso á la industria y al comercio provincial; mas para que este sea constante y fecundo, preciso es que los demás medios naturales de exportacion é importacion guarden con él consonancia, no sirvan nunca de rémora; y como quiera que entre los mismos deba y pueda figurar el mar, y los puertos que en la costa Cantábrica poseemos sean de todo punto insuficientes para sostener el movimiento mercantil que en pos de sí traerá el ferro-carril, de aquí la necesidad y la importancia del Musel.

Bajo dos distintos aspectos puede ser este considerado como puerto de refugio ó como puerto comercial; y en este doble aspecto es donde nosotros encontramos su mayor importancia.

Si fuera solo de refugio, ofreciera, sí, grande interés, porque al fin satisfaria una necesidad imperiosísima, un deber de cultura y humanidad, cual es el que tiene nuestra nacion respecto á los buques que recorren la borrascosa costa Cantábrica; pero si por sus condiciones no pudiera hacer con relacion á los trasportes del ferro-carril el oficio de una bomba aspirante é impelente, dejaria de satisfacer una necesidad, tan apremiante como aquella, en el orden material, en el progreso general de Asturias.

Si, como aseguran personas autorizadas y cree nuestro apreciable colega *La Estacion* de Oviedo, el puerto del Musel puede llenar los dos indicados objetos, siendo á la vez puerto comercial y de refugio, su definitiva aprobacion merece el mas unánime aplauso por parte de toda la provincia de Asturias.

Habiéndose empezado las obras del ferro-carril y próximo á ser subastado el puerto, háse dado un gran paso en la senda de las mejoras y de los adelantos; pero insuficiente al logro de las aspiraciones de aquella provincia, supuesto que el resultado positivo de uno y otro pueden retrasarse mas ó menos tiempo, segun la mayor ó menor actividad de las empresas constructoras. Y como los retrasos en negocios de esta índole tradúcese siempre en incalculables pérdidas para el país en ellos interesado, Asturias debe mostrarse cada vez mas celosa de la defensa de sus derechos é intereses.

Levantado el plano, abierto el cimientó y preparados los materiales, no falta ya mas que un poco de actividad y perseverancia, un pequeño esfuerzo por parte de todos, para que el edificio de la regeneracion económica de Asturias se eleve sólido y majestuoso.

J. B.

CATASTROFE.

Hé aquí de qué manera *El Times*, dá cuenta del terrible terremoto que ha producido tantas víctimas en el Perú y Ecuador:

«El cable trasatlántico suele traernos de vez en cuando noticias sorprendentes, y generalmente elige el domingo para esas sorpresas. En el último otoño fué la isla de Tortola que se habia hundido á impulsos de un huracan con toda su poblacion de diez á doce mil almas, y con su cordillera de montañas de 1.600 piés de elevacion. Este año una gran porcion de ciudades del Perú y del Ecuador han sido «completamente destruidas» por terremotos con muerte de 25.000 á 30.000 personas, y la destruccion de propiedades por valor de trescientos millones de duros.

Siempre hay bastante fundamento para dar crédito á terribles convulsiones, naturales en las regiones australes y meridionales de América. Si Tortola no fué completamente sumergida, como el telégrafo dijo lacónicamente, fué cierto que esa isla, la de Santhomas y otras muchas fueron visitadas por los mas asoladores azotes, y aunque todavía esperamos que los últimos telegramas de Nueva-York y Filadelfia sean algo exagerados, debemos admitir que la sumaria descripcion que contienen no exceda los límites de la credulidad. La region mencionada, como teatro del desastre, la larga y estrecha faja de tierra entre la cresta de los Andes y costa del Pacífico, ha sido en todos

tiempos, desde su descubrimiento, la región familiar de los terremotos.

Las primeras noticias que señalan a la catástrofe las fechas del 13 al 16 de Agosto, no es de esperar que hayan sido recogidas de toda la extensión sobre que ha pesado la calamidad, pero esta debe haber abarcado una distancia de mil doscientas millas desde Ibarra, ciudad del Ecuador, cincuenta millas al Noroeste de Quito, capital de aquella República, y a menos de un grado de la línea ecuatorial hasta Iquique, puerto de isla en las provincias meridionales del Perú, a los veintinueve grados de latitud meridional.

En este puerto es donde se dice que ha perecido Mr. Billinghamurst y su familia. A este caballero se le ha designado erróneamente como cónsul británico. El nuevo representante de S. M. británica en Iquique es Mr. Petter Nugent, vicecónsul gratuito. Mr. Williams Billinghamurst desempeñaba igual cargo por la República argentina.

Lo mismo que Iquique, las ciudades de Tacua, Arica e Islay, se hallan sobre el mar. Pero Ibarra, Pasco, Moquehua y Arequipa, son ciudades en tierra firme y están sobre la doble cordillera en que figuran los volúmenes más activos de aquella tierra. Arequipa, capital de la provincia peruana del mismo nombre, está dominada por el volcán Misti, monte que se dice excede en altura a la cima del Mont Blanc en más de 4.000 pies.

Pasco, ó Cerro del Pasco, la ciudad más elevada del globo, se levanta sobre numerosos barrancos hasta una altura de 13 a 14.000 pies; esto es, al nivel de las cimas de Youngfran y del Matterhorn. Ibarra, con su vecina Quito, está rodeada por los nevados gigantes de ambas sierras, y está al pie de Imbabura, montaña volcánica por la cual, lo mismo que Nápoles por el Vesubio, es unas veces fertilizada y otras asolada. Apenas hay una de esas ciudades que no tenga sus recuerdos de erupciones y terremotos.

A juzgar por las someras indicaciones que nos ha trasmitido el telégrafo, nos inclinamos a juzgar esta última convulsión como de las de mayor magnitud. Apenas puede mencionarse la palabra «terremoto» sin que asalte a la memoria el recuerdo de una de las calamidades análogas a los tiempos modernos, de las que tenemos datos auténticos y minuciosos: hablamos del terremoto de Lisboa en 1755. En aquella catástrofe pereció un número de personas que se calculó con variedad de 30.000 a 60.000. Los que perdieron la vida en Calabria en los años de 1857 y siguiente, se calcularon de 22.000 a 40.000; mientras se dice que en Caracas perecieron 12.000 personas en 1812, y no menos de 3.000 en la ciudad de Quito en 1859.

A menos, pues, que retrocedamos a los tiempos oscuros para recordar la catástrofe de Antioquia en el año de 526, en la que perecieron, según dicen, 250.000 personas, ó algunas de las grandes convulsiones en Java, de las que no tenemos datos precisos, no debemos titubear en colocar el terremoto de 1868 entre los que han hecho mayor número de víctimas humanas. Es cuestionable también si la actual convulsión ha recorrido tan largo trecho de territorio en tan corto espacio de tiempo. «La porción de superficie de la tierra que fué conmovida por el terremoto de Lisboa, según dice Humboldt, se calculó ser igual a cuatro veces la extensión de Europa.

La conmoción se sintió en los Alpes y en las costas de Suecia. En Alemania las aguas termales de Toepitz desaparecieron por algún tiempo y volvieron luego a brotar, inundando la región circunvecina con aguas de color de ocre. Las aguas de los lagos de Escocia y las del Loch-Lomond especialmente, subieron repentinamente más de dos pies y luego recobraron su nivel normal. En las costas de las Barbudas, Martinica y Antigua, la marea subió súbitamente veinte pies, y el mar se tñó de un negro de tinta. Hasta las aguas distantes del lago Ontario fueron extraordinariamente agitadas, y la conmoción se sintió a lo largo de las costas del Massachusetts.»

Pero aunque la ondulación ó depresión del choque mismo puede en algunos casos pasar por debajo del mar y de la tierra, y de un hemisferio a otro, hasta el punto de que una décimatercera, y aun una octava parte de la superficie del globo sea comprendida en el sacudimiento, hay generalmente un centro ó foco del terremoto sobre el cual se gasta la mayor parte de la violencia, el punto en el que las fuerzas subterráneas, luchando al parecer para romper la corteza de la tierra, buscan su salida; pero en esta última conmoción parece como si el sacudimiento hubiese caminado a lo largo del gran trayecto de la cadena central y meridional de las grandes montañas de América. No ha sido una sola ciudad, sino muchas, las que se han convertido en ruinas, y el terremoto que ha habido más cercano a aquella comarca fué el de Chile en 1835, cuyo sacudimiento se extendió por una zona de trece grados de largo y diez de anchura.

Al paso que no podemos pensar sin estremecernos en la terrible muerte que ha arrebatado a tantos seres humanos, y en la desolación de los que dejan sobre la tierra abandonados, puede suministrar algún consuelo, aunque triste, la reflexión de que la frecuencia misma de ese terrible azote tiene cierta tendencia a privar de sus mayores terrores en aquellas regiones en donde la agitación más ó menos sensible de la tierra es un fenómeno que se repite á menudo.

No queremos decir con esto que los peruanos, los chilenos, los calabreses ó los sicilianos, se hayan acostumbrado á los terremotos, pero el adagio de que, Dios da el frío según la ropa, parece tener aquí también su aplicación. En ninguna parte mejor que en aquellos climas tropicales ó templados podría acampar una población sin hogar con menos desastrosas consecuencias para la salud. En ninguna parte mejor que en medio de aquellos encantadores parajes terrestres y marítimos, podría surgir ese enérgico sentimiento de patriotismo local que hace al hombre luchar con desesperado instinto contra un suelo traidor, que parece dispuesto á cada momento á escurrirse bajo el pie.

El aldeaño de Messina ó de Pórtici construye su cabaña sobre ruinas bajo las que otros aldeaños antepasados suyos fueron enterrados antes que él, y aun en el suelo comparativamente nuevo del Nuevo-Mundo, en el Perú y en Chile, nada hay más común para los habitantes de una ciudad recién construida que señalar los sitios bajo los cuales yace enterrada la ciudad antigua.

El hombre construye y el terremoto destruye, y sigue, no obstante, el juego con la misma falta de aprensión con que un niño forma y otro desbarata de un sopló un castillo de naipes. Está en la naturaleza del hombre sacar el mejor partido que pueda de lo malo, y hay distritos en ese peor de los mundos, en donde el hombre podría esperar cerrar sus ojos si el hábito no le hubiera enseñado á familiarizarse con la idea de que el terremoto podrá arrollarle en el sueño.»

LA VEJEZ.

Achaques, enfermedades, dolencias, tristeza, recuerdos amargos, ausencia de placer y de ilusiones, aburrimiento de la vida, descuido de sí propio, hondo disgusto, malestar físico y moral, hastío del mundo y de sus afecciones: ¿es esta la vejez? ¡Oh, sí! Lo es desgraciadamente en la práctica diaria de nuestra época y en la inmensa mayoría de los casos que á todas horas presenciarnos; pero no hay razón alguna para que lo sea.

El hombre, falto todavía en nuestro siglo de la plena conciencia de sí mismo, no acierta, por desgracia, á desplegar en cada edad la belleza que á ella corresponde, ni sabe disfrutar de sus privilegios, ni percibe y utiliza sus bondades. Son muy pocos aun los que comprenden que no hay edad desaprovechable ni digna de desden. Fíjense únicamente en los años medios de la vida y desprecian la infancia y la adolescencia como preparaciones, y la vejez como cenizas. Pero, ¿puede esto ser verdad? ¿Puede ser tampoco razonable ni sensato? ¿Vivimos en esta tierra setenta ó ochenta años para que solo quince ó veinte de ellos merezcan en realidad el nombre de vida?

La vejez, sobre todo, es mirada con lástima en los demás y con terror en uno mismo. Tiémblese llegar á viejo, considerándolo como terrible desventura, apártanse afanosamente los ojos de tal idea, y maldicen llorando los pasos que conducen á la ancianidad. El hombre maduro se siente acometido de ese pensamiento y trabaja por desecharlo. Toca después al temido umbral y procurar desesperadamente detenerse: alimenta á toda costa ilusiones de un verdor pasado, se agarra á la menor apariencia de juventud que le resta, lucha, pretende engañarse á sí propio, y hasta disimula los estragos exteriores del tiempo, poniendo en ello cuidados tristemente pueriles, que harían asomar una sonrisa á los labios si no suscitaban impresiones más graves y penosas.

Viene, sin embargo, la pavorosa vejez con irresistible evidencia, y entonces, perdida por completo la posibilidad de creer en lo que no existe, el hombre decae de repente, imagina que ya nada es, ni nada significa, ni nada tiene que hacer en el mundo, mira con envidia á los jóvenes, siente herida su vanidad, y ó bien se abandona y se convierte en una máquina que come y que anda, ó bien incurre en el cinismo, en los vicios descarnados y en la impotente lujuria.

Tipos de estos podéis verlos donde quiera. Viejos, que no saben serlo, pululan desgraciadamente á millares. Los unos, muerta ya la esperanza de lucir galas juveniles que hace tiempo huyeron, se entregan al desaseo y á la suciedad, descuidan toda limpieza corporal y se hacen repugnantes. Otros, movidos por causas parecidas, no tienen reparo en olvidar el decoro y la decencia, precinden del pudor y se equiparan á los animales, conduciéndose con una grosería incalificable. Otros, por último, aferrados con mayor ansia á los gozos de los sentidos, como bien que se escapa para siempre, dan en sus días últimos el vergonzoso y lastimero espectáculo de una degradación profunda.

¿Y qué arguye todo esto? Falta de convicciones, falta de creencias, falta de fe en el hermoso y magnífico principio de la inmortalidad individual, falta de rectas opiniones acerca de lo que es la vida en este mundo y más allá de su alcance y de sus límites, falta de desenvolvimiento espiritual y moral, falta de conciencia de la dignidad humana. Verdaderamente cuando se dice que los hombres son orgullosos se dice lo contrario de lo cierto. Los hombres en la inmensa mayoría de los casos tienen de sí propios una idea harto ruin y harto mezquina. En los días de la plenitud de su fuerza y de su brío viven dándose en espectáculo á los demás, rebajándose para merecer miradas ajenas, haciendo depender su felicidad personal de agradar ó no al público, alentando, en fin, años y años con el único objeto de complacer á los espectadores que los rodean y sometiendo para ello á las humillaciones más inauditas y hasta á renegar de toda la independencia de su alma.

¿Qué resulta de ahí? que cuando llegan á viejos, cuando no pueden continuar sirviendo de polichinelas, reconocen que ya son inútiles, y con una humildad profundísimamente entristecedora se descuidan á sí mismos. Ya no podemos divertir al público, dicen para su conciencia, y como solo vivíamos para los demás, como por nosotros mismos no valemos nada, como por nosotros mismos no merecemos atención alguna, y solo nos esmerábamos para no deslucir la comedia humana, retirémonos al rincón y solemos todos los trapos. ¿Qué más hay que exigir de un payaso achacosos? ¡Y dicen que los hombres tienen orgullo!

En ese orden de ideas reside uno de los secretos del abandono á que se entregan muchos al llegar á la vejez, una de las más fecundas causas de su desaseo, de su incuria, de su misantropía y del rápido descenso en que caen en brevísimo tiempo. Pues si cuando jóvenes hubieran profesado el cuidado corporal, el pudor, el decoro y otras cien iguales cualidades por amor de ellas, por lo que son en sí, por inclinación personal y no por otra cosa, ¿las desdeñarían al alcanzar tantos ó cuantos años?

Yo deseo en los hombres mayor orgullo, mayor sentimiento de su propia grandeza, mayor estimación de sí propios: no los quiero humildes, los quiero altivos. El que se ama y se estima á sí mismo, el que tiene grande y hermosa opinión de su persona, conserva en la vejez y en la ancianidad las cualidades que demostró en su juventud. Continúa siendo aseado y limpio, porque lo era por amor de su propia persona, y no por cuestión de espectáculo; continúa siendo honesto y decoroso en sus ademanes y apariencia, porque lo era por convencimiento y no por consideraciones externas; continúa, en fin, cuidando de sí mismo y sin abandonarse ni caer en la dejadez, porque él es siempre él y siempre sigue teniendo alta idea de su dignidad individual. El hombre ha de ser como las obras de arte, es decir, que ha de agradar por sus bellas cualidades, pero sin mostrar que lo pretende: la simpatía ajena en favor suyo ha de ser la consecuencia, pero no el objeto ni el fin de su vida.

Obra artística en que se descubre el intento premeditado de lisonjear el ánimo, no valdrá nunca mucho: hombre que se conduzca de igual manera, tampoco encerrará gran perfección. Lo repetimos: las buenas cualidades que el hombre demuestre en su edad juvenil, aprécielas por lo que son en sí y por amor de su propia persona, y de este modo no las relegará nunca al olvido al llegar á la vejez.

Pero no basta que el anciano conserve en los últimos años de su vida la exquisita limpieza y el esmero corporal de que hacia gala en su adolescencia; no basta que sus actos y su conversación sigan siendo decorosos y comedidos, aunque ya nada espere de la galantería y del amor; no basta que no incurra en el cinismo y la desvergüenza, patrimonio harto común de la impotencia senil: es menester, además, que prosiga disfrutando de salud hasta la muerte; es menester que su organismo físico, moral é intelectual subsista íntegro, equilibrado y sano

hasta su último momento, salva una gradual disminución de intensidad de fuerza.

Los achaques corporales, las enfermedades, la pérdida del entendimiento y de la memoria, las manías, el alelamiento y demás desgracias semejantes no constituyen el acompañamiento natural y forzoso de la ancianidad, sino que son en ella accidentes excepcionales, monstruosidades, aberraciones: todo lo contrario de lo verdaderamente natural.

Dios ha hecho la vejez más débil que la edad madura, pero no enfermiza ni llena de calamidades. Nuestra llama vital es llamada á extinguirse en este mundo de una manera pausada, graduada é imperceptible, pero sin dolores, sin sacudidas, sin malestar, sin conflictos: esa fase descendente de nuestra existencia actual puede y debe verificarse en una forma tranquila, dulce y agradable. Si cuando somos jóvenes nos esforzamos en practicar la sobriedad, en huir de los vicios desencadenados, en adoptar un régimen apropiado á nuestro temperamento, y en adquirir un modo de pensar recto y elevado, nuestra vejez sería un período de voluptuoso sosiego, de serenidad y de envidiable paz, exento de tumultuosos daños.

Los males de la vejez son hijos nuestros: el Sér Supremo solo ha creado para ella bienes, de igual manera que para todas las edades, bienes suyos, bienes especiales, bienes acomodados á su esencia, pero siempre bienes. Yo he visto algunos ejemplos de viejos enteramente sanos que han fallecido puramente de muerte natural, como luz que sucesivamente se agota y libres de todo dolor físico. El que muere así, muere tan dulcemente como el que se duerme, y ambos mueren ó duermen para volver á despertar.

Por otra parte la llamada debilidad de la vejez no envuelve la menor idea de tristeza. El mal reside en el mundo en el desacuerdo, en la desarmonía de relaciones, pero nunca en lo contrario. Ahora bien, cada edad tiene la cantidad y el género de fuerza necesario para la clase de tarea que le compete.

En la juventud el individuo se consagra especialmente á la obra externa sin perjuicio de su propio mejoramiento interno: en la madurez avanzada y en la ancianidad la labor y la misión consisten más en el recogimiento interior sin perjuicio de seguir coadyuvando en lo posible al mejoramiento del género humano y á la marcha de la civilización. De aquí el que en la vejez sería, no solo inútil, sino hasta perjudicial la expansión de vigor físico que corresponde al período juvenil. El viejo solo necesita del dominio sobre sí mismo de la concentración moral y del desarrollo del imperio de la razón, con cuyo auxilio ha de disponerse para la continuación de su vida más allá de los límites de este mundo. Estaríamos, por consiguiente, en lo justo, compadeciendo la debilidad de la vejez cuando fuera tal que la incapacitara para lo que en esa edad tiene que hacer, pero sí para ello le es bastante, la debilidad no existe.

La cantidad y el género de fuerza del hombre viejo podría pues calificarse de débil si hubiera de poseerla un joven; pero no hay en ella debilidad alguna desde el momento en que es suficiente para cumplir la misión especial de la vejez.

¿Y qué decir de los desengaños, de las desilusiones, de la amargura, del aburrimiento y de las tristezas, que se consideran también generalmente como el cortejo inseparable de la senectud? Ningún experimento, ningún hecho, ningún extravío humano son bastante poderosos para derribar una idea ni un principio. ¿Qué nos puede decir la práctica del mundo? ¿Qué hay en él traiciones y maldades y errores y crímenes y desquietos? Y bien, ¿tiene esto algo capaz de conturbar un juicio recto? El hombre es imperfecto, pero perfectible: esto dice la razón. ¿Puede la experiencia contradecir lo uno ni lo otro? Si un individuo ó dos ó cien se han forjado ideas falsas y ridiculas, ¿tiene la verdad la culpa de ello? no habérselas forjado.

Porque se presencien mil ingratitudes ó mil delitos, nunca será menos cierto que el hombre, aunque imperfecto, es susceptible de perfeccionarse y mejorarse. El que haya creído tratar con santos, ha hecho muy mal en creerlo; el que al ver que no lo eran se entrega luego á un escepticismo pueril, comete todavía mayor necedad. Lamartine, fantaseando cuando joven y blasfemando del progreso cuando viejo, es un triste ejemplo de esos entendimientos femeniles, que pretenden condenar las verdades permanentes en nombre de cuatro pequeñas temporales. Todas las flaquezas juntas de todos los hombres, ¿bastan acaso para demostrar que el género humano no ha nacido para el bien? Un viejo podrá tener conocimiento de tal ó cual suma de errores y pecados ajenos; pero nunca habrá gozado una inteligencia sana y varonil, si después, y en vista de esos yerros, desconoce los grandes principios y reniega de ellos. ¡Singular concepto abrigado de Dios y del universo y de la vida y de la humanidad el que se hace escéptico de lo eterno porque ve lunares en lo transitorio!

El que incurre al llegar á la vejez en el escepticismo, en la desilusión y en la duda, es porque nunca razonó sus creencias, porque tuvo en su tiempo ilusiones verdaderamente pueriles, porque cayó entonces en credulidades y en niñadas. Pero el anciano de espíritu sereno y justo, compadecido las faltas de los hombres, las ve como son, ni mayores ni menores, y sabe que, á pesar de ellas, el bien se cumple cada día en mas alta escala: los niños pormenores no le oscurecen los ojos ni le impiden distinguir las leyes que los rigen.

A veces también la tristeza de la vejez se funla en parte en el recuerdo de extravíos propios. Pero si esto es así, ¿depende esa tristeza de lo avanzado de la edad? No: depende de hechos y circunstancias extrañas, de acciones cometidas en otro tiempo, de delitos perpetrados en los años floridos de la vida.

No es, pues, la vejez la causa de la pesadumbre, sino que lo fué la debilidad del libre albedrío durante el período de la juventud. En la mano del hombre está, por tanto, el prepararse una ancianidad hermosa, tanto bajo ese como bajo todos los demás puntos de vista. El que con tiempo y con firmeza se dispone para ello, consigue al fin el objeto apetecido, y al llegar á la vejez se desliza con sosiego por una suave pendiente sin que los achaques físicos le molesten, sin que sus facultades mentales padezcan irregularidades y lesiones, sin que la práctica del mundo le haga desconocer las grandes verdades en que se funda la serenidad del espíritu, y sin que la memoria de graves faltas atormenten su sueño. Acéscase así al momento de la muerte y espira, como el que se adormece, de un modo dulce, tranquilo, libre de tempestades ni sacudidas dolorosas.

Tal puede y debe ser la vejez, en lugar de asemejarse á esos cuadros lúgubres y melancólicos que de ella habitualmente se trazan. Desaparezca, sobre todo, la idea de que esa edad ya es inútil y estéril para el bien. Podrá ser menos eficaz y fecunda que la juventud para la verificación de la obra externa; pero ni aun en este terreno lo será nunca por entero. Y el terreno del recogimiento interior de la conciencia, en el terreno del mejoramiento propio, su potencia subsiste intacta hasta el sepulcro. No hay en la vida del hombre ni en la vida del mundo y en el trascurso de la historia momento desaprovechable, ocioso ni creado para el vacío y para la nada. Todos los instan-

tes de la existencia del hombre y del universo son susceptibles de benigna y preciosa aplicación.

En la vejez el individuo recapacita con imparcialidad sobre su pasado, aprende todavía, reforma sus principios, consolida los exactos y se halla aun en situación de continuar su perfeccionamiento indefinido bajo todos los humanos aspectos para crear las bases de una nueva etapa. La vida es una infinita y no interrumpida cadena, y la muerte es lazo eslabon con eslabon. El que esto sabe y esto siente, el que así se penetra de profunda y arraigada fe en el sagrado principio de la inmortalidad, comprende que nunca es tarde para trabajar, que nunca es tarde para merecer y que todos los mejoramientos que el hombre verifica en su ser y en su naturaleza son garantías lógicas y premisas fecundas que le aseguran mas allá de la tumba una dichosa y espléndida recompensa.

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

PASTORAL DEL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

Muy señor mio y amigo: El UNIVERSAL fué el primer periódico que publicó mis artículos de *La Seca y Penuria*, relativos á la crisis alimenticia por que Castilla pasa. También dió publicidad al folleto de Doña Concepcion Arenal *Voz que clama en el desierto*, donde con tanta unción, filosofía, caridad y galanura se excitaba á socorrer las desgracias. Procede, pues, y así se lo ruego, que inserte Vd. en su periódico la excelente pastoral del arzobispo de Santiago, inserta en el *Boletín eclesiástico* de aquella diócesis de 8 del corriente.

Porque no podrá Vd. menos de reconocer conmigo en este escrito circunstancias notabilísimas siempre, y mas todavía en los tiempos que corren. El metropolitano de Galicia tiene la fortuna de ser el primer prelado que alza su voz en la presente calamidad pública; ¡ojalá que los demás diocesanos le sigan! La pastoral está escrita digna y convenientemente; sin salir del Evangelio, sin exageración de ningún género, sin otras pretensiones que el avivar el espíritu de la caridad en todos sus fieles, en todos los españoles, en todos los cristianos. No hay circunstancia esencial que no indique, resorte que deje de mover para llegar á su santo fin.

Cada parroquia del arzobispado será un punto de la suscripción abierta por el ilustre cardenal, que en breves líneas prescribe el celo, la constancia y la pureza con que han de manejarse los donativos hasta llegar al centro de la metrópoli, cuya junta presidirá él mismo. Demasiado sé que, para la gran penuria que nos aflige, esto no es suficiente; pero si cada autoridad y cada individuo de posición hiciera cuanto puede como el arzobispo de Santiago, mucho se aminoraría el mal. Reciba Su Eminencia el insignificante parabien que un desconocido le envía desde un rincón de provincia y no me lo agradezca, que yo no veo su persona, sino al digno sucesor de los apóstoles, al genuino intérprete de la doctrina de Cristo. Soy de Vd. afectísimo amigo Q. B. S. M.

Barajas de Melo 19 de Setiembre de 1868.

FERMIN CABALLERO.

«MIGUEL, POR LA MISERICORDIA DIVINA, CARDENAL GARCÍA GUESTA, DEL TÍTULO DE SANTA PRISCA, ARZOBISPO DE SANTIAGO, ETC. (A nuestro venerable dean y cabildo, al cabildo colegial de la Coruña, á los párrocos y demás eclesiásticos, y á todos los fieles de nuestro arzobispado, salud en Nuestro Señor Jesucristo.)

Castilla está sufriendo el azote del hambre, y hasta para convencerse de esta triste verdad el ver llegar á este país multitud de pobres que abandonan sus hogares y se presentan á nosotros demandando el sustento, cosa que nadie recuerda haber visto hasta ahora, porque Castilla ha sido mirada constantemente como el granero de España. Hoy, á consecuencia de la sequía, sucede que en algunas comarcas no han segado las mieses, tan abundantes en otros años, y los animales destinados á la labranza, ó se mueren por falta de alimentos, ó se apresuran sus dueños á matarlos para comer. Contemplado un país que comprende cuatro ó cinco diócesis bastante extensas, como son Zamora, Valladolid, Palencia, Leon; un país que no tiene otros recursos mas que los productos de la agricultura, que en este año han sido nulos en casi todos los pueblos, y podéis formaros alguna idea de la triste situación á que se ven reducidos sus habitantes.

Así se explica esa emigración que llega hasta esos puntos tan distantes, como mensajera que nos anuncia el hambre que allí se padecerá. ¡Oh! grande debe ser el aprieto, cuando hombres tan apegados á su suelo, y que no tienen costumbre de abandonar, huyen ahora como acosados de un enemigo cruel que los persigue.

Y bien, hijos míos, ¿no os dice vuestro corazón, formado é imbuido en las saludables máximas del Evangelio, que debemos acudir todos, á socorrer á nuestros hermanos que perecen? Recordad el año del hambre de Galicia; recordad aquel grito que se dió entonces «¡socorro á Galicia!» y que de todas partes vieron abundantes auxilios que atenuaron el mal. También hoy se da el grito de «¡socorro á Castilla!» y nosotros tenemos un motivo especial para no dejar que se pierda en el aire ese grito de dolor, ese quejido angustioso que sale de las entrañas de aquellos pueblos afligidos por la calamidad del hambre. Es natural que quien ha sentido una vez todo el peso de un mal gravísimo aprenda á compadecerse y á socorrer á los infelices que se hallan en igual situación, y para no hacerlo así sería preciso haber renunciado á los mas dulces sentimientos que la misma naturaleza inspira á los gentiles.

Pero como cristianos que somos, levantemos la vista mas arriba, y consideremos que somos la misma familia, que tenemos un mismo Padre celestial, que exige que sus hijos se socorran unos á otros, en tanto grado que el soberano Juez de vivos y muertos fundará su sentencia solemne, que dará al fin en la caridad ó en la dureza de corazón para decir á unos: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino, porque tuve hambre y me disteis de comer, *esuriri enim et dedisti mihi manducare*; y á

otros: «Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer. Lo que negasteis á uno de estos pequeños, me lo negasteis á mí.» (Math. 25.) Todo está dicho: Jesucristo, soberano Juez de vivos y muertos, reputará como hecho con él todo el bien que hiciéremos á nuestros hermanos, y negado á él el bien que á ellos negáramos en la necesidad.

Hé aquí lo que es propiamente la caridad, que se eleva sobre los sentimientos naturales de compasión, y que al hacer el bien tiene presente á Dios, y lo hace por agradecerle, por servirle á Él. Esta es aquella virtud sobrenatural y divina; este es aquel fuego sagrado que Jesucristo ha puesto en la tierra, y que impulsa al cristiano, no solo á dar sus bienes, sino á darse á sí mismo y dar su propia vida, si es necesario, por sus hermanos, como lo hacen aquellos héroes que se consagran espontáneamente á servir en los hospitales á los apestados; como lo hacen también los misioneros que van á países bárbaros á llevar la luz del Evangelio. A nosotros no se nos exige hoy tanto; se nos exige solo que demos uno de aquellos bienes que en el presente año el Señor ha querido derramar con tanta profusión en este país afortunado.

Vosotros mismos conocéis que debéis dar gracias á Dios, porque os ha favorecido con abundante cosecha. La ingratitud es como un viento abrasador que seca los manantiales de la misericordia divina. Pues bien; ¿queréis saber el modo mas agradable al Señor para darle gracias por ese beneficio tan señalado que os hace en este año, cuando á otros países de nuestra España los ha herido con el azote del hambre? El mejor modo es acudir en auxilio de esas diócesis menos favorecidas; el Señor quiere mejor la misericordia que el sacrificio.

¿Queréis saber el secreto de esta conducta de Dios con los hombres, haciendo que unos sean pobres y otros ricos en este mundo, y que la tierra en unos países produzca á veces abundantes frutos, y en otras deje burladas las esperanzas de los hombres? Pues es para producir la armonía en el orden, el concierto de alabanzas al Señor que resulta de la virtud de la caridad ejercida por unos, y de la resignación y gratitud con que deben corresponder otros.

Hé aquí los motivos de esa desigualdad en la repartición de bienes que los hombres que tienen fija la vista solo en la tierra, no saben comprender. Por eso decía el Apóstol á los Corintios, cuando los exhortaba á que acudiesen en auxilio de los santos de Jerusalén, que sufrían la calamidad del hambre, «que la administración de la colecta que entre ellos se hacia no solo servia para cubrir las necesidades de los santos, sino que abundaba en muchas acciones de gracias al Señor, glorificando á Dios con la obediencia al Evangelio de Cristo. Supla, dice también, en el tiempo presente vuestra abundancia á la escasez de aquellos, para que en el siglo futuro la abundancia de aquellos supla la escasez vuestra, de modo que se restablezca la igualdad; y también sabéis y conocéis la gracia que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dispensado, porque siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza vosotros fuéis ricos.»

Hé aquí revelado en parte por el Apóstol de las gentes el secreto de la providencia con que Dios gobierna el mundo en la desigual distribución de los bienes temporales. Quiere el Señor que practiquemos la caridad, y que de la práctica de esta virtud por una parte y de la gratitud por otra se forme como un himno de gloria al dador de todos los bienes.

Esto me mueve á exhortaros á que vosotros, tan favorecidos en el presente año, acudais en auxilio de la diócesis de Castilla, que tanto sufre por la pérdida de la cosecha. ¡Oh, qué bello espectáculo á los ojos de Dios y de los ángeles el de la caridad que se apresura á aliviar á nuestros hermanos afligidos, y las acciones de gracias de estos al ver que acudimos á enjugar sus lágrimas. Demos gloria á Dios. Todas las criaturas sin conocerlo se la dan á su modo, obedeciendo á las leyes que el Criador las impuso desde el principio, y manifestando con su armonioso concierto el poder y la sabiduría del Supremo Hacedor. Pero el hombre, que es llamado el rey de la creación; el hombre, dotado de entendimiento y de libre albedrío, está obligado á glorificar á su Criador con los actos de las virtudes, obedeciendo libremente á las leyes del orden moral.

Pues bien; toda la ley se reduce al amor de Dios y del prójimo; y á la manera que la atracción es la ley universal que hace girar á los cuerpos celestes en sus órbitas y conservar el movimiento arreglado de las grandes masas de que se compone el mundo material, así la ley de la caridad es la ley universal del mundo moral, del mundo de las inteligencias y de los seres libres que se mueven ó obran, no por un impulso ciego, como las criaturas irracionales, sino con pleno dominio sobre sus actos, mereciendo ó desmereciendo delante de Dios, según sean ó no conformes á su ley santa.

La ley de la caridad nunca obliga mas estrechamente que en tiempo de calamidades públicas. La voz de la naturaleza y del Evangelio nos dicen á la vez que esa es la ocasión de desplegar todo el ardor de la caridad para enjugar tantas lágrimas en nuestros hermanos, que además de los vínculos de la misma fe con que estamos unidos, tienen los de nacionalidad y los de la proximidad. Porque en el ejercicio de la caridad hay también su orden y sus preferencias, aunque ella no escluya á nadie. Porque como dice el Apóstol, «no hay gentil ni judío, circuncisión y prepucio, bárbaro y excita, sino que Cristo es todas las cosas en todos los que han sido renovados en el conocimiento según la imagen de Aquel que los crió; y, sobre todo, tened caridad,» añade, «la cual es el vínculo de la perfección;» esto es, que una perfectamente los fieles entre sí.

Si la caridad pública ofrece la ocasión mas oportuna para desplegar la caridad. El infortunio que está sufriendo Castilla en este año llegará á tomar inmensas proporciones en el venidero, si no acudimos todos á contener sus lamentables efectos. Los campos se quedarán sin sembrar, y sus habitantes, ó tendrán que perecer, ó emigrar en masa, abandonando una tierra que no los sustenta.

Acudamos, pues, todos, cada uno según sus posibles, á llevar el auxilio á nuestros hermanos, y con este objeto exhortamos á que se abra en todas las parroquias una suscripción, recogiendo lo que cada uno quiera dar voluntariamente en especie, vendiendo luego lo que se haya reunido.

Los párrocos, asociados de uno ó dos vecinos de probidad y de sentimientos caritativos, deben encargarse de hacer la colecta y enviar su producto á la Junta que nombraré y que presidirá en esta metrópoli, para distribuir con cierta equidad en las diócesis afligidas del hambre los socorros que han de enviarse.

Es preciso que todo esto se haga gratuitamente, y no dudo que otras diócesis seguirán nuestro ejemplo, y se logrará atenuar considerablemente la calamidad y evitar muchos desastres. Los párrocos leerán esta pastoral al ofertorio de la misa del primer día festivo, excitarán á algunos de los feligreses mas honrados, y que mas se distinguen por sus caritativos sentimientos, para que les ayuden á hacer la colecta y sean testigos de la pureza con que se procede en esta obra de caridad; como á este propósito decía el apóstol á los corintios: «Procuremos hacer el bien, no solo delante de Dios, sino también delante de los hom-

bres.» En la esperanza de que seguireis los impulsos de vuestro corazón cristiano y los deseos de vuestro pastor, os damos en lo mas íntimo de nuestra alma nuestra bendición, concediendo cien días de indulgencia á todos los que contribuyan á la obra de caridad que les aconsejamos.

Dada en nuestro palacio arzobispal á 8 de Setiembre de 1868.—MIGUEL, CARDENAL GARCÍA GUESTA, arzobispo de Santiago.—Por mandado de su eminencia el cardenal arzobispo mi señor, Teodoro Gonzalez, vicesecretario.»

UN PEDAZO DE SIERRA-MORENA.

Una monografía de Sierra-Morena, si así pudiera llamarse al estudio de sus producciones minerales, vegetales y animales, enlazado con el de su estructura orográfica y con el de sus condiciones físicas en general, sería en extremo interesante, como que abrazaría el de una gran parte de la Península española, puesto que, por lo común, se comprende con el nombre de Sierra-Morena toda la serie de Sierras que, con diversas denominaciones, se extienden desde la de Alcaráz inclusive, hasta las que van á terminar en el Cabo de San Vicente; pero ni yo tengo datos ni fuerzas para ese trabajo, ni este con tales proporciones cabría en los límites de un artículo. Ya en 11 de Enero de 1857, el ilustrado ingeniero de minas Sr. Naranjo y Garza, al ser recibido en la Academia de ciencias, elegía por tema de su discurso de recepción «la necesidad de una descripción completa de la cordillera de Sierra-Morena con relacion á los tres reinos de la Historia natural.»—El día en que, sumados los trabajos parciales de hombres entendidos en los diversos ramos de las ciencias naturales, tengamos la descripción completa de esa y de las demás cordilleras de nuestro montuoso país, habremos logrado establecer la base mas segura, y á la vez indispensable, para el mejor aprovechamiento de sus variadas producciones.

Dejando, pues, ese vasto campo á los que tengan medios y tiempo para irlo recorriendo, solo voy á tomar en consideración en este artículo, y principalmente bajo el punto de vista de su vegetación leñosa, el trozo de Sierra-Morena que enlaza las provincias de Córdoba y Jaen con la de Ciudad-Real; es decir, el comprendido entre Despeñaperros y el extremo occidental del valle de Alcadía, y que es en realidad al que con mas frecuencia se aplica el nombre de Sierra-Morena.

Aun sin salir de los límites de esa corta extensión, ¿cuánto motivo de estudio, cuánto interés para el geólogo en aquellas pizarras y areniscas silurianas, ricas en restos orgánicos de antiquísimos mares; en aquellos criaderos de cinabrio, no igualados aun en parte alguna, que desde fecha desconocida se explotan en Almaden del Azogue! ¡Cuánto interés para el botánico en aquella rica variedad de arbustos y matas siempre verdes que visten los valles y las cumbres! ¡Cuántos motivos de investigación para el zoólogo en aquellas soledades donde vive el apenas conocido *Melloncillo*, único representante en Europa de los *Mangustos* ó *Ichnemones*, venerados por los antiguos egipcios: donde aun son el terror de muchas gentes el *Saeton* y el *Alicántara*, que por sus hazañas, exageradas por imaginaciones sencillas, casi recuerdan los *Dragones* alados de la fábula; y donde la picadura de arañas, realmente venenosas, se pretende curar por la influencia de la música sobre el sistema nervioso!

Y ¿cómo crecía ese interés, si al estudio de los productos naturales precediese el de los recuerdos históricos que de cercanas y de remotísimas edades se conservan todavía entre los desiertos y enmarañados matorrales de ese trozo de la sierra! Aquí, peñascos llenos de misteriosos signos rojos, trazados probablemente por manos fenicias, según se ve en la famosa *Peña-escriba*, á poca distancia de Fuencaliente; allá, señales evidentes del paso y estancia de los romanos, como en la *Cañada del Tesoro*, próxima á Almaden, en la que, no hace tres meses, recogía el autor de estas líneas una preciosa cabecita romana de barro en el momento de ser hallada por los trabajadores de un vivero; poco mas al Este, las *Navas de Tolosa*, teatro glorioso de la jornada capital de siete siglos de lucha, donde, como ha dicho el Sr. D. Fernando Cos-Gayon, se decidió que España no sería mahometana; y poco mas al Sur, los campos de Bailén, donde sufrieron su primera derrota los que desde Austerlitz se creían invencibles, y donde, como dice el cronista antes citado, se decidió que España no sería francesa; y tantos y tantos otros recuerdos, cuya enumeración sería prolija y á la par impropia de este artículo.

¡Sierra-Morena! ¡Despeñaperros!—La primera idea que estos dos nombres despiertan en la imaginación de muchos extranjeros y de no pocos españoles entregados á la lectura de viajeros como *Dumas* y otros *ejusdem furfuris*, es la de las cuadrillas de salteadores que se suponen siempre prontos á desplumar al infeliz caminante que se aventura á cruzar por esos desiertos desfiladeros. No contribuyó poco á ese modo de considerar nuestras provincias meridionales, y en particular la sierra en cuestión, el capítulo XV de los *Sketches in Spain* del capitán Cook, publicado en 1835, capítulo dedicado exclusivamente á la clasificación de los ladrones (robbers) españoles, clasificación que no debió ser tan difícil á Cook como nos sería á cualquiera de nosotros la de los que entonces poblaban y hoy siguen poblando los rincones y escondrijos de la culta y civilizada Londres; aquí el género es mas variado en especies. El que está escribiendo, ha cruzado va-

rias veces, casi solo, los sitios mas despoblados y áspersos de esa temerosa sierra, y ni ha encontrado bandidos de ninguna clase, ni ha visto mas señales de robo que las del que el país se hace á sí mismo, dejando incultos tantos valles y tantos cerros donde la vid, y aun mejor el olivo, podrían sustituir á las jaras y jaguarzos.—Si Olavide pudiera recorrer de nuevo aquellos sitios, volviéralo á la tumba de la pena de ver los pocos frutos que han dado las semillas por él esparcidas.

Es tal la preocupacion que, respecto á Sierra-Morena traen algunos viajeros, que, apenas pasan de Alcázar con direccion á Córdoba ó á Badajoz, cada colina y cada loma se la presenta ya á la memoria. Así, en una moderna *Guía* francesa del viajero por España, *Guía* por lo demás excelente y recomendable, hablando del trozo de camino comprendido entre Almagro y Miguelterra, se lee lo siguiente: «La via describe »cerca de Almagro una nueva curva al Oeste, y corre »paralelamente á la línea de montañas que cierran el »horizonte á la derecha. Las numerosas plantaciones »de olivos que cubren las vertientes de la Sierra, le »dan ese tinte sombrío que ha motivado y que justifica »su nombre de Sierra-Morena, etc., etc.» ¡Oh, modestos y apacibles olivares manchegos, convertidos por la gracia y la pluma de un francés en la agreste, inculta y rica en jabalías, Sierra-Morena!—Válame Dios, cómo por boca de Don Quijote decía Cervantes (á quien otro francés tuvo por loco), ¡válame Dios y que de necesidades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas?—Y eso digo yo; ¡qué tienen que ver esos olivares, ni su color, con Sierra Morena! Bien sé que el autor podrá decir que esas colinas cubiertas de olivos corresponden, orográficamente consideradas, á Sierra-Morena, y así será en rigor; pero lo mismo valdría entonces, y aun sería mas exacto y preciso decir que la Alhambra de Granada y los *Cármenes* inmediatos están en Sierra-Nevada, lo que no sé que á nadie se le haya ocurrido. Permisame, siquiera porque de Cervantes se trata, una ligerísima digresion respecto al anterior paréntesis, por mas que sea ajeno á este trabajo y á la índole de esta *Revista*. Publicóse en París, el año de 1837, un librito, titulado *Don Quichotte et la Tâche de ses Traducteurs*, par F. B. F. Biedermann. Entre otras cosas peregrinas, se lee en la página 57 la siguiente: «oh, sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre.» (D. Quij., P. II. Cap. 45)—*invocation qui ne laisse pas de doute, que l'auteur avait bonne raison de solliciter un secours de clarté, pour débrouiller la confusion de ses idées, etcétera, etc.*, de modo que, en buen castellano, el señor Biedermann, en ese párrafo (y en otros de su escrito) tiene por loco á Cervantes por haber este atribuido al sol cierta influencia en la actividad fisiológica del hombre. Y hé aquí que hoy la *fisiología experimental*, por boca de una de sus primeras autoridades en el mundo científico, opina lo mismo que opinaba Cervantes hace cerca de tres siglos. En una de sus lecciones del curso de 1863 á 1864, en la Universidad de Turin, decía *Jacobo Moleschott* lo siguiente: «El sol ri- »ge, no solamente el crecimiento de las plantas nutri- »tivas, sino tambien, y de una manera directa, la »energía de las funciones del hombre. La rotacion »diurna de la tierra es la primera condicion del repo- »so periódico que restaura las fuerzas del cerebro, no »menos que las de los músculos, etc., etc.»

Decía, pues, volviendo á los verdaderos límites de mi trabajo, que solo voy á considerar aquí un pequeño trozo de Sierra-Morena. Esta, como saben todos los que conocen la estructura orográfica de nuestro país, no es, en su parte central, mas que el descenso escalonado de las altas mesetas de Castilla la Nueva á las Campañas de Andalucía; de tal modo, que la diferencia en altitud entre unas y otras (por ejemplo, entre Santa Cruz y Córdoba), excede con frecuencia de 600 metros, cuando no llega á tanto la que media entre las primeras y los mas elevados cerros de esa parte de la Sierra. Por eso esta no presenta, especialmente vista por el lado del Norte, ese aspecto imponente, severo, alpino, de elevados picos y profundos cortes, que tanta majestad presta á Sierra-Nevada, á las Maladetas, á los picos de Gredos. En cambio, no se ven aquí aquellas tristes cumbres áridas, peladas, sin vegetacion, que terminan las montañas de gran parte de Andalucía, en las provincias de Jaen, Málaga, Almería y Granada. Un matorral espeso, monótono á veces, pero con frecuencia variadísimo, viste y adorna las faldas, los flancos y hasta los últimos peñascos de cada montaña; pertenecientes esas matas, en su mayor parte, á especies de hojas siempre verdes, oscuras y lustrosas, dan realmente al conjunto un tinte algo sombrío, algo *moreno*, que parece justificar el nombre dado á esa Sierra, sin que por esto defiendan yo que ahí está la razon, el origen de ese nombre.

La cordillera marriánica (*Montes mariani*) se compone, en el trozo que examino, de varias sierras, casi paralelas entre sí, que corren en direccion de Este á Oeste, y que reciben diversos nombres tomados con frecuencia de los que tienen las poblaciones mas inmediatas. Al Este del renombrado paso de *Despeñaperros* se destacan particularmente las llamadas *Sieras del Cambron*, del *Tolmo* y la *Desesperada*; y al O. del mismo paso las del *Viso*, *San Lorenzo*, *Mestanza*, *Madrona* y *Quintana*. Entre las Sierras de *Mestanza*, y las conocidas por *Umbria de Alcudia*, se halla el gran valle de ese nombre. *Sierra-Madrona* es la principal entre las nombradas; es como el eje, la espina dorsal de la cordillera en esta parte; es á la vez la mas agreste, la mas fragosa, la mas separada de toda poblacion al-

go importante; vista por la umbria, desde la *Solana del Pino*, por ejemplo, presentan en sus flancos un admirable contraste los manchones negruzcos de las pizarras desnudas con los verdes de los rebollos y los rojizos de los brezos en flor. Los espesos jarales de sus faldas son inagotable criadero de *jabalías*, y en sus cumbres las *cabras monteses* saltan y se arrojan por las *pestañas de las rocas*, segun la pintoresca expresion de aquellos serranos.

Al Sur de *Sierra-Madrona* parten varios ramales que van descendiendo hácia los partidos de Andújar y Montoro. No forma aquí *Sierra-Morena* la divisoria de aguas entre Guadiana y Guadalquivir, sino que se ve rota y atravesada por diversos riachuelos que marchando de N. á S. van á verter sus aguas en el segundo de esos rios; así la cruza el *Magaña* por *Despeñaperros*, y mas al O. el *Rumblar*, el *Jándula* y el *Yeguas*. Mas sencilla aun que su estructura orográfica es su constitucion geognóstica; prescindiendo de algunos puntos en que asoma el granito, y de la region volcanica de *Almodóvar del Campo*, *Sierra-Morena* en esta parte está formada por rocas silurianas; reducidas estas á tres principalmente: *pizarras* por lo comun arcillosas, de color pardusco, á veces algo azulado; *areniscas* silíceas, teñidas con frecuencia de rojo por óxidos de hierro, y *cuarcitas* de color bastante claro. Estas últimas suelen formar las crestas y peñascos mas elevados. Yendo de Madrid á Andalucía, sea por la antigua carretera, sea por el ferro-carril, al llegar á *Santa Cruz de Mudela*, se encuentran ya las pizarras, bastante ricas por cierto en esa localidad en diversas especies de *trilobites* y de otros fósiles característicos de ese antiguo terreno; la villa misma es uno de los puntos que marcan el límite entre la gran cuenca *miocena* de la Mancha y el terreno *siluriano* de la Sierra; la primera está representada al N. por *Santa Cruz* por calizas margosas, no escasas en *Planorbis*, *Lymnaea* y *Paludina*, y el segundo al E. S. y O. del mismo pueblo por pizarras y areniscas.

Viniendo ya al examen de la vegetacion leñosa del pedazo de Sierra en cuestion, objeto peculiar de este artículo, voy á considerarla primero en su conjunto, haciendo despues algunas observaciones respecto á sus principales especies. A pesar de la corta extension del terreno estudiado, que en la direccion de E. á O. apenas excede de 100 kilómetros, y en la de N. á S., que es la mas importante en este género de estudios, no llega á 45; á pesar de las escasas diferencias en altitud que sus diversos puntos presentan; á pesar de la poca variedad de las rocas que forman su suelo; en una palabra, á pesar de faltar casi todas las condiciones que, tratándose de localidades reducidas, pueden contribuir á hacer mas variada su flora, el número de especies leñosas, observadas por mí en las pocas y ligeras correrías hechas por esa parte de Sierra-Morena, llega ya á 95; y claro es que un estudio detenido de esa localidad y las ulteriores observaciones han de acrecer aun bastante esa cifra, que no es seguramente pequeña; y para que los poco prácticos en estos estudios comprendan la importancia que tiene, me bastará decirles que es poco mayor el número de las especies verdaderamente leñosas y espontáneas que se hallan en todo el reino de Bélgica.

De esas noventa y cinco especies, veintitres son árboles ó arbolillos aprovechables como maderas y maderijas; cincuenta y siete, arbustos ó matas que pueden aprovecharse principalmente como combustible, y las quince restantes son matitas pequeñas ó plantas de escasa importancia forestal, como *Zarzas*, *Madreselvas*, etc.—Cuenta que esto de la escasa importancia es relativo, puesto que á poca distancia, en algunos pueblos de la Mancha, donde el combustible falta hasta el punto de que apenas se use otro que la basura y la paja, y donde se venden como leña menuda los manojos de tallitos de una *Lechetrezna* (*Euphorbia*) y como leña gruesa las *Tobas* (*Oenopordon*), bien podrían tener importancia para los hogares esas raquíticas matillas.

Son varios los naturalistas y viajeros que han pintado esta parte de Sierra-Morena como cubierta por una monótona vegetacion reducida á dos ó tres especies de jaras en grandes trechos; efectivamente, las jaras son aquí las matas dominantes; y el que en Mayo haya visitado esta sierra, si la ha examinado con atencion desde un punto algo elevado, no habrá dejado de fijar los ojos en el inmenso manto verde-oscuro, abundantemente salpicado de flores blancas, sonrosadas y amarillas, que cubre en esa época del año todos los cerros y colinas, todos los valles y laderas; entre las flores citadas por su color, dominan las blancas, debidas á la *Jara comun* y al *Jaguarzo*, y aparecen en menor número las sonrosadas y amarillas, correspondientes las primeras á la *Jara blanca*, y las segundas á las *Hiniestas* y *Aulagas*.

Pero aun cuando esa monotonía sea hasta cierto punto efectiva en algunos sitios, particularmente en los primeros estribos de la sierra que caen al Norte, basta internarse un poco en esta, penetrar en sus harto solitarios barrancos y despoblados valles para encontrar una vegetacion mucho mas variada que lo que podría esperarse, como antes he indicado, de sus condiciones de suelo y clima.

En una pequeña Memoria escrita por el autor de estas líneas (y perdónesele la inmodestia de citarse á sí mismo), con motivo de una excursion forestal por el imperio de Rusia, se dijo lo siguiente: «¡Qué contraste entre los campos y pantanos de la Rusia septentrional, y los cerros y barrancos, hoces y golli- »zos de nuestra Sierra-Morena, donde en media hec-

tárea de extension pueden á veces contarse por docenas las plantas leñosas! Jaras y jaguarzos; mirtos y madroños; lentiscos y cornicabras; ladiernas, acebuches y fresnos; enebros y espinos; aulagas y brezos; coscojas, en cinas y melojos; romeros, cantuesos y tomillos; adelfas y sauces, hiniestas y torbiscos, y yedras y parras silvestres! ¡qué variedad de formas! ¡qué riqueza de olores y colores! ¡qué fuente de goces para el verdadero naturalista! ¡Ojalá que este notable contraste existiera tambien entre el estado de sus montes y el de los nuestros! ¡Ojalá que la comparacion, que no entraré á hacer, nos fuera favorable! etc., etc.»

Confieso ingenuamente que no habia hecho nunca la prueba sobre el terreno respecto al citado número de especies, y que eso de las docenas fué solo un *modus dicendi*; que tal vez á alguien debió parecer un poco aventurado, y que aun á mí me producía ciertas dudas, hasta que hube ocasion de resolverlas.

En dos sitios inmediatos á *Fuencaliente*, en las entrañas mismas de Sierra-Morena, pude verificar, en Mayo de 1867, la comprobacion de lo dicho, en compañía del ingeniero del cuerpo Sr. D. Pedro de Avila. Los sitios no fueron elegidos intencionalmente, sino tomados al acaso; en realidad, no hubo mas razon para hacer esa especie de recuento en *Fuencaliente* y no en otra parte de la Sierra, que la de haberme acordado allí y no en otro punto de la aparente exageracion de lo dicho en la mencionada Memoria. Como se trata de un dato curioso de Topografía botánica y de sociabilidad de ciertas especies leñosas, dato que de seguro ofrecerá algun interés á los peritos en la materia y aun á los puramente aficionados á estos estudios, voy á citar los nombres de las especies halladas en los dos sitios.

Primer sitio: *Peña de la Cruz*, cerro que domina á *Fuencaliente*; peñascoso y áspero; roca dominante, la *Cuarcita*; exposicion N. E.

Especies leñosas en media hectárea de extension.

Nombres sistemáticos.	Nombres vulgares.
1.— <i>Quercus ilex</i> . Lin.	Chaparro.
2.— <i>Q. lusitanica</i> . Lam.	Quejigo.
3.— <i>Q. suber</i> . Lin.	Alcornoque.
4.— <i>Q. coccifera</i> . Lin.	Coscoja.
5.— <i>Juniperus oxycedrus</i> . Lin.	Enebro.
6.— <i>Phyllirea angustifolia</i> . Lin.	Labiérnago.
7.— <i>Myrtus communis</i> . Lin.	Arrayán.
8.— <i>Arbutus unedo</i> . Lin.	Madroño.
9.— <i>Erica australis</i> . Lin.	Brezo rubio.
10.— <i>Er. arborea</i> . Lin.	Brezo blanco.
11.— <i>Er. scoparia</i> . Lin.	Brecina.
12.— <i>Er. umbellata</i> . Lin.	Mogariza.
13.— <i>Viburnum tinus</i> . Lin.	Durillo.
14.— <i>Lonicera implexa</i> . Ait.	Madreselva.
15.— <i>Rosmarinus officinalis</i> . Lin.	Romero.
16.— <i>Lavandula stoechas</i> . Lin.	Cantueso.
17.— <i>Lav. pedunculata</i> . Cav.	Cantueso.
18.— <i>Thymus mastichina</i> . Lin.	Mejorana.
19.— <i>Genista hirsuta</i> . Vahl.	Aulaga.
20.— <i>Adenocarpus grandiflorus</i> . Boiss.	Rascavieja.
21.— <i>Helichryson stoechas</i> . Lin.	Manzanilla.
22.— <i>Cistus albidus</i> . Lin.	Estepa y Jara blanca.
23.— <i>Cist. crispus</i> . Lin.	Tomillo prieto.
24.— <i>Cist. salviifolius</i> . Lin.	Tomillo blanco.
25.— <i>Cist. populifolius</i> . Lin.	Hojaranzo.
26.— <i>Cis. ladaniferus</i> . Lin.	Jara.
27.— <i>Halimium heterophyllum</i> . Spach.	Quiróla.—Alacayuela.
28.— <i>Hal. atriplicifolium</i> . Spach.	"
29.— <i>Hal. lepidotum</i> . Spach.	"

—Segundo sitio: *Barranco del puente del rio Yeguas*, comprendiendo ambas orillas de este.

Especies leñosas en media hectárea de extension.

1.— <i>Quercus ilex</i> . Lin.	Chaparro.
2.— <i>Q. suber</i> . Lin.	Alcornoque.
3.— <i>Q. lusitanica</i> . Lam.	Quejigo.
4.— <i>Q. coccifera</i> . Lin.	Coscoja.
5.— <i>Salix</i>	Sauce.
6.— <i>Alnus glutinosa</i> . Gartn.	Aliso.
7.— <i>Fraxinus oxiphyllus</i> ? Bieb.	Fresno.
8.— <i>Acer monspessulanum</i> . Lin.	Azar.
9.— <i>Ficus carica</i> . Lin.	Higuera sivestre.
10.— <i>Hedera helix</i> . Lin.	Yedra.
11.— <i>Vitis vinifera</i> . Lin.	Parriza.
12.— <i>Phyllirea angustifolia</i> . Lin.	Labiérnago.
13.— <i>Ph. media</i> . Lin.	Agracejo.
14.— <i>Ph. latifolia</i> . Lin.	Agracejo.
15.— <i>Jasminum fruticans</i> . Lin.	Jazminorro.
16.— <i>Pistacia entiscus</i> . Lin.	Lentisco.
17.— <i>Pist. terebinthus</i> . Lin.	Cornicabra.
18.— <i>Crataegus mono gyna</i> . Jacq.	Espino majuelo.
19.— <i>Pyrus communis</i> . Lin. var. <i>marriana</i> . W. K.	Piruétano.
20.— <i>Rosa canina</i> ? Lin.	Escaramujo.
21.— <i>Rubus fruticosus</i> ? Lin.	Zarza.
22.— <i>Arbutus unedo</i> . Lin.	Madroño.
23.— <i>Erica arborea</i> . Lin.	Brezo blanco.
24.— <i>Teucrium fruticans</i> . Lin.	Olivilla.
25.— <i>Lavandula stoechas</i> . Lin.	Cantueso.
26.— <i>Viburnum tinus</i> . Lin.	Durillo.
27.— <i>Lonicera implexa</i> . Ait.	Madreselva.
28.— <i>Sarothamnus vulgaris</i> . Wimm.	Hiniesta.
29.— <i>Cistus monspeliensis</i> . Lin.	Jaguarzo.
30.— <i>Cist. albidus</i> . Lin.	Jara blanca.—Estepa.
31.— <i>Cist. salviifolius</i> . Lin.	Tomillo blanco.
32.— <i>Smilax mauritanica</i> . Desf.	Zarzaparrilla.
33.— <i>Ruscus aculeatus</i> . Lin.	Brusco.
34.— <i>Dianthus lusitanicus</i> . B.	Clavel.

Sin entrar en las variadas consideraciones á que da lugar el examen de las dos listas anteriores, se ve desde luego que donde el suelo y el clima pueden, en tan pequeña extension, producir tal variedad de especies leñosas, si el terreno se reduce á cultivo y se le ayuda con los medios de que el hombre

dispone, precisamente ha de prestarse á dar útiles productos en vez de las poco estimadas malezas que hoy cria. Cerca de esos sitios han empezado ya los vecinos de Fuencaliente á hacer plantaciones de olivos, y seguramente no se arrepentirán de ello, pues si ahí esos árboles no adquieren el aspecto pomposo y la pujanza que en los llanos de Sevilla, en cambio se conservan mas sanos, mas libres del marajo y de otras plagas que infestan los de la Andalucía baja, á poco que el labrador los descuide; y así debe ser, puesto que aquellos están en mas naturales condiciones; no hay mas que fijar la atención en el gran número de *acebuches* que pueblan varias colinas y solanas de Sierra-Morena, para adivinar que en gran parte de esa sierra podrán ir substituyendo los olivos á las jaras que hoy la cubren.

Estas últimas son las que primero acuden á la memoria, al querer examinar en sus detalles la vegetación leñosa de esa sierra; once especies de ese grupo, prescindiendo de algunas insignificantes por su pequeño tamaño y consistencia herbácea, se hallan aquí extendidas y frecuentes. Las dos indudablemente mas comunes, son: la *Jara comuna* ó de las cinco llagas, como se la llama en algunos puntos por las cinco manchas rojas ó purpúreas que frecuentemente adornan la base de sus pétalos (*Cistus ladaniferus*); y el *Jaguarzo* ó *Juagarzo* (*Cistus monspeliensis*); ambas adquieren respetables dimensiones; pero en particular la primera, que llega á tener hasta tres metros de altura, siguen en segundo término la *Jara Estepa* (*C. laurifolius*), la *Jara Blanca* y también *Estepa* (*C. albidus*), el *Ahocasapos* ó *Tomillo prieto* (*C. crispus*) la *hoja de salvia* ó *Tomillo blanco* (*C. salvie folius*), y el llamado aquí *Hojararzo* (*C. populifolius*); quizá este nombre, dado aquí á una jara, ha hecho creer á algunos en la existencia, en esta parte de Sierra-Morena, del lujoso *Rhododendrum ponticum* de los bosques de Algeciras, en los que se da también el nombre vulgarde *Hojararzo* á esa magnífica *ericacea*; no escasean los ejemplos de errores causados por los nombres vulgares.

Por último, de los antiguos *Cistus* de Linné, pero colocados hoy en los géneros *Halimium* y *Helianthemum*, se ven en estos matorrales el *H. atriplicifolium*, hermosísima especie, de anchas hojas blanquecinas y de grandes flores amarillas; la *Alcañuel* *H. heterophyllum* que en algunos sitios, por ejemplo, en el *Collado de Alzá*, forma verdaderos rodales; la *Tamarilla* ó *Jaguarillo* *H. umbellatum*, y el menos frecuente *H. lepidotum*.

Del importante género *Quercus* se hallan aquí dos especies de hojas caducas: el *Rebollo* y el *Quejigo*, y tres de hojas persistentes: el *Alcornoque*, la *Encina* y la *Coscoja*; el primero se encuentra con ese mismo nombre vulgar en gran parte de España; se le ha tomado con frecuencia por el *Quercus cerris*, sin mas razon que la de que en varios libros antiguos y modernos se ha designado esa especie linneana con el nombre de *Rebollo*; pero este, en realidad, se aplica en muchos de nuestros montes al *Quercus toza*. Bosc cuando aun es jóven, dando el nombre de *Roble* al mismo cuando ya es árbol crecido; de una manera análoga, se llama *Chaparro* al *Q. ilex* de pocos años y de poca altura, y *Encina* al mismo *Quercus* ya hecho árbol. En el valle de Alcudia y en algun otro punto se me han enseñado árboles llamados *Mestos*; despues de examinados con la mayor escrupulosidad, no he podido ver en ellos nada que específicamente los distinga de las *Encinas*, las que, como es sabido, varían extraordinariamente en el tamaño y forma desus hojas.

Y no vaya á creerse por esto que yo prejuzgo la cuestion de si en España existe ó no existe el llamado por Lamarck *Quercus hispanica*, que se supone ser la especie botánica á que en rigor corresponde el nombre vulgar de *Mesto*; solo cito hechos, y como tal el de que los *Mestos* que he tenido ocasion de examinar en Sierra-Morena, en el valle del Tiétar, en la Sierra de Córdoba y en la provincia de Madrid, todos pertenecen á la especie de *Quercus ilex*, Lin., ó sea á la *Encina*. Los que deseen pormenores sobre esto, pueden consultar el *Exámen de las Encinas*, publicado en Sevilla en 1854 por los distinguidos botánicos señores Colmeiro y Boutelou. En el citado *Valle de Alcudia* se halla la forma de *Encina* que Poirét designó con el nombre de *Quercus calcyna*, notable por sus grandes cúpulas ó cascabillos; algunos ejemplares de estos tienen una profundidad de 25 y aun de 30 milímetros, cuando las cúpulas comunes apenas alcanzan la mitad.

Suele creerse, y yo estaba tambien en ese error, que los *Pinos* faltan completamente en esta parte de Sierra-Morena: sin embargo, los hay, aunque muy escasos. En unos ásperos peñascales de Sierra-Quintana, sitio llamado *Nava-Manzano*, como una legua al E. de Fuencaliente, se encuentran algunos ejemplares raquíticos y torcidos del *Pino negral* ó *marítimo* (*P. pinaster* Ait), que, siendo la misma especie que puebla las Landas de Burdeos, no lo verian en esta sierra con poco asombro los que lo creen esencialmente *marítimo*. Hablando de él, dice el célebre Bernardin de St. Pierre: «Su naturaleza marítima se revela en sus piñones encerrados en pequeños cascos óseos, recubiertos de una pieza semejante á una escotilla, conformados así para poder bogar, mientras que en los pinos de las montañas los piñones tienen una especie de ala para poder volar.» (V. Macquart. Arb. d' Europe, página 342.)—¡Oh naturaleza! ¡Qué de ridiculeces te atribuye la ridícula manía de los que todo

quieren explicarlo segun las leyes que aun nadie conoce!

Las *Oleaceas*, además del *Acebuche* (*Olea oleaster*), que les da nombre, y del *fresno*, que hoy suele figurar ya en otra familia, presentan aquí en numerosos ejemplares las tres especies europeas del género *Phyllirea*; la *Ph. angustifolia*, llamada *Labiérnago*, y en algunos puntos *Lentisca*; las *Ph. media* y *Ph. latifolia*, designadas ambas con el nombre vulgar de *Agracejo*; de la última especie he medido un ejemplar en el barranco de la Cimbarra, cerca de Aldequemida, verdaderamente notable por el grueso de su tronco, cuya circunferencia es de 1.38, viéndose próximos otros varios poco menores. Palau, en su *Traducción de Linneo* (1784), y Gomez Ortega, en su *Continuacion de la flora española* de Quer (1784), citan ya esa especie comun en diversos puntos de la Península; y, sin embargo, un ilustrado viajero alemán y célebre botánico, á quien realmente España debe mucho por los estudios que de su vegetación ha hecho y sigue haciendo, ha dicho, en 1852, hablando de ese arbolillo: *In Hispania nondum observatus erat.*

Haria en extremo pesado y monótono este artículo, que ya lo es bastante, si continuara enumerando todas las especies leñosas de esta localidad. Nada digo tampoco de las regiones en que pueden considerarse distribuidas, porque, sobre ser pequeña la extensión, lo son tambien las diferencias en altitud, y así no hay en realidad diversidad marcada en la vegetación, segun aquellas, siendo casi el mismo matorral el que viste los valles que el que corona las cumbres. Claro es, sin embargo, que se marcan bien ciertas estaciones; así el *Acebuche* prefiere las solanas y el *Quejigo* las umbrías; las frescas márgenes de los arroyos están pobladas de alisos y fresnos, de adelfas y tamujos, de sauces y parras silvestres; y las secas colinas de enebros y lentiscos, de juagarzos y jaras, de aulagas y cantuesos; el castaño, asilvestrado ya, ocupa los gollizos de la *Sierra del Viso*, en los que se ven diversas maderas, el cerezo silvestre y el hediondo (*Franjula vulgaris*); y el durillo, el arrayán, el jazminorro, y otras muchas matas adornan y tapizan las pendientes de esos gollizos.

Para terminar; ¿qué da de sí ese trozo de Sierra Morena? ¿Cómo se aprovechau sus montes? Difícil es contestar. Montes altos, en rigor, no existen; algunos rodales de roble y quejigo, y algunas dehesas de encina son los únicos que á duras penas merecen ese nombre; el alcornoque no se aprovecha; su corcho solo se emplea en malas colmenas, las que, para que todo sea en ellas primitivo, se cosean con clavos de jara. Todo lo demás es monte bajo; su principal aprovechamiento el de pastos; no siendo, por desgracia, poco frecuente el de rozas, reducido á rozar el matorral, generalmente con hocino, quemar sus leñas ya secas sembrar centeno, por lo comun, sobre esas cenizas, enterrar la semilla haciéndola pisotear por machos cabríos (y de ahí las siembras *machedas*), recoger una miserable cosecha, y abandonar despues el terreno, que vuelve á cubrirse de pujantes jaras, y así aquí, y así despues mas allá, y así ahora, y así hace siglos.—Y, ¿no podria hacerse algo mas y algo mejor?—Las ligeras indicaciones contenidas en este artículo, responden á eso, y con mas autoridad que ellas, contestan sobre el terreno los cultivos empezados ya con buen éxito en varios puntos de la sierra, los rodales mismos de robles y quejigos de la *Cereceda* y de *Ventillas*, y los viveros de *Castilseras*, donde se ven pinos jóvenes con doble número de verticilos del que á sus años corresponde, es decir, con dobles crecimientos anuales.

M. LAGUNA.

(Revista Forestal.)

De la acreditada revista de medicina *El Pabellón Médico*, tomamos el siguiente artículo:

OFTALMOLOGIA.

ESTUDIOS DE LA ELECTRICIDAD EN SUS EFECTOS SOBRE LA VISION.

La prensa toda se ha ocupado uno de estos dias del siguiente hecho, que copiamos textualmente:

«El último número de *El Correo Médico* trae este curioso caso:

«Una pobre mujer, ciega, y que como tal vivia hacia ocho años de limosna, se sintió deslumbrada á consecuencia de la fuerte luz desprendida en una horrible tempestad por un relámpago; pero desde aquel momento comenzó á ver, yendo gradualmente adquiriendo vista hasta el punto de manejarse hoy por sí sola.»

«Un periódico añade: «Caso tan extraño debe ser objeto de la atención de los médicos españoles.» Algunos otros concluyen diciendo: «Se ha atribuido á un milagro tal fenómeno.»

La excitación hecha á los médicos, á la par que un humilde deseo de encontrar explicación científica al hecho en cuestion, nos sacan de nuestras tiendas. Sentiremos, en verdad, tener que arrancar una ilusión mas á los que abusan de lo sobrenatural, apelando con infantil empeño al milagro para explicar lo que no se dan la pena de estudiar. ¡Milagro! En ciencias, esta palabra es mal socorrida; justa es, por lo menos, esta tiranía en la inmutable ley de las compensaciones.

Los efectos del rayo en la economía son variados y sorprendentes: los conoce la ciencia, los tiene estu-

diados, los registra en gran número. Casos hay de sorderas inveteradas curadas por una detonación ó descarga eléctrica; casos, al contrario, de sorderas instantáneas producidas por la misma causa. Esta es una ley de los dinamideos; obran y producen efectos contrarios; este es casi el *similia similibus* de la homeopatía.

No siendo nuestro objeto, sin embargo, ocuparnos de otra cosa que de las manifestaciones de la electricidad con referencia á la vision, séanos permitido desde luego abordar esta materia, recordando de paso algunas consideraciones generales que nos son indispensables.

Solo una membrana esencialmente nerviosa,—la retina, siente la luz; solo ella «crea la idea de la luz,» segun la feliz expresion de Nunneley. «Si el género humano fuese ciego—hemos dicho nosotros en una Memoria publicada hace tiempo—la idea de luz no existiría.» Esta membrana, generadora de esa idea, se comunica con el cerebro por el intermedio del *nervio óptico*, que, cual un hilo telegráfico, trasmite en el *estato fisiológico* las impresiones que recibe: de ahí que sea indispensable la integridad de esos tres órganos,—retina, nervio óptico y la porción del cerebro encargada de las percepciones lumínicas,—para la perfecta integridad de la función visual; de ahí que la alteración aislada de cualquiera de esos tres importantes factores turbe la armonía, el consorcio de donde emana la facultad de ponernos en relacion, á la distancia del limite de nuestras necesidades, con el mundo exterior. Anestésiese la retina por una causa cualquiera, comprímase ó córtese el nervio óptico, altérese el cerebro en la porción dicha, y el resultado será la disminución ó la pérdida total de la vista.

Si solo la retina siente la luz, esta no puede impresionar mas que á la retina. La luz, en su máximo de intensidad, y de cualquiera naturaleza que sea, no puede provocar impresiones lumínicas sino obrando sobre el aparato nervioso visual. Fúndase esto en una ley fisiológica harto demostrada; héla aquí:

Toda fibra nerviosa del organismo tiene su destinación especial, y al excitarla por un medio cualquiera no pueden producirse sino las sensaciones propias de la naturaleza del sentido á que pertenece dicha fibra.

Excítase el nervio acústico, y no se producirá otra sensación que la del sonido; excítase el nervio óptico ó la retina, y no se producirán nunca sensaciones auditivas ni olfativas; dichos órganos no responderán mas que por sensaciones visuales.

De lo que dejamos expuesto puede, pues, deducirse, con referencia al ojo:

1.º El excitante principal del aparato nervioso visual es la luz.

2.º La luz objetiva, que no es otra cosa que las vibraciones del éter, no puede provocar sensaciones lumínicas sino obrando sobre el aparato nervioso visual.

Bástannos estos dos corolarios para nuestro objeto. Acabamos de decir que la luz es el *principal* excitante del aparato nervioso visual; debíamos decir *principal*, porque hay otros excitantes, tales como las acciones mecánicas y las *corrientes eléctricas*, que pueden obrar sobre todos los aparatos nerviosos.

Las *corrientes eléctricas* son para todos los nervios un poderoso medio de excitación. Estudiémoslas con relacion al ojo.

Cuando se excita el nervio óptico por una corriente eléctrica intermitente, se producen relámpagos mas ó menos luminosos, que ocupan todo el campo visual. Obtiénese fácilmente este resultado, tanto por medio de una botella de Leyden, como por hilos galvanizados; es indispensable en tales casos el hacer pasar la electricidad de manera que la corriente atraviese el nervio óptico segun la dirección de sus fibras. Cuando se aplica, por ejemplo, un pedazo de zinc sobre los párpados humedecidos de un ojo, y un pedazo de plata sobre los del otro, véese un relámpago en el momento del contacto y de la separación de los dos metales.

Helmholtz dice que el relámpago es mas intenso cuando uno de los metales se aplica sobre un ojo y el otro se introduce en la boca; variando entonces la dirección de la corriente, aumenta á la vez la intensidad de la luz. Pfaff sostiene que es aun mayor la intensidad del relámpago producido por la excitación galvánica, cuando el metal positivo (zinc) se pone en el ojo y el metal negativo (plata) en la boca, disposición en la que la electricidad positiva atraviesa el nervio óptico en dirección ascendente. Aumenta mas aun la brillantez de los relámpagos cuando se emplea para el experimento una pila galvánica de doce ó mas elementos, como, por ejemplo, una batería de Daniell.

Cuando una corriente eléctrica ascendente atraviesa el nervio óptico, el campo visual oscuro del ojo cerrado se torna en luminoso, tomando á la vez un color azulado; si se interrumpe gradualmente la corriente, disminuye la intensidad de la luz, cambiándose el color azul en rojo amarillento, que es el propio de la retina. Segun que la corriente es ascendente ó descendente, varía, pues, como se ve, la intensidad de los relámpagos producidos por la electricidad.

No respondiendo con igual medida el aparato nervioso visual en las diversas direcciones de las corrientes eléctricas, esto basta para demostrar que en dichos casos no se obtienen solamente esos efectos por la única excitación de la electricidad, sino que hay además una modificación de la excitabilidad. Pflüger ha demostrado que las corrientes débiles aumentan la excitabilidad de los nervios hacia la extremidad adonde se dirige la electricidad positiva, disminuyen-

dola en el sentido de donde viene. Helmholtz, el inmortal y profundo profesor de Heidelberg, dice á este respecto:

«Nosotros llamamos *electro-tónico* el estado del nervio modificado por una corriente eléctrica constante. En el caso de una corriente ascendente, la excitabilidad se aumentaría hácia la extremidad cerebral del nervio óptico, y disminuiría hácia la extremidad retiniana; lo contrario tendría lugar en una corriente descendente. Nosotros podríamos, pues, explicar así, según la ley de Pflüger, el aumento y la disminución de la luz propia del ojo, á condicion de admitir que los excitantes internos que producen estas variaciones obran sobre la extremidad cerebral del nervio óptico: en estas condiciones, la corriente ascendente debería, en efecto, producir un aumento: la corriente descendente una disminución de la luz propia del ojo; mas este supuesto no se acuerda con los fenómenos que produce la introducción inmediata por un conductor estrecho de una corriente eléctrica en el globo del ojo. De estos fenómenos puede concluirse, por el contrario, que es en las fibras radiadas de la retina en donde se manifiesta el estado electro-tónico, y que su constante excitación tiene lugar en la superficie posterior de esta membrana.»

Véase, pues, la manera de obrar de la electricidad, cuya acción puede resumirse así:

- 1.° Produciendo una excitación.
- 2.° Produciendo una modificación de la excitabilidad.

¿De qué manera obró en el caso en cuestión, y que, con sobra de *inocencia*, se ha atribuido á un milagro? Produciendo un estímulo, una excitación, una sacudida ascendente en los factores que componen el sistema nervioso visual. La retina de esa infeliz mujer, escogida, por dicha suya, para prueba palmaria de un milagro, encontrábase paralizada por una causa cualquiera, padecía una amaurosis *asténica, parálitica, tórpida*, de la antigua clasificación de nuestro respetable maestro Sichel; la enérgica acción de un excitante *local* bastó para despertar la sensibilidad de órganos que no padecían lesión importante de textura, alteración profunda histológica; á la par que se produjo esa excitación, se modificó la excitabilidad del sistema nervioso visual, adquiriendo, por consecuencia de la corriente eléctrica ascendente, el estado que Helmholtz llama *electro-tónico*; en una palabra, la electricidad despertó la tonicidad fisiológica de las células de los centros, é hizo cesar el desequilibrio molecular. Hé ahí todo: hé ahí el *por qué* del milagro.

Aduzcamos, para concluir, en apoyo de los desarreglos moleculares del sistema nervioso visual, lo que se ve á menudo en la práctica de la oftalmología. En la hemeralopía ó *vision diurna*, solo la luz del sol excita la retina; á la puesta, falta el excitante y falta ó disminuye la función: aquí hay disminución de tonicidad de los elementos retinianos; con los tónicos y reconstituyentes, en efecto, se triunfa las mas veces de esa afección. Ese estado va casi siempre acompañado de la insuficiencia del flujo de sangre á la retina, ó de la pérdida de las propiedades excitantes de este líquido, á consecuencia de un empobrecimiento de los glóbulos rojos; la retina no puede, en ese caso, tener completa su excitabilidad fisiológica. Basta, como hemos dicho, una medicación reconstituyente para que, equilibrándose los componentes de la sangre, se readquiera la excitabilidad de la membrana sensitiva ocular.

No sabemos si habremos acertado á explicar claramente el caso milagroso. Disculpémos, si no hemos sido afortunados, nuestro buen deseo; indúltenos, al menos, el laudable propósito de apelar para ello á la ciencia, antes que consultar los siblísticos arcanos de la milagrería.

F. DELGADO JUGO.

LA AGRICULTURA PRUSIANA.

Acúsaseme con harta frecuencia de que soy un inglés muy exagerado en mis ideas agrícolas, y que por una especie de manía quiero que todas las cosas se hagan en España como se hacen en Inglaterra; sin embargo, nada dista mas que esto de la verdad: como agricultor soy alemán, pero considero tan imposible aplicar hoy á mi país las ideas y prácticas alemanas, que me contento con las inglesas, que puede decirse son el escalón intermedio. Para pasar desde la agricultura española á la inglesa, necesitamos abonar mas, labrar la tierra mas profundamente, y establecer una rotación de cosechas en que los cereales tengan lugar mas de tarde en tarde: para pasar desde la agricultura española á la alemana, necesitamos, además de estas tres cosas, la asociación, cosa que creo poco menos que imposible de hacer en España en todo este siglo (1).

La Prusia, que es indudablemente la nación de Europa mas adelantada en agricultura, presenta el hecho de una instrucción profesional esparcida por todas sus campañas: el conocimiento de las leyes naturales y económicas ha operado el prodigio de la multiplicación de los productos; pero este se ha verificado lento é insensiblemente. En el campo intelectual se siembra hoy y no se recoge sino hasta veinte ó treinta años despues. No basta que el campesino sepa leer y escribir, sino que es necesario que lea, que entienda lo que lee y que sepa sacar provecho de su lectura. Otra nación además de la Prusia nos da frecuentes ejemplos de los resultados de la instrucción agrícola; esta es

(1) Prescindiendo de los muchos ensayos de asociaciones agrícolas de que diariamente se ocupan los periódicos, yo por mi parte puedo citar tres que he tratado de llevar á cabo, una en Torruella de Montegri, otra en Mataró y otra en Barcelona: todas las personas vitadas estaban conformes en su utilidad, y, sin embargo, nada se hizo.

(2) Seiscientos trece mojadés de Barcelona.

(3) 70.780 rs.

los Estados-Unidos americanos, en la que apenas se hace un descubrimiento útil se esparce y utiliza con una rapidez asombrosa: en 1866 las fábricas de los Estados-Unidos vendieron 70.000 máquinas de segar, mientras que las de toda Europa vendieron tan solo 19.000.

La enseñanza agrícola de la Prusia es la mas completa de la Europa, y solo reconoce como superior la de los Estados-Unidos. Figuran en primer lugar las cuatro academias reales de agricultura de Eldena, Proskau, Poppelsdorf y Valda; además hay un instituto agrícola dependiente de la Universidad de Halle y otro de la de Berlín. Haremos solo la descripción de uno de estos establecimientos, puesto que todos son muy parecidos.

La escuela de Eldena está establecida en un vasto edificio perteneciente á la órden de los Cistercienses, y depende de la universidad de Greifswald; está situada en la villa de Eldena, á diez kilómetros de la de Greifswald y en las orillas del golfo de Rugen. El campo de explotación mide 300 hectáreas (2), rodeadas por un hermoso bosque de hayas. En las cuerdas se mantienen 26 caballos de trabajo, 17 bueyes, 60 be-tias de cuernos y 1.200 carneros. Una cervecería, una ladrillería y una fábrica de tubos para desagües forman parte de la explotación.

La condición para la existencia de una escuela agrícola pública ó privada en Prusia, es la de que no solamente ha de sostenerse sin el auxilio de ninguna corporación, sino la de producir beneficios: los prusianos dicen que no hay nada peor que esas granjas experimentales modelos en donde solo se enseña á los alumnos á cultivar á pérdida, y que les hacen por consiguiente desconfiar, ya que no burlarse de la aplicación de las ciencias á la agricultura.

Del producto líquido de la escuela de Eldena se separan todos los años 5.000 thalers (3), los cuales sirven para formar un fondo en provecho de la academia; el resto del producto líquido se emplea en la mejora de la finca y de la instrucción. Los estudios duran dos años y comprenden la economía rural, la agricultura, la arboricultura y la silvicultura con la práctica de la fabricación de azúcar, de cerveza, de ladrillos y de tubos para desecaciones, la mineralogía, la geología, la botánica y la química con prácticas y excursiones; finalmente, la topografía, la mecánica práctica, el arte del veterinario, el derecho rural y la historia del país; todo esto con la extensión que necesita saberlo un agricultor y nada mas.

Para ingresar en esta escuela es indispensable haber cursado la segunda enseñanza. Cada uno paga por su enseñanza durante los dos años 1.400 reales, y á la conclusión sufre un exámen facultativo, despues del cual recibe un título que manifiesta su aptitud para dirigir una explotación rural. Los discípulos no viven en la escuela, sino alojados en las casas del pueblo, pues los alemanes, y especialmente los prusianos, repugnan extraordinariamente la vida de comunidad. Los discípulos de la escuela alternan con los de la Universidad en sus fiestas y diversiones, de lo cual cuidan esmeradamente desde tiempo inmemorial las autoridades, á fin de evitar que nazca esa diferencia de clases entre la agricultura y las demás carreras del Estado, que existen tan marcadamente en los países meridionales.

Además de estas cuatro academias existen diez y nueve escuelas de agricultura en las provincias, las cuales están montadas bajo un pie muy modesto y destinadas á la formación de capataces agrícolas. Están establecidas en casa de uno de los agricultores principales de la provincia, que es á la vez el director; le ayudan en su tarea el veterinario, el maestro de escuela y el químico del pueblo, y además dos ó tres capataces, según el número de alumnos: el gobierno vigila estos establecimientos y les subvenciona con unos 900 reales anuales por discípulo. En el año 1866 habia en estas escuelas, según la estadística, doscientos treinta alumnos.

Además hay una escuela forestal en Neustadt dos de veterinaria en Berlín y en Munster; tres de practicultura en Kramenz, en Vanowitz, y en Siegen; una de hortalizas y arboricultura en Postdam, y ciento treinta y cuatro del cultivo del manzano esparcidas por todo el reino.

Pero no siempre puede el agricultor enviar sus hijos á estas escuelas, pues por mas que el hospedaje y los gastos de enseñanza sean sumamente módicos, ni todos los agricultores pueden hacerlos, ni tampoco todos quieren desprenderse de sus hijos durante dos ó mas años. Por esta razon se han formado sociedades agrícolas cuyo único objeto es sostener profesores ambulantes que van de villa en villa predicando las mejoras que conviene hacer en aquella localidad, é indicando á los agricultores los puntos adonde pueden ir á estudiarlas ó á verlas puestas en práctica, ó bien el modo de hacerlas si son nuevas; perpendicularmente por ambos lados en dirección de los demás vértices de la figura; se mide cada perpendicular y las porciones de diagonal correspondientes, tanto en la parte superior como en la inferior; de esta manera queda descompuesto el terreno en triángulos y trapecios rectos cuya superficie es fácil obtener; la de los primeros ya hemos dicho que es igual á la mitad del producto de su base por su altura, y la de los trapecios á la mitad del producto de la suma de las bases paralelas por la altura, que en este caso será la parte de diagonal comprendida entre los dos puntos en que se hizo estacion para levantar las perpendiculares.

Si el terreno de cuya medición se trata es una laguna, un bosque ú otro cualquiera en cuyo interior no se pueda pene-trar, se mide exteriormente encerrando su contorno dentro de un rectángulo ú otra figura fácil de medir y de cuya superficie se resta la de las figuras suplementarias formadas hasta el perímetro verdadero, las cuales se medirán por cualquiera de los métodos expuestos. Tanto en este caso como en el anterior, si el contorno está formado por una línea ondulada, se sustituye esta para la medición por líneas rectas, procurando en esta sustitución dar por un lado lo que por otro se quite, y entonces se mide como un polígono ordinario.

Todo cuando llevamos dicho se refiere á los terrenos horizontales, que es lo que mas ordinariamente se presenta; pero á veces hay necesidad de medir un terreno en pendiente mas ó menos rápida, y en este caso se hace uso de los mismos medios en cuanto á la division y disposición del trabajo; pero hay que tener cuidado al hacer la medición de las distancias, de llevar la cadena en posición horizontal, y si la inclinación es grande, hay á veces necesidad de medir solamente de cinco en cinco metros ó menos si se cree necesario. Esto se hace con objeto de obtener lo que se llama *base productiva ó proyección horizontal* de un terreno, que es el plano de nivel ó superficie horizontal que se supone bajo la pendiente, y que realmente existe cuando se rotura ó pone en cultivo un terreno inclinado, porque es sabido que la inclinación no hace que la superficie de producción sea mayor, sino lo mismo que si fuera horizontal, pues los vegetales dirigen sus raíces en sentido vertical lo mismo que su ercimiento.

FELIX DE AZÚA.

HIGIENE PUBLICA.

QUESTION RELATIVA AL CARBUNCO, Ó PÚSTULA MALIGNA.

«El hombre puede comer impunemente las carnes procedentes de animales carbuncosos?» Con este epígrafe se ha publicado en el núm. 760 de *El Siglo Médico* un artículo del Sr. D. Manuel Trullás, en el cual este señor, confirmando las indicaciones emitidas por el Sr. D. Francisco Gallego en el núm. 756 de este periódico, se decide terminantemente por la afirmativa, según claramente lo acredita la frase que sirve de cabeza á su artículo.

Sin negar yo la importancia en todos tiempos de las cuestiones de higiene, creo que la actual pierde precisamente de la suya por la misma razon que se insinúa, de la miseria de los años que corren; circunstancia que en países de gran riqueza pecuaria hace que precisamente el artículo de precio mas moderado sea el de las carnes, por aquello de que en épocas así, las alhajas con dientes pocos las quieren, y contados son los que pueden sostenerlas; y á no ser por las exacciones del fisco en diferentes sentidos, este artículo estaría casi de balde, según he tenido motivo de comprobar en las repetidas ocasiones en que ha reinado la carestía ó escasez de las restantes subsistencias en este país: durante ellas el precio de las carnes, tanto de las otras reses como las de cerdo, han guardado una razon inversa con respecto al que han tenido los demás víveres.

Esta razon muy atendible, y que en la era presente en que á la máxima antigua de *fiat justitia et ruat cælum* ha sustituido la menos moral, pero mas positiva para las tendencias reinantes de *fiat divitia et ruat cælum*, debilita, si no destruye, en mi concepto, el plausible pretexto que á favor de una opinion trascendental pudiera alegarse en el sentido económico y de filantropía: otra de las monedas corrientes á la sazón y con tanta desgracia empleada, que siempre produce en realidad los efectos contrarios á los que se prometen ó aparentan prometerse los que tanto la manosean. No soy higienista rigoroso, y, como prueba de ello, apelo á algunas frases enunciadas con repetición en un artículo mio de higiene militar, inserto en el número 609 de *El Siglo*, y que con algunas variantes pueden adaptarse al caso en cuestión; mas tampoco estoy por las latitudes de inocencia dudosa y notoriamente perjudiciales, por los abusos á que su aceptación daría inevitablemente lugar.

«Si á pesar de las restricciones vigentes, tengo el convencimiento, porque casi lo he presenciado, de que se aprovechan carnes que debieran rechazarse, y á esto y no á otra cosa he atribuido yo los casos de afección carbuncosa ó pústula maligna (deslinde de afecciones para mí difícil de marcar, y que tantas discusiones puede promover) que despues indicaré; ¿qué será el día en que legalmente pudieran mejor eludirse las prescripciones de una cuerda y prudente higiene? no una higiene tiránica y rutinaria, que fácilmente se acomodaría hoy á las propensiones de la independencia y autonomía personal que caracterizan el siglo presente.

Las consideraciones generales fundadas en la parte económica que acabo de indicar, no son las únicas que pueden aducirse al litigio que nos ocupa, para el cual considero seria de gran importancia marcar primero la índole y condiciones de la enfermedad que determinan los alimentos, cuyo uso se propone; y con ó de esencia, fijar bien los datos que tengamos para suponer infundada, y efecto de preocupacion, una creencia tan general y arraigada, y la fianza ó garantía de seguridad que estos pueden ofrecer.

Que yo sepa y haya leído, lo mas formal y concreto que sobre este último particular se ha pronunciado, ha sido lo expuesto por el Sr. Renault, director de la escuela veterinaria d'Alfort, en el año de 1852, ante la academia de ciencias de París, en una Memoria, de cuyas proposiciones, basadas en su experiencia, tomo las siguientes, que hacen á mi objeto:

«1.° El perro y el cerdo pueden comer sin peligro para su salud todos los productos de secreción, cualesquiera ellos sean, y todos los restos cadavéricos de los animales muertos de enfermedades contagiosas, muermo, carbunco, llamado tambien *sangre de bazo*; rabia, tífus contagioso y pulmonía de la raza bovina, y epizootia contagiosa de las gallináceas.»

«2.° Lo propio acontece á las gallinas, si se exceptúa tal vez la que les es propia.»

«3.° Las sustancias virulentas del muermo y lamparones agudos, que pierden su cualidad contagiosa en las vias digestivas del perro, cerdo y gallinas, la conservan, aunque menos enérgica, en las del caballo.»

«4.° Las sustancias virulentas de la *sangre de bazo* que puedan comer sin inconveniente el perro, el cerdo y la gallina, determinan con frecuencia accidentes carbuncosos cuando las comen los herbívoros, tales como el carnero, cabra y caballo.»

«5.° Semejante inmunidad para el contagio en los carnívoros y omnívoros alimentados con sustancias virulentas, aunque estas puedan producir todos sus efectos cuando las comen los herbívoros, podrá consistir en que siendo los virus principios de naturaleza animal por su origen, sufrirían en los órganos digestivos de los carnívoros modificaciones que, alterándolos profundamente, les harían perder sus propiedades malficas, lo cual no podrá verificarse en los de los herbívoros, solo aptos para digerir alimentos vegetales.»

En contraposición de lo terminantemente asentado en esta proposición, puede oponerse lo manifestado recientemente á la Academia de medicina de París por el Sr. Colin en una Memoria sobre las enfermedades carbuncosas, según la cual se debe desestimar la opinion que reputaba á los animales carnívoros y á las aves como refractarios á la inoculación del carbunco. Estos seres, según el Sr. Colin, contraen la enfermedad de igual modo que los solípedos, ruminantes y roedores, siempre que reciban suficiente cantidad de sustancia virulenta, cuyo efecto, en sus grados, formas y demás circunstancias, guarda relacion según las condiciones en que estos se encuentran, y conforme al modo de introducción del virus, sus formas, grados, etc.

«6.° El hombre puede alimentarse sin peligro de la carne y productos de los puercos y gallinas, alimentados con animales muertos de muermo, lamparones, carbunco, rabia, etc.»

«7.° La decocción de las carnes y la ebullición de los líquidos procedentes de animales afectados de enfermedades contagiosas, destruyen las propiedades virulentas de estas carnes y estos líquidos, hasta el punto de que todas estas sustancias tan activas, y cuya eficacia contagiosa es tan enérgica y positiva cuando se las inculca en el estado fresco, son completamente inertes para cualquier animal, aun inoculadas, cuando han experimentado la acción del cocimiento ó de la ebullición.»

Dedúcese como consecuencia práctica, que no hay razon alguna sanitaria que impida la manutención de los puercos y gallinas con los deshechos hallados en los corrales ó caballerizas, cualesquiera que ellos sean, y que si bien es concebible al repugnancia del hombre para alimentarse de carnes ó lacticios procedentes de vacas, puercos, carneros ó gallinas afectados de enfermedades contagiosas, no hay realmente ningun pe-

ligro en que coma la misma carne después de haber sido cocida, ó beba de aquella leche cuando ha sufrido la ebullición.

Y también debe citarse lo manifestado en el propio año por el Sr. Boulet, veterinario en Chartres, en un trabajo presentado á la misma corporación á nombre de la asociación médica de l'Eure et Loire, de cuyas proposiciones, resúmen según su aserto, de numerosos experimentos realizados para reconocer las propiedades contagiosas de las afecciones carbuncosas en el hombre y en los animales, entresaco las siguientes, por ser mas adaptables á la cuestión:

«1.ª La sangre del bazo del carnero, la fiebre carbuncosa del caballo, la enfermedad de sangre de la vaca, la pústula maligna del hombre son enfermedades de naturaleza séptica, que se comunican por inoculación.»

«2.ª La pústula maligna del hombre se trasmite también por inoculación al carnero; pero esta operación no ha dado resultados cuando se ha practicado en el caballo, la vaca ó el conejo.»

«3.ª Los hombres afectados de pústula maligna han sufrido impunemente en las partes sanas la inoculación del líquido seroso procedente del contorno de la pústula.»

«4.ª Igual efecto negativo ha resultado de la inoculación de este líquido en el carnero, caballo, vaca ó conejo.»

«5.ª Pero ha sobrevenido la muerte cuando en lugar de la inoculación del líquido insinuado, se han introducido en el tejido celular subcutáneo uno ó muchos pedazos de la misma pústula.»

«6.ª La pústula maligna inoculada de esta manera al carnero, único animal en que ha producido efecto, se trasmite de igual manera cuando se ha tomado en vida ó después de muerto el enfermo de quien procedía, la sustancia virulenta.»

«7.ª El virus carbuncoso no ha perdido al parecer sus propiedades por envejecer ó alejarse de su origen; habiendo matado de igual manera y con idéntica prontitud al cuarto que al primer grado de inoculación, seis días después de muerto ó en el mismo que ha sucumbido el animal que lo suministrara.»

«8.ª Las cuatro enfermedades mencionadas parecen ser idénticas bajo el aspecto de las lesiones anatómicas y de los efectos de inoculación que producen.»

«9.ª Por sus efectos de actividad y por la rapidez con que actúan, pueden colocarse en el orden siguiente: 1.ª sangre de bazo en el carnero; 2.ª enfermedad de sangre en la vaca; 3.ª pústula maligna en el hombre, y 4.ª enfermedad carbuncosa del caballo.»

«10.ª El animal que con mayor facilidad contrae estas afecciones es el carnero; le siguen después el conejo, el caballo y la vaca, de las cuales solo una ha sucumbido á las numerosas inoculaciones practicadas en varias de ellas.»

«11.ª La alimentación del hombre y de los animales con restos cadavéricos de animales carbuncosos no ha ocasionado el menor efecto malféfico.»

La lógica de esta última proposición con respecto á las que la preceden, principalmente la 9.ª y 15.ª, me parece algo violenta y como traída por los cabellos para á todo trance hacer admisible una idea ó intento preconcebido, y si bien se recurre á la experiencia para que pueda pasar mejor, á mi pobre sentir, precisa una autoridad muy robusta y acreditada, para que el sentido comun desapasionado pueda conciliar conclusiones tan divergentes, y que por sí mismas se rechazan.

Tampoco parece avenirse bien tan rotundo aserto con la opinión del Sr. Gosselin, según el cual no es admisible, sin que nuevas observaciones lo confirmen, que el lavado y otras preparaciones hechas á las pieles y despojos de animales sean bastantes para extinguir en ellos el virus carbuncoso: ni con la del Sr. Guipon, médico en jefe de los hospitales de Laon, quien sostiene ser en extremo cara la trasmisión de la pústula por la picadura de moscas ó insectos, admitiendo el contagio interno por la respiración de los miasmas virulentos.

Ni aboga tampoco en su favor la del señor Bouchardat, que coloca á la fiebre carbuncosa entre las afecciones virulentas que, desarrolladas primordialmente en el hombre ó los animales que las han transmitido al hombre, parecen también producirse espontáneamente, siendo siempre inoculable, y comprendiendo sus gérmenes en los fermentos independientes de la acción vital, ó sea entre los que no la necesitan para su desarrollo; si bien este se enlace íntimamente con función fisiológica ó patológica de individuo vivo.

Aun admitiendo la hipótesis, bastante generalizada, de que las bacterias produzcan ó contribuyan al desarrollo de las afecciones carbuncosas, génesis á que Bouchardat se inclina, pero que como he dicho, no acepta por completo, pues únicamente propende á aproximarla á las fermentaciones determinadas por seres microscópicos organizados y vivos, fundándose para presumirlo así, en lo asegurado por los señores Davaine y Raimbert, los cuales parece haber comprobado en la pústula maligna la existencia de las bacterias con todos sus caracteres ordinarios, iguales á las que se ven en los animales que mueren á consecuencia de lo que se llama *sangre de bazo*; y en las circunstancias de tener células características y de ser destruida su acción específica por los venenos que destruyen la vitalidad de los seres inferiores: aun así, sería problemático su modo de extinción; pues, aunque demostrado fuera por completo, y de una manera irrecusable, que las triquinias del cerdo anulan su actividad mediante un calor de cien grados y que á los esporos y esporidios de las mucégnicas les basta otro superior para perder la facultad germinadora, nada positivo podría asegurarse acerca de este particular, con respecto á los gérmenes del carbuncoso y pústula maligna, cuya naturaleza y circunstancias distan mucho de ser conocidas y apreciadas de igual manera.

En tanto, es real y positivo este extremo, cuanto que mientras los Sres. Gallard, Devers, el Dr. Carlos Babault y otros, admiten la espontaneidad de la pústula maligna que niegan Julio Guerin, Guipon, Mauvesin, Cloquet, Velpeau, Gibert, Briquet y Pioroy, aconseja reserva en el particular la academia de medicina de París, y no la rechazan en absoluto, entre otros muchos, Gosselin, Bouley y Magne y ni aun Ricord, que supone idénticos el carbuncoso y la pústula; punto también litigioso en que reina gran diversidad de pareceres, y sobre el cual muchos ni aun se fijan en vista de la indiferencia con que emplean uno ú otro nombre.

El Sr. Jovert de Lamballe que reputa á todo antrax, aun al benigno, como afección general ligada á un trabajo morboso del organismo, opinión, dice, que si bien no se ajusta á los principios de la medicina orgánica, está muy acorde con la observación rigurosa de los hechos, hace, al parecer, caso omiso de la analogía que no cree completa el Sr. Bourgeois de Etampes, para quien el carbuncoso ó antrax maligno se diferencia de la pústula en que va precedido de aparato febril particular, de que parece ser como crisis, mientras que en la pústula ó carbuncoso de causa externa los accidentes generales son consecutivos.

En cuanto á la inoculación por el contacto de las carnes, pieles ú otros despojos de animales carbuncosos, que algunos

llevan hasta la exageración, mientras los Sres. Enaux, Chaussier y Boyer la creen posible por el contacto de las carnes y pieles de animales aniquilados ó muertos por las privaciones y fatiga, aun sin hallarse afectados de enfermedad carbuncosa, y los señores Thomassin y Rostan aseguran haber visto la pústula maligna determinada por el contacto de cadáveres en descomposición, los Sres. Gosselin y Pecholier alegan datos que la debilitan: el primero, cirujano muy notable del hospital de la Piedad, situado en un cuartel en que abundan los talleres y oficios de curtidor, cardador, zurrador, mangüitero, etc., en gran trascurso de años, solo ha observado en su enfermería cuatro casos de pústula maligna, dos de los cuales recayeron precisamente en sujetos completamente extraños á dichos oficios; y el segundo médico distinguido de Montpellier, hace notar con asombro en un trabajo sobre las enfermedades de los mencionados artistas, que la pústula maligna es en extremo rara en los dedicados á aquellos oficios.

En medio de tan marcada divergencia, y aun puede decirse poca firmeza de pareceres, ¿qué partido adoptar? el de la prudencia y reserva en la adopción de nuevas medidas higiénicas, tanto mas laudable, cuanto mas posibles sean los daños que estas puedan originar, y menos positivos y urgentes los beneficios que reporten.

Al optar yo por este término medio, me mueve, no solo lo antes expuesto, sino también lo que por mí mismo he visto y observado. Efectivamente; en doce años que con algunos intervalos llevo de presidencia y ejercicio de la profesión en este país, entre cuyos ramos de riqueza figura notablemente la ganadería, y entre cuyos alimentos de uso ordinario son de mayor consumo las carnes de cerdo conservadas ó embutidas, he tenido ocasión de ver y tratar bastantes casos de carbuncoso pústula maligna (distinción no siempre posible, y que yo no juzgué de importancia á la sazón en que se hallaban los enfermos aludidos cuando los vi ó me encargué de su existencia); de estos, si se exceptúa el primero, que fué una mujer dedicada á la confección de velas de sebo, y moradora en habitación reducida y poco ventilada, y dos ó tres cuyas ocupaciones y viviendas me eran desconocidas, los demás, en número muy superior, ocurrieron en personas de varios oficios y profesiones (siete soldados), que si bien ocupaban modesta posición social, nada tenían que ver con la ganadería ni matanza de reses, y ninguno roce ni contacto habían sufrido con pieles, restos ó despojos de animales sanos ó enfermos. Mas aun, á una carnicera, principalmente dedicada á la venta de chacina en su casa y menudos de reses en la plaza, he tratado varias veces por fortúnculos, que ninguno de ellos presentó ni aun el menor indicio de malignidad.

En vista de los datos insinuados, y de presunciones algo fundadas, siempre creí que la gran mayoría de mis enfermos, si no todos, lo fueron á consecuencia del consumo de carnes no sanas, particularmente de embutidos, en los que tanta sofisticación cabe; y cuenta que aquí es muy raro comer crudos esta clase de manjares.

No existiendo ni aun la posibilidad remota del origen del mal carbuncoso por efecto del roce ó contacto, y considerando como un mito la inoculación de su virus por el intermedio de las moscas ú otros insectos, causa que rechaza, entre otras, la consideración de que la existencia de la pústula ó carbuncoso sería mas general y extendida y no se vería tan particular ó individualizada; pudiéndose decir en la afirmativa, que vivimos de millares, atendiendo á que según las citas hechas, puede proceder la pústula, no solo de los animales carbuncosos, sino de los trabajados por privaciones, fatigas ó achaques de otro género, y aun de los cadáveres corrompidos; fuerza es hoy por hoy reconocer, que la salud pública exige como garantía de su conservación é integridad la validez y subsistencia de las leyes y ordenanzas vigentes con relación á mataderos, venta y consumo de carnes frescas ó conservadas, y que no sería prudente ni cuerda su invalidación.

Badajoz 14 de Setiembre de 1868.

SANTIAGO GARCIA BAZQUEZ.

LA SUPERFICIE DEL MAR.

Los movimientos generales de traslación de las aguas desde el fondo á la superficie del mar, revelados por las indicaciones del termómetro, no constituyen corrientes propiamente dichas, ni las observaciones habituales de los marinos bastan siempre para demostrar su existencia y determinar su dirección.

Es menester buscar su causa en las variaciones de densidad, debidas al efecto producido por el calor en el agua del mar: «De aquí proviene, dice Maury, ese cambio continuo y recíproco de las aguas de los Polos y del Ecuador. Es una inmensa marea, cuyo juego incesante no turba ni siquiera la acción de las corrientes.»

Así, en el Atlántico del Sur y en el Océano Índico, la masa de agua fría que corre desde las regiones antárticas hacia las árticas, repele el agua caliente de las regiones comprendidas entre ambos trópicos, en tanto que en el Atlántico del Norte y el Pacífico del Sur se produce un fenómeno inverso: esto es producido por el agua caliente que repele y separa la corriente de agua fría.

Es probable que esta diferencia de acción sea debida á la diferencia de los volúmenes de agua puestos en movimiento. Y, por otra parte, como el agua del mar á una temperatura elevada, se mezcla difícilmente con la que está mas fría, se forman corrientes y producen en la superficie una circulación entre las zonas glaciales y la zona tórrida.

Se ha notado que algunas de estas corrientes que proceden del mismo punto, pero que siguen direcciones opuestas, arrastran especies diferentes de foraminíferos, observación que da nuevo interés al estudio de estos animalículos, y que nos ayudará á descubrir lo que aun ignoramos relativamente al sistema general de la circulación oceánica.

La ballena suele buscar el agua fría y el cachalote el agua caliente, pudiendo suministrar la observación de estos hechos importantes indicaciones para el estudio de las corrientes.

En medio del Pacífico y del mar de las Indias, en aquella superficie de aguas tibias en donde el Océano nos manifiesta su prodigiosa fecundidad, legiones inmensas de seres orgánicos nacientes y de animalículos producen en el mar esos tintes variados, esas manchas coloreadas que á veces cubren espacios que apenas puede abrazar nuestra vista, y que los navegantes han tomado en ocasiones por escollos.

El capitán Klingman describe ese fenómeno luminoso que se observa en el mar en la siguiente carta dirigida al comandante Maury:

«Julio 27.—A las siete y cuarenta y cinco minutos de la noche me llamó la atención el color del mar, que cada vez aparecía

á nuestra vista mas blanco. Nos hallábamos en parajes muy frecuentados (48° 46' S. y 103° 10' E.) y no explicándome lo que veía, eché la sonda sin encontrar el fondo á los 110 metros. Nos pusimos en marcha. La temperatura del agua era de 26 grados centígrados como á las ocho de la mañana; llenamos una tina de unos 270 litros de capacidad, y vimos entonces que estaba llena de corpiúsculos luminosos, los cuales, cuando se agitaba el agua, presentaban el aspecto de gusanos é insectos en movimiento.

«Cogimos algunos con la mano, y observamos que conservaban su brillo, haciéndose invisibles cuando los aproximábamos á la luz; examinados con una lente tenían la apariencia de una sustancia gelatinosa é incolora. Uno de estos animalitos tenía unos cinco centímetros de largo, y se veía á simple vista; su grosor era como el de un cabello, observándose una especie de cabeza en cada extremidad.

«La superficie del mar, así cubierta, ocupaba una extensión de cerca de 23 millas de N. á S.; ignoro su dimensión de E. á O. En el centro había una faja irregular, de color muy pronunciado, y de media milla de anchura.

«Había observado ya este fenómeno de coloración blanca en muchos mares del globo; pero nunca le había visto tan completo, respecto á su tinte y á su extensión. Bien es verdad que el buque andaba nueve millas por hora, y hendía las aguas sin hacer ruido.

«Parecía el Océano una llanura cubierta de nieve, siendo tal su brillo fosforescente que, á pesar de la claridad del cielo, apenas permitía ver las estrellas de primera magnitud. El horizonte estaba oscuro y la vía láctea del firmamento había perdido su brillo ante la blancura de la fulgurante faja que atravesábamos. Era un efecto grandioso é imponente: hubiérase dicho que la naturaleza preparaba una de esas conflagraciones que, según dicen, debe aniquilar nuestro mundo material.

«Cuando salimos de esta región notamos que el cielo estaba notablemente iluminado; después todo quedó en su estado normal, siendo muy agradable y hermosa la parte restante de la noche.»

«Alrededor de las islas Maldivas el mar es negro, así como es blanco en el golfo de Guinea; entre la China y el Japon es amarillo, y verde en las islas Canarias y las Azores.

«Estos diversos matices provienen de sustancias colorantes que tienen en disolución las aguas, y de animalículos y vegetales microscópicos que se acumulan en la superficie.

«El sabio prusiano Ehrenberg asegura que el color del mar Rojo es debido á la presencia de una alga marina imperceptible intermedia entre el animal y el vegetal. Otros sabios opinan que es probable que la misma causa que da un tinte rojizo á las aguas madres de las sales, obra también para colorar dicho mar, en el cual es constante la evaporación.

«Observando los animalículos luminosos que contribuyen particularmente á la fosforescencia del mar, ha descubierto Ehrenberg órganos fulgurantes parecidos al órgano eléctrico de los gimnotos y los torpedos (1).

«Se ha demostrado también que los peces marinos tienen revestido el cuerpo de una capa de materia grasa fosfórica, la cual cubre á veces la superficie del mar en el paso de los grandes bancos de arenques, haciéndose luminosa bajo la influencia del movimiento, de las sales y de la electricidad.

«Las fibrillas y membranas imperceptibles que provienen de la descomposición de moluscos, extendidos en gran cantidad en los mares ecuatoriales, son fosforescentes y aumentan la belleza de este espectáculo, cuyo esplendor es incomparable.

«En las regiones intertropicales, la hermosa luz que se desprende del mar, dejando un rastro deslumbrador sigue las ondulaciones de las olas. Los buques que hienden aquellas aguas calientes y animadas parecen rodeados de llamas; el rastro luminoso que forma su estela es tanto mas brillante, cuanto mas cargada de electricidad esté la atmósfera.

«Durante la oscuridad de las noches tempestuosas adquiere este fenómeno magnífico su mayor grado de esplendor. El movimiento de las espumosas olas se marca entonces por surcos brillantes, cuyo esplendor ilumina las tinieblas que envuelven el buque.

«En ciertas comarcas las llamas que brotan de arrecifes azotados por las olas durante esas noches tempestuosas, parecen grandes haces de fuego que se arcan á lo lejos una viva claridad.

«Experimentos galvánicos hechos por Humboldt han demostrado que la fosforescencia depende en los animales vivos de la irritación nerviosa. Se puede, pues, creer que tal estado luminoso es debido á ciertas causas de excitación orgánica ó á las influencias eléctricas que varían, según las estaciones y el estado de la atmósfera. El mismo sabio observador admite, como muy probable, que sea un mismo fenómeno el que se manifiesta á la vez en los infusorios luminosos, en el resplandor del rayo y en la luz polar, resultado de una fuerte tensión magnética del globo anunciada por la aguja imantada.

«Se ha notado también que la fosforescencia del mar es á veces muy viva aun en los inviernos rigorosos.

«El comandante Maury cita en su *Geografía física del mar* una poética descripción hecha por Jansen, marino holandés. De esta descripción extractamos algunos párrafos, en los cuales las nociones exactas y las indicaciones útiles, deducidas de la observación científica, están impregnadas de un sentimiento poético y elevado de las armonías que revela el estudio de la naturaleza.

«...Los buques holandeses que se hacen á la mar entre los meses de Mayo y Noviembre, durante el monzón (2) de Africa, logran ganar los alisés (3) del Nord-Este y dirigir su ruta á las islas de Cabo-Verde. Al llegar allí les parece á los marinos que han pasado á otro mundo. El cielo oscuro y vário, las alternativas de calor y de frío son de pronto reemplazadas por una temperatura regular y por un buen tiempo invariable.

«Entonces admiran con placer los marinos la constante serenidad del cielo, que cruzan ligeras nubecillas de los alisés, produciendo un efecto magnífico al ponerse el sol. Los numerosos moluscos de diferentes formas y colores variados que juegan en la superficie de aquellas azuladas aguas dan al mar el aspecto de un jardín de flores. El movimiento regular de las

(1) Cuando se irrita al *photocharis*, se manifiestan en cada pestaña vibrátil un resplandor y el desprendimiento de algunas chispas que aumentan paulatinamente de intensidad y se hacen extensivas á toda la pestaña; por último, este fuego vivo se extiende también por toda la espalda del animalículo, de suerte que con el microscopio parece un hilo impregnado de azufre, produciendo al arder una llama amarillo-verdosa. La manifestación de esta corona de fuego es un acto vital, este desarrollo de luz es un acto orgánico que se traduce en los infusorios por una chispa momentánea, reproduciéndose después de corto intervalo de reposo.

(Ehrenberg. *Sobre la fosforescencia del mar.*)

(2) Viento periódico que sopla en el mar de la India, de N. á S. una parte del año, y de S. á N. otra parte.

(3) Viento constante que reina en las inmediaciones del Ecuador y tiene una tendencia general hacia el Oeste.

olas, coronadas por una espuma plateada, por entre las cuales pasan los peces voladores, los delfines de brillantes colores, las bandadas de atunes que nadan con asombrosa celeridad, todo despierta el amor á la vida en el espíritu del joven marino, inclinándolo su corazón á la bondad.

Si pudieran escribirse en los cuadernos de bitácora las emociones que experimenta el corazón del navegante en presencia de las bellezas del Universo, avanzaríamos más rápidamente en el conocimiento de las leyes de la naturaleza. Lo que primeramente sorprende al que se interna en el mar es la inmensidad del espacio que le rodea, su inmutabilidad y la profundidad que desde luego concede al Océano.

El buque más hermoso se pierde en aquella superficie sin límites, haciéndonos conocer nuestra pequeñez, y los grandes navíos son juguete de las olas, las cuales amenazan sumergirlos á cada momento.

«Pero cuando la inteligente y observadora mirada del marino sondea el espacio y la profundidad del Océano, adquiere una idea de su propia grandeza y pierde el temor al peligro. Mide con exactitud las distancias de los cuerpos celestes, é iluminado por la astronomía y la ciencia náutica traza su ruta sobre el Océano con la misma seguridad que lo haría sobre una inmensa esplanada.

«...En el mar de Java, en el mes de Febrero, el monzon de Oeste sopla con fuerza casi continuamente; en Marzo sopla irregularmente y por violentas rachas; pero en Abril estas rachas son menos frecuentes y menos fuertes. El cambio del monzon comienza; llegan del Este rápidas ráfagas de viento: las nubes que se cruzan en el cielo claro indican la lucha de corrientes opuestas que se encuentran en las elevadas regiones de la atmósfera.

«La electricidad que se desprende de masas en cuyo seno termina misteriosamente la poderosa tarea que la naturaleza le impone, se revela entonces con una majestad deslumbradora. Los relámpagos y los truenos llenan de inquietud al marino, sobre el cual ningún fenómeno atmosférico hace una impresión más profunda que una violenta tempestad con un tiempo tranquilo.

«Retumban los truenos noche y día, las nubes están en continuo movimiento y se arremolina el aire cargado de vapores. El combate que sostienen las nubes las altera, por decirlo así, mas, y las proporciona recursos extraordinarios para atraer el agua. Cuando no pueden tomarla de la atmósfera, descienden bajo la forma de una tromba y la aspiran ávidamente de la superficie del mar. Estas trombas son frecuentes en los cambios de las estaciones, y, sobre todo, cerca de los grupos de pequeñas islas, las cuales facilitan, al parecer, su formación.

«El viento impide á veces que se formen trombas de agua; pero entonces, en lugar de estas, se levantan trombas de viento con la rapidez de una flecha, venciendo con facilidad los vanos esfuerzos del mar; se agitan las espumosas olas y mugen á su paso... ¡Desgraciado el marino que no sepa evitarlas!

«Al contemplar la naturaleza en toda su universalidad, en la cual es tan perfecto el orden que las partes se prestan por medio del agua y del aire un auxilio mutuo, es imposible no admitir la idea de la unidad de acción. Podemos conjeturar entonces que, en el momento en que se turba ó destruye esta unión de alimentos por la influencia de causas externas y locales, la naturaleza ostenta todo su poder en los esfuerzos que hace para combatir las fuerzas perturbadoras y restablecer la armonía por la acción de fuerzas soberanas, misteriosas, que mantienen el orden y el equilibrio. Su formidable aparición hace estremecer la tierra y aterrizar al hombre. Y, no obstante, en medio de estos trastornos, por el vela el amor y obra la Providencia.»

Sorprende principalmente en estos fragmentos citados por Maury el amor razonado que manifiesta su autor á la naturaleza, amor profundo que tiene su base en el conocimiento de las leyes bienhechoras que rigen al universo; amor que se eleva al Ser Supremo con esa fe clara que debe darnos la ciencia. Merced á la influencia de tal fe, nuestro corazón, según la enternecedora expresión de Jansen, «se inclina á la bondad.» El hombre nuevo es creado en cada época de progreso á imagen de Dios, á quien adora.

Si en los primeros períodos de su desarrollo la humanidad ha debido en parte su progreso moral al temor de un Dios terrible, este temor, inútil hoy ante las revelaciones del cristianismo y de la ciencia, debe desaparecer para hacer lugar al amor, no precisamente al amor inspirado por el Evangelio, sino al que nace en nosotros por la noción de la armonía progresiva que nos enseña todo progreso de la ciencia, y que la filosofía natural nos muestra como el objeto supremo de la creación.

F. HERNANDO.

INSTRUMENTOS METEOROLÓGICOS.

ANEMÓMETROS Y VELETAS.

En tanto que la densidad del aire es por todas partes la misma, la atmósfera permanece en reposo; pero tan pronto como se rompe el equilibrio por una causa cualquiera, se verifica un movimiento más ó menos impetuoso que toma el nombre de viento. Si el aire se vuelve en una parte de la atmósfera más denso se dirige hacia los puntos en donde es menor la densidad, de la misma suerte que el aire comprimido en un soplete se escapa por el orificio de este aparato. Esta traslación del aire es de todo punto análoga á la que verifica el agua de los lagos.

Las corrientes atmosféricas desempeñan un papel importante en la naturaleza. Favorecen la fecundación de las flores agitando las ramas de las plantas y trasportando el polen (polvo fecundante) á grandes distancias. Remueven el aire de las poblaciones y dulcifican los climas del Norte llevándoles el calor del Mediodía. Sin las corrientes atmosféricas serían desconocidas las lluvias en el interior de los continentes, los cuales se transformarían en áridos desiertos.

Los cuatro puntos cardinales serían insuficientes para indicar la dirección del viento. Por este motivo se ha dividido el horizonte en ocho partes iguales, y se designa el viento dándole el nombre del punto del horizonte de donde sopla. Las ocho clases de viento, son: Norte, Nordeste, Este, Sudeste, Sur, Sudoeste, Oeste y Noroeste.

En los registros meteorológicos solo se escriben las iniciales de las anteriores palabras; así se dice: N., N. E., E., S. E., S. O., O., N. O. Muchos meteorólogos dividen el horizonte en diez y seis partes iguales, y designan los puntos intermedios entre los ocho primeros, precediéndolos de las letras N. ó S., si la región de donde viene el viento está colocada entre el meridiano y uno de los puntos N. E., N. O., S. E., S. O., ó de las letras E. ó O. si la citada región está intermedia entre esos mismos puntos y la línea E. O., que es perpendicular al meridiano.

Los marinos suelen dividir el horizonte en treinta y dos partes, formando la rosa de los vientos. Entonces se designa la región por medio de divisiones ordinarias del círculo en 360 grados, partiendo de N. á S., é indicando si la desviación, á contar desde el meridiano, es oriental ó occidental. Así S. 83° E., designa un viento que viene de un punto situado entre el Este y el Sur, á 83 grados del meridiano.

El papel importante que desempeñan los vientos en gran número de fenómenos meteorológicos, reclama que se tenga conocimiento de la medida de su fuerza y de su dirección. Se obtiene esta última por medio de las veletas de diferente forma, que todo el mundo conoce, y nos indican los anemómetros la fuerza ó la velocidad del viento, señalándonos muchas veces á un mismo tiempo su dirección y su fuerza. Estos instrumentos, de los cuales hay un sinnúmero de modelos, se hallan poco extendidos entre los particulares y labradores de España.

El anemómetro de Lind mide la fuerza del viento por la altura á que se eleva una columna de agua en un tubo inclinado, al cual se ha fijado anticipadamente una escala graduada: este instrumento de Lind es de hecho inexacto, á menos que la velocidad del viento no sea de cuatro leguas por hora.

El anemómetro de Leslie está fundado en el principio de que la fuerza del enfriamiento de una corriente de aire es proporcional á su velocidad. Se compone de un termómetro ordinario de espíritu de vino cuya ampolla de vidrio ó depósito es de grueso volúmen. Se calcula con facilidad la fuerza del viento, teniendo en cuenta el tiempo que emplea en hacer descender el espíritu de vino á los grados que marque la temperatura ordinaria desde la mitad del número de grados á que se le había elevado por medio del calor de la mano. Este instrumento se usa pocas veces y no reúne buenas condiciones para ser exacto.

El anemómetro que señala la dirección del viento, ó sea la veleta, es un aparato que no necesita descripción, supuesto que se halla en todos los campanarios, y apenas habrá una persona que ignore su mecanismo. Se reduce á una bandera metálica cuyo brazo está hueco y atravesado por un eje metálico, alrededor del cual gira con suma facilidad.

El anemómetro más sencillo para señalar la fuerza del viento consiste en una caja larga cerrada, y que contenga una especie de resorte que puede ser un alambre en espiral. En esta caja penetra libremente una espiga terminada por una plancha de un pié cuadrado, una cadenita sirve para detener la espiga por medio de otro resorte débil que permite hacer la observación á tiempo. Si se expone la plancha ó pantalla perpendicularmente á la dirección del viento, la parte de espiga introducida en la caja por el viento indicará su fuerza.

Se gradúa este instrumento colocando sucesivamente sobre la plancha ó plano que puede ser de madera, de hojadelata ó de tela, las pesas con las cuales se quiere comparar la fuerza del viento; es fácil hacer las divisiones y marcarlas en la espiga.

Esos aparatos que sirven para pesar las cartas y averiguar los sellos que necesitan, dan una idea muy aproximada del mecanismo de este instrumento.

El anemómetro de Wolf es un molinillo de viento, que, girando suavemente sobre su eje, con ayuda de una rama que hace el oficio de veleta, se orienta por sí mismo y dirige sus alas contra el viento: estas alas hacen girar á un eje horizontal, provisto de un tornillo interminable, que engrana en una rueda vertical; sobre el eje de esta se halla dispuesto una especie de péndulo, al extremo de cuya espiga hay un peso que puede deslizarse en toda su longitud: á medida que el molinillo gira, merced al impulso del viento, el árbol, haciendo mover la rueda, eleva el peso y desarrolla una resistencia creciente, resultando de aquí que cuando el peso se halla bastante alejado por el esfuerzo del viento, el ángulo que forma el péndulo con la vertical indica, aplicando un cuadrante de círculo, la fuerza del viento.

El anemómetro de péndulo inventado por Ons-en-Bray indica al mismo tiempo la dirección y fuerza del viento; se compone de dos partes cuyas diferentes piezas son dirigidas por la rueda horaria de un péndulo colocado entre las dos, y que está dividida en 30 horas. «Lo que hay de singular en este anemómetro, dice su autor, es que no se requiere estar cerca de él para observarlo, y que se encuentran señalados en el papel los cambios que acontezcan, ya sea respecto á la dirección ó á la velocidad del viento: además se halla indicada la hora en que han ocurrido estos cambios y la duración de cada ráfaga de viento. Puede colocarse en un gabinete, en el cual servirá de adorno, y no hay necesidad de exponerlo al aire libre.»

Es de esperar que haya en esta descripción algo de exagerado; pero en la imposibilidad de describir y de figurar aquí con detalles un aparato tan complicado, hemos creído más conveniente dejar la descripción al autor, transcribiendo las anteriores palabras de Ons-en-Bray, que se hallan en sus *Memorias de la Academia de ciencias*, año de 1734. Se concibe desde luego que este aparato sería muy costoso y exigiría grandes cuidados y conocimientos para observar con él los cambios del viento.

También se han imaginado anemómetros musicales, los cuales tocan una pieza musical y producen sonidos más ó menos fuertes, según la intensidad del viento que sopla.

Los vientos tienen una dirección y una fuerza diferente, según las diversas alturas de la atmósfera: por eso los instrumentos precedentes no pueden indicar estas variaciones; pero se las puede apreciar más ó menos exactamente con el ayuda de cometas ó de globos de goma elástica ó de tela. Se concibe que lanzando en el campo estos aparatos á las altas regiones de la atmósfera, su marcha indicará las corrientes del aire; y la tensión de la cuerda que los retenga medirá con bastante exactitud la fuerza de estas corrientes.

Hay otra especie de corrientes aéreas que sería en ciertas circunstancias muy interesante poder apreciar: estas son las que tienen lugar en una dirección vertical y que son producidas por el calentamiento y el enfriamiento de la superficie de la tierra; mas, por desgracia, no se ha propuesto aun ningún instrumento propio para medir el viento con alguna exactitud.

P. ARGUELLES.

FORRAGES ARTIFICIALES DE SECANO.

En varios artículos publicados en este periódico, hemos tratado de desvanecer la preocupación de que no se puede conseguir en España forrajes artificiales de secano; hemos sostenido que en muchos puntos y en terrenos bien elegidos, preparados y abonados convenientemente, la alfalfa, la esparcilla y aun el trébol común, podían dar una buena cosecha en la primavera, y una ó dos más de menor importancia, pero no despreciables en el verano y en el otoño; hemos indicado también que se pueden utilizar los barbechos con el trébol encarnado, la serradilla, muy conocida en Portugal, varias especies de guisantes, los nabos, y un gran número de plantas desconocidas ó casi des-

conocidas en este país, que se siembran en Agosto y Setiembre y cumplen su vegetación desde esta época hasta Mayo ó Junio, aprovechando la humedad, que jamás falta durante el invierno.

El aprovechamiento de los barbechos es la gran innovación que hay que hacer en el sistema de cultivo español, junto con la mejor preparación mecánica de las tierras; por ambas se debe empezar para conseguir el aumento de la producción.

En efecto, hoy día el labrador no sostiene ganado vacuno, y el lanar está muy mal alimentado, degenera y no produce (no nos cansaremos de repetirlo) ni carne, ni lana, ni abono; en los hombres como en las bestias, el alimento sano y abundante es la base de la producción; si falta aquel en cantidad ó calidad, no se pida trabajo al hombre, ni carne ni despojos á las bestias; las leyes físicas se oponen á ello.

Pues bien, para cultivar con éxito y sin riesgo la alfalfa, la esparcilla ó el trébol, es preciso disponer de una regular cantidad de abonos, y especialmente de abonos procedentes del ganado vacuno; para sostener estos animales, es preciso empezar por aprovechar los barbechos con las plantas que se prestan á ello, y esta es la razón por qué damos tanta importancia á esta innovación.

Hemos dado á conocer el cultivo del trébol encarnado y de la serradilla; hoy vamos á ocuparnos de algunas otras plantas que pueden ofrecer buenos forrajes en los terrenos más secos y de peor calidad, pues Dios no ha creado una pulgada de tierra sin crear al mismo tiempo las plantas necesarias para utilizarla. Es solamente cuestión de trabajo é inteligencia de parte de los hombres.

La *Lupulina* (*Medicago Lupulina*) especie de alfalfa, cuyas flores son amarillas, prospera en los terrenos secos y de mediana calidad, pero calcáreos, se siembra en Febrero y Marzo, en tre las cereales, y especialmente el centeno á razón de 15 kilogramos de semilla por hectárea; después de cortadas las mieses se desarrolla lentamente, y durante el invierno y la primavera siguientes ofrece un pasto abundante al ganado lanar, sin que haya que temer la meteorización.

El *Medicago falcata* es otra especie de alfalfa que se desarrolla bien en tierras más secas y de peor calidad (siendo calcáreas), gracias á sus poderosas raíces que bajan á gran profundidad en busca de la humedad; su cultivo y uso, como los del *medicago lupulina*.

El *Lentillon* (*Ervum lens minor*) es un forraje muy estimado en los alrededores de París y prospera en tierras muy secas y de mediana calidad; hay una variedad que se siembra en otoño con un poco de centeno para sostener sus tallos, y otra que se siembra en Febrero y Marzo con un poco de avena ó cebada con el mismo objeto: cantidad de semilla: 120 litros por hectárea.

El *Ervum monanthos* no da una gran cosecha, pero crece en los peores terrenos arenosos donde ninguna otra especie prosperaría; se siembra en el otoño con una pequeña cantidad de centeno á razón de un hectólitro por hectárea.

La *Spergula* (*Spergula arvensis*) se contenta con un terreno silíceo de mala calidad, pero algo fresco; es un excelente forraje para las vacas, de cuya leche aumenta la cantidad y calidad; se siembra después de la cosecha de cereales, aprovechando una lluvia á razón de 12 kilogramos de semilla por hectárea.

El *pastel* (*Isatis tinctoria*) cuya semilla, como su nombre le indica, emplean los tintoreros, es al mismo tiempo un forraje que conviene al ganado vacuno y lanar; ofrece la ventaja de crecer en toda clase de terreno arenoso, arcilloso, compacto y pedregoso; su vegetación no se suspende sino durante los grandes hielos; se siembra en Febrero y Marzo, solo ó entre las cebadas claras; 12 kilogramos por hectárea.

La *mostaza blanca* (*Sinapis alba*) es un excelente forraje para el ganado vacuno en el otoño; se siembra en el verano, aprovechando una lluvia; 10 á 12 kilogramos por hectárea.

El *alpiste* (*Phalaris canariensis*) y el *Paniz de Italia* (*Panicum italicum*), exigen una buena tierra, mas bien ligera que fuerte, y se siembran en Marzo y Abril, época poco conveniente para utilizar los barbechos; sin embargo, hay ocasiones en que se pueden aprovechar; convienen ambos forrajes al ganado caballar y vacuno; 10 á 15 kilogramos por hectárea.

El *Mohar de Hungría* (*Panicum germanis*), muy parecido á las especies que preceden, prospera muy bien en los terrenos secos y calcáreos, resiste y conserva su verdura durante los mayores calores y las mas prolongadas sequías hasta tal punto, que forma en los asolados campos oasis que parecen de regadío; se siembra en Abril y Mayo á razón de 8 á 10 kilogramos por hectárea.

La *Pimpinela* (*Poterium sanguisorba*) crece en los terrenos mas pobres y mas secos, arenosos ó calcáreos, pero especialmente en estos últimos; resiste, como el Mohar de Hungría, á las mas pertinaces sequías, y es un recurso precioso para el ganado lanar durante el invierno. Se siembra en Setiembre; 30 kilogramos por hectárea.

La *Escarola silvestre* (*Cichorium intibus*) es otra planta que resiste muy bien la sequía en los terrenos profundos fuertes ó ligeros, muchas veces se le asocia con el trébol común por mitad, se siembra en Marzo y Abril; 12 kilogramos por hectárea; persiste tres ó cuatro años.

El *Anthyllis vulneraria*, que prospera muy bien en los terrenos secos y calcáreos, es un excelente forraje para los caballos y las vacas, cuya producción de leche favorece: en el estado verde es mejor que el trébol encarnado y viene inmediatamente después. Se siembra en Agosto en terreno muy mullido.

Si á esta larga colección se añaden las numerosas especies de las clases siguientes: vicia, lathyrus, pisum, fabas; las pertenecientes á la familia de coles y nabos, y los mismos centeno, cebada, maíz, etc., que se pueden cultivar en los barbechos como pastos sin ningún miedo de empobrecer las tierras á condición de restituirla la cosecha en forma de abono producido por las bestias, se comprende que no faltan los forrajes artificiales de secano con solo las plantas que conocemos, y es probable que haya en la naturaleza muchas otras propias de los países cálidos y cuyas propiedades, hasta el presente, no han sido descubiertas.

Sin duda es preciso conocer la índole y necesidades de cada una de estas plantas, elegir terrenos que mas conviene á cada uno de ellos, aprovechar las lluvias cuando se presentan, sembrando tal ó cual especie, según la época; pero eso es precisamente la ciencia agrícola, ó mas bien la práctica inteligente que enseña á obrar según las circunstancias; requiere observación, aplicación y laboriosidad, es verdad; pero sin estas tres virtudes, el hombre está condenado á la pobreza, á la miseria; con ellas tiene la seguridad de la prosperidad y riqueza, ó cuando menos del bienestar.

Sabemos muy bien que la generalidad de los labradores no pueden lanzarse en tantas y tan importantes innovaciones, cada una de las cuales reclama especiales conocimientos y numerosos experimentos; aun serán difíciles para los mas ricos agri-

cultores, por faltarles el personal que ha de practicar las operaciones manuales de que depende siempre el éxito, como la preparación de las tierras, tan imperfecta en España, y la siembra, que en algunas especies ofrece dificultades por la pequeñez de las semillas, las exigencias de la germinación, etcétera, etc. Por eso abogamos desde hace mucho tiempo por la formación de una sociedad de agricultura y aclimatación en Madrid y otras en provincias, cuyo objeto, entre muchos otros de la más trascendental importancia, sería introducir en este país y propagar y extender tantos cultivos desconocidos ó sin aplicación hasta el presente, proyecto de fácil realización si no encontrara obstáculos entre las mismas personas que por su posición y circunstancias deberían apresurarse á favorecerle. ¡No bastan sin duda las calamidades del presente para abrir los ojos de los más incrédulos! Pues bien, peores tiempos vendrán si cada cual no pone algo de su parte para encontrar el remedio.

E. M.

CORRESPONDENCIA PRIVADA.

SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE.

I.

Sr. D. Federico Balart.

Muy señor mío y estimado enemigo: Nunca creí que la crítica moderna tuviera la poca habilidad de probar tan pronto al público la razón que me asista al calificar sus juicios de parciales, duros y groseros. Suponia yo que así como hay poetas buenos y malos (y ya me contaba yo entre los últimos antes de que usted me lo dijera), habría también críticos malos y buenos; y así como Vd. cree que es solo de poetas hueros el quejarse de la injusticia de la crítica, así dejaba yo para los *criticistas* el enojo, la ira y el encono, pasiones indignas de quien como usted y algún otro ejercen la difícil misión de guiar al ingenio por la senda del buen gusto, con rectitud, talento y buena fe.

Lejos estaba de mí la idea de que había de verme en el caso de contestar á los *críticos sensatos*, puesto que de ellos nada se hablaba en mi revista, y no lo hubiera hecho tampoco, á pesar de mi equivocación, sino hubiera creído notar en la carta de usted y en otras revistas críticas, ciertas amenazas más ó menos embozadas, que ningún hombre decente, sea cual fuere su *barbarie literaria*, debe ni puede tolerar sin menoscabo de su propia honra.

Hecha esta aclaración, paso á contestar á su privada carta, tan fiado en la razón que me asiste, que á pesar de que estará como todas mis obras sin excepción, *barbaramente escrita*, será por Vd. sabiamente leída.

La primera prueba que me da Vd. de que la crítica moderna no es grosera, es decirme que los *Misterios del Parnaso* parecen escritos entre *Pinto y Valdemoro*; chiste de buen gusto, con el cual viene Vd. á llamarme poco menos que *borracho*.—Los *Misterios del Parnaso*, quisicosa *pantorrillada* (calificación de usted, que prueba por segunda vez su buen gusto), no están escritos aunque lo parezcan entre Pinto y Valdemoro, sino en Valdemoro solamente, donde tiene Vd. una casa á su disposición, construida con el producto de mi constante y honrado trabajo, ó, mejor dicho, con los aplausos que el público ha tributado á mis *barbaras obras* en los diez y siete años que de escritor he cumplido, como Vd. dice ingeniosa y *cultamente*, por estas *yerbas*.

Dice Vd. en su carta que quiere tratarme como amigo, ya que yo le ofrecí mi amistad cuando Vd. no soñaba en solicitarla siquiera. Efecto sin duda de mi escaso talento, pídeceme tratar á todos los que poseen don tan inestimable; y como yo he admirado el suyo desde que leí su primer juicio crítico, y no suelo variar de opinión, según me conviene, como los críticos modernos, por eso solicité su amistad y me he honrado con ella, si Vd. me la ha concedido, háyame tratado con dureza ó haya creído ver en alguna obra mía menos defectos que algún otro crítico.

No fué mi ánimo, como Vd. asegura aventuradamente, por no decir otra cosa, corromper á Vd. y despreciarle después por no haber conseguido mi objeto. Se puede ser mal poeta y amigo leal á un tiempo, y yo lo he probado siendo consecuente amigo de D. Juan de la Rosa Gonzalez, que durante los diez y siete años de mis *yerbas literarias* me ha tratado según le parecía, ya con extremada dureza, ya con benévolo consejo, ya con entusiastas elogios. Jamás me he quejado de sus juicios, ni de los de Vd. ni de los de nadie, siempre que, como es justo, se me hayan guardado las decentes consideraciones que en sociedad deben guardarse los hombres unos á otros.

Para probarme Vd. que la crítica moderna no es parcial, dura ni grosera, habla y cita al ilustre Figaro.—Vd. me permitirá que no conteste á esta parte de su carta, ni al *culto y elegante párrafo* con que la termina. Puede Vd. llamarme *escritor sin ingenio*, puede calificarme de *barbaro*, puede tenerme por *borracho*; no quiero que me tenga por mal hijo; y ya que Vd. en una cuestión de actualidad, que nada tiene que ver con sus ilustres y desgraciadas cenizas, las revuelve para escupírmelas al rostro, yo las recojo con respeto, y después de besarlas las entierro en mi corazón, ya que ni en el sepulcro están seguras de las manos profanas que han venido á sacarlas.

Dado caso, como Vd. afirma, que en el año 34 la crítica fuera dura, parcial y grosera, eso no probaría nunca que la de hoy dejaba de serlo. Cuando se tiene tanto talento como Vd., no viene mal un poco de lógica.

¿Es ó no la crítica moderna (con poquísimas excepciones, puesto que ni Vd. quiere ser siquiera una de ellas) parcial, dura y grosera? Esta es la cuestión.

Como Vd. tiene menos años que yo, Sr. D. Federico, no es extraño ignore mucho de lo que yo sé en este asunto; y así, para probarle mi aserto, le recordaré las calificaciones que un crítico de *El Clamor Público* hizo del ilustre Hartzensch, á propósito de su drama *La ley de raza*: la polémica sostenida el año pasado entre dos periódicos satíricos, porque uno de ellos había llamado al director del otro, *feo*, lo cual no deja de ser un crimen literario; las cartas cultas que no hace mucho mediaron entre el crítico de un periódico y el Sr. Nuñez de Arce. Por si no lee Vd. todos los periódicos, le recordaré una bellísima rondalla de uno de ellos, en la que hace menos de un mes se decía, hablando del Sr. Selgas:

«Está visto que la ciencia
la ha bebido en un pilon.»

Le citaré la siguiente parodia de una fábula conocidísima dirigida á un amigo suyo:

«Dijo el público á Blasco
Después de olerlo:

Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso;
Como este hay varios,
Que aunque parecen hombres
Solo son Blascos.»

Le diré que hoy mismo leo en un periódico, hablando de una fracción política, un párrafo que concluye diciendo:

«...Entre los *neos*, el que más *rebuzna* es el que sabe más.»
Le hablaré de la *grosera calumnia* con que hace tiempo se me obsequia en periódicos políticos y literarios, afirmando que yo he formado una sociedad en comandita con otros dos ó tres escritores para dar abasto á los teatros y arreglar en provecho común las tarifas provinciales. Calumnia que podrán desmentir mis administradores en su última parte, supuesto que mis *barbaras obras* son las que devengan derechos más altos en todos los teatros de España (prueba de que las empresas no las hacen representar, ni el público las aplaude por baratas), y calumnia que he sufrido en silencio en su parte primera por no rebajarle á contestar á tan infame aseveración.

Por no hacer esta relación interminable, no le hablaré de las mil ocasiones en que personajes políticos, literatos, artistas, y hasta *mujeres*, han tenido que recurrir á los tribunales para defender su honra y su vida privada, ultrajadas por críticos y *gacettilleros*.

Si yo fuera tan cruel como la crítica moderna, le daría á Vd. detalles de varios casos en que críticos de talento han tenido que recurrir á su valor material para cubrir sus excesos literarios.

¿Es todo esto, y muchísimo más que todos sabemos, cierto y positivo? Pues si críticos y *gacettilleros* están como los demás hombres sujetos á las debilidades humanas, ¿dónde han adquirido el especial privilegio de que no puedan juzgarse en público las suyas? Todas las clases de la sociedad toleran que se hable de sus vicios ó de sus faltas en el teatro, porque en todas hay hombres de talento que exclaman: «Ese médico inepto, ese escribano venal, ese militar estúpido, ese banquero estafador, no soy yo.» No hace muchos años que, representándose una zarzuela de un crítico conocido, varios militares quisieron prohibir su representación, por creer que en ella se ofendía á la *clase*, y casi todos los periódicos defendieron entonces la libertad del escritor. ¿Por qué lo que entonces era bueno para los militares, no lo es hoy para los críticos? Si hartos ya de criticar á todas las clases sociales ha habido periódicos que se han visto denunciados por hablar mal del *Ser Supremo*, ¿cómo se me niega á mí el derecho de censurar á la crítica y la *sátira* modernas?

Usted dice en su carta lo siguiente:

«Yo bien sé que en este mundo no es oro todo lo que reluce: yo sé que anualmente aparece media docena de críticos, cada uno de los cuales escribe una, dos y así sucesivamente hasta tres ó cuatro revistas de teatros con el exclusivo fin de sacar á las empresas, no dinero (que eso fuera mucho pedir), sino billetes de favor, para ocupar gratis una localidad ó visitar gratis a una *surripanta*. Con esa mira principia el flamante crítico declarando en su primer artículo, que hasta su advenimiento no se ha conocido en España la imparcialidad, y que él viene á darnos ejemplo de tan saludable virtud. Sobre todo, tiene buen cuidado de hablar de su conciencia, y de prometer que descubrirá misterios de basidores, porque eso siempre es más sencillo que sentar teorías de arte. Si no agarra el anzuelo (y generalmente no agarra), ha los bártalos y se vuelve á casa con la caña al hombro y el cenacho vacío.»

J, en vois marcher tête levée,
Qui n'iroient pas ainsi, j'ose vous l'assurer,
Si sur le bout du nez tache pouvoit montrer
Que telle chose est arrivée.

De esa chismografía, que á sí misma se bautiza con nombre de crítica, todos sabemos de oídas á cómo se vende la vara.»

Pues bien, Sr. D. Federico, contra esos he tenido yo la audacia de esgrimir mi *barbara pluma*. Si Vd., si sus amigos y compañeros los señores que cita en su carta, no han hecho jamás nada de lo que yo censuro, claro es que contra Vds. no he dicho nada. Si Vds. no son venales, ni injustos, ni parciales, ni duros, ni groseros, ¿cómo he podido ofenderles?

Me pregunta Vd. si no conozco á ningún crítico decente. Ya lo creo que los conozco, aunque, como Vd. mismo confiesa, no son tantos. Vd. mismo me lo ha parecido siempre y por eso solicité su amistad, para apreciar de cerca lo que ya admiraba de lejos.

No necesito preguntar á Zorrilla, García Gutiérrez ni otros autores lo que Vd. es, porque ya lo sé yo como ellos; pero si preguntara á alguno su opinión respecto á la crítica en general me respondería Zorrilla en una loa representada, no en los *Bufos*, sino en el teatro del Príncipe el año 1840, lo siguiente:

«Yo te conozco, quién eres
Sé bien, y de mí ocultar
No puedes o que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.
Crítica, tú eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hielos bañada está.
Pero no puedes los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oídos
Para tu canto mordaz.
Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosa caduca,
Que has perdido tu beldad.
Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remolcar.
Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.
Aparta, cuervo engreído,
Que pavoneándote vas
Con las plumas que recoges
En pos de la garza real.»

Créame Vd., Sr. D. Federico; oféndanse en buen hora los que merecen mis calificaciones, aquellos cuya historia no está limpia; pero no los que con dignidad y *decoro*, que todo hace falta, emitan sus independientes opiniones sin que nadie pueda acusarlos jamás de venalidad ni inconsecuencia. Sin aludir á Vds. para nada, algunos escritores existen, y Vd. puede que conozca varios, que insultan al que les niega dinero, y más aun al que se le da. Algunos periódicos hay que exigen de las empresas dos ó tres butacas diarias; y si esta no accede á su petición, la declaran la guerra y obligan á su crítico á hablar mal de cuantos poetas y actores trabajan para aquel teatro.

Respecto á la acusación de inconsecuencia, citaré solo un hecho. Si el Sr. Saco, crítico de *La Iberia*, que hace una cruel guerra á los *Bufos* desde que Arderius colocó su cabeza *parlante* sobre un velador, tuviera memoria, recordaría que fué autor *in partibus* de una *loa pantorrillada*, titulada *Tanto corre*

como vuela, en la que dicho Sr. Arderius colocó su cabeza sobre un pedestal. En la cabeza de Arderius, este se pintó la cara de encarnado, en la del Sr. Saco de blanco. Tal vez consista en la diferencia de colores, que lo segundo fuera una gracia literaria y lo primero un espectáculo indecoroso.

Por eso digo yo en mi revista:

«¿Qué han de merecer tus juicios
Entre las gentes sensatas,
«Si lo que ayer aplaudías
«Hoy silbas y despedazas?»

Yo no aspiro, como el Sr. Saco afirma, y Vd. tal vez cree, á ser académico de la lengua, ni príncipe de los poetas españoles: aunque *poeta huero*, y *escritor bárbaro*, y *descarado rapsodista*, y caballero aficionado al mosto (que todo esto y más me llama la *culta crítica moderna*), no lo soy tanto para figurarme tales despropósitos. Lo que yo deseo, lo que yo creo tener derecho á exigir es que la crítica trate á los escritores con *decentia*; que cuando un autor se equivoque, la crítica le corrija, si sabe más que él, sin *insultarle*; que no estén las reputaciones, ni el talento, ni el saber, ni la virtud (y, como Vd. comprende, no lo digo esto por mi pobre personalidad), sujetas al capricho del primer advenedizo que se le antoje destrozarlas con sus chistes, ó mancharlas con una calumnia; que cuan o un crítico yerro, sufra que un escritor se lo diga, sin tener por desvergonzado y atrevido desacato, lo que es justo y legítima defensa; que recuerden los críticos y *gacettilleros* una pregunta con que *El Imparcial* concluyó una polémica personal hace un año.

«¿Por qué ha de emplearse la *sátira* y la crítica en zaherir á un escritor honrado y laborioso que vive con el producto de su constante trabajo, cuando hay en España tanto vigarido que la merece?»

Esto es lo que yo quiero; lo que sin haber tenido el valor de decir públicamente, quieren todos los escritores dramáticos de España; esto es lo que quiere el público, que al sentenciar á mi favor el pleito aplaudiendo *Los Misterios del Parnaso*, no lo hizo por lo que tenía la loa de *pantorrillada*, sino por lo que tiene de cruelmente verdadera.

No hablo de la colaboración del Sr. Arderius en mi revista. Desmiento el hecho; pero aunque fuese cierto, sabido es que solo es responsable de una obra el que la firma.

Antes de concluir, permita Vd. que en mi *bárbaro* estiloamente dos cosas. Es la primera que Vd., en quien todos sus compañeros los autores dramáticos (y soporte Vd. con resignación la desgracia de que yo me cuente entre ellos) reconocen un superior talento, se haya dejado arrastrar por los que necesitaban del prestigio de su nombre para hacer olvidar el suyo, y claro es que no me refiero á los que no estén en este caso; y es la segunda que haya llegado mi falta de ingenio hasta el extremo de que me entienda todo el mundo, menos Vds., dando lugar á que críticos decentes hayan incurrido en las mismas faltas que yo criticaba en mi revista.

Si alguien hubiera podido dudar de la verdad de mis acusaciones, el espectáculo que algunos críticos y *gacettilleros* están dando en la prensa acerca de mi persona, me da la razón por completo.

Doy á Vd. las gracias primero y á ellos después: sus insultos, sus calumnias, sus ataques personales, sus epigramas y sus chistes, me están proporcionando en la opinión pública uno de los mayores triunfos que he alcanzado en los diez y siete años de escritor público que he cumplido por estas *yerbas*.

Después de la presente contestación, no pienso volver á tomar la pluma en este asunto. Dispense Vd. que le haya obligado á leer estos desaliñados renglones, y mande como guste á su constante admirador y afectuoso compañero Q. B. S. M.

LUIS MARIANO DE LARRA.

Madrid 12 de Setiembre de 1868.

II.

Sr. D. Luis Mariano de Larra.

Pecador soy, amigo mío, y no de los menores; pero nunca creí que mis culpas merecieran penitencia tan grave como la que me impone usted enviándome su carta, y obligándome por ende á leerla. Dios se lo perdone como yo se lo perdono, y á mí me tome en cuenta la santa resignación con que acepto este cáliz de amargura.

Siete días con sus siete noches ha tardado usted en contestar; pero desde luego puede dar por bien empleada la semana, y aun las siete de Daniel, si todas juntas las hubiera gastado en tan lucida tarea;—porque gracias á ese prolijo esmero viene la carta hecha un asena de oro y adornada con *las más mejores galas* de la elocuencia,—para valirme de una elegante frase suya que años há tuve la dicha de oír y que desde entonces no se aparta un punto de mi memoria.

Solo siento que su misiva llegue tarde, casi á la hora de ajustar el periódico, porque tal circunstancia me hará contestarle á vuela pluma en el poco tiempo que para ello me queda.

Verdad es que aunque recibida el 14, trae su carta fecha del 12, pero eso solo prueba que Vd. no quiere ser de los que entregan pronto la carta.

A las once y aun más de la mañana, recibo, pues, su favorecida; la cual, si por una parte pudiera llamarse *carta de gracia* (pues gracia y no poca tienen las excusas que presenta y los cargos que fulmina), por otro lado más bien parece *carta de marear*, según es el mareo que en mí produce la confusión de sus especies y el desorden de sus ideas.—En todo caso no es *carta de seguro*,—pues del seguro se va Vd. en ella más de una vez;—ni *carta pastoral*, aunque no deja de tener relación con la bucólica. *Carta acordada* tampoco me lo parece, por que á la verdad está escrita con poco acuerdo y ninguna cordura; y menos aun será *carta de crédito*, porque maldito el que de todo esto puede Vd. sacar. Si como viene escrita en papel viniera en pergamino, no titubeara en llamarla *carta pécora*, y entonces pienso que acertaría.

No está mala pécora, en efecto, la tal carta, con sus conatos de *sátira* y sus pujos de elegia, con su forzada explicación de gratuitas injurias y con su lacrimosa vindicación de supuestos agravios. Todo en ella se vuelve cabos sueltos y rabos de lagartija: que si donde dijo Vd. la *crítica* no quiso decir *la crítica*; que si un folletinista le trató en otro tiempo con dureza; que si los críticos han desenterrado con irreverencia las cenizas del inmortal Figaro; que si Selgas...; que si Frontaura...; que si el *Gil Blas*...—¿Qué sé yo el bodrio que compone usted de quejas y malicias, depullas y lamentaciones, de carcajadas y sollozos, de epigramas anodinos y lirismo pedestre.

Verdad es, que si en el conjunto no muestra usted su espíritu dialéctico, en los pormenores luce la riqueza de su imaginación acomodando los hechos á las necesidades del argumento, según los principios de la *poética*, ya que no de la historia. ¡Es singular su modo de ver las cosas!—Pensaba yo (y con-

migo cuantos habían asistido á *Los Misterios del Parnaso*) que Vd., y solo Vd., removió las cenizas de un hombre ilustre para cegar con ellas los ojos del público y para derramarlas como signo de penitencia sobre la frente de la crítica contemporánea. Creíamos todos haber visto que la crítica, tolerante, ya que no agradecida, las recogía respetuosa, contentándose con darles de paso un vistazo para convencerse de que pertenecían á un mortal, grande, ilustre, famoso; pero mortal al fin, y como tal, sujeto á las miserias de nuestra pobre naturaleza.—Su carta de Vd. viene, sin embargo, á probarnos que habíamos visto visiones; que todo ha sucedido al revés; que la crítica es la irreverente profanadora de tumbas, y Vd. el benemérito recolector de cenizas. ¡Vaya en gracia!—que gracia y mucha tiene el caso. Saca usted al tablado de los Bufos un ataud, nos aporrea con él lo mejor que sabe y puede, nos contentamos con saludar respetuosamente los restos del difunto que en él se encierran; y aun somos nosotros los infames, y aun es Vd. el santo, y aun pone el grito en el cielo, porque en vez de celebrarle la gracia procuramos enseñarle á respetar lo que para Vd. mas que para otro alguno debiera ser respetable.

¡Cosas son estas que miro
Que pienso que no son estas!

Pero aunque todos hubiésemos hablado, y aun hablado mal, del eminente safrico en cuanto escritor, ¿qué falta habríamos cometido en ello contra el decoro ó contra la modestia? Pues qué, ¿no se habla todos los días, y en todos los tonos, de Quevedo y de Cervantes, que, si no me engaño, eran, por lo menos, de tan buena madera como Figaro, y que, según pública voz y fama, pudrieron tierra mucho antes que él? Calientes estaban aun las cenizas de Moratin cuando el mismo Figaro le juzgaba con toda libertad. ¿Y quién vio ni pudo ver por eso agraviada la memoria ó profanada la tumba del insigne poeta?—Desengañese Vd., Sr. Larra, el amor tiene ojos de aumento, y esta vez ha visto Vd. visiones.

No tema Vd., sin embargo, que abuse yo de la mala posición en que le ha puesto la excesiva delicadeza de su corazón. No; indigno me parecería, por fácil que fuese, ridiculizar sentimientos nobles en el fondo, aunque exagerados en la forma, y extemporáneos en la aplicación.

Además, en que sea Vd. ferviente admirador de Figaro, no veo mal alguno, ni puedo verlo yo, que tambien lo soy; mayormente cuando, á mi parecer, no es su admiración tan extensa como profunda;—porque (hablando en puridad) entre todas las obras de su ilustre padre, Vd. solo admira de veras una—y esa, por cierto, nada tiene de literaria.—Si pudiera Vd. apreciar las demás, ya lo echaríamos de ver en sus escritos.

Déjenos Vd. por Dios, si no es mucho pedir, el derecho de juzgar la vida pública de quien públicamente haya vivido, mucho mas cuando Vd. se toma la libertad de juzgar, ó mas bien, de suponer actos privados, y lo que es peor, de aplicarlos á ojo de buen cubero, con criterio poco atinado y en forma poco franca.

Da Vd. á entender que cuando recojo la pulla, cerca de mí habrá dado; y tal suposición, sobre falsa es absurda, como todas las suyas. Una de dos: ó sabe Vd. á quién quiso referirse en la acusación de venalidad, y entonces esta suposición es una nueva calumnia, ó no lo sabe, en cuyo caso está Vd. mas atrasado de noticias que el público. El público va sabiendo ya á quién podía herir el dardo aguzado por Arderius y disparado por Vd.; sabe que el interesado no es crítico ni lo ha sido nunca, porque la chismografía de bastidores no se llama crítica literaria; sabe además que el susodicho no ha despegado sus labios, y halla muy natural esa conducta, porque solo quien está sano puede cumplir cierto refrán tan conocido como poco halagueno para los cirujanos.

Precisamente por eso ha sido dura la crítica en esta ocasión, y habrá de serlo mas ó menos en cuanto se diga sobre el particular: en la dureza está la prueba de la inocencia, y solo irritando al acusador puede desmentirse la acusación.

Yo por mi parte creo que no han hecho bien los que, tomando el asunto por lo serio, han dado contestaciones excesivamente severas á cargos ridiculamente absurdos. La mejor prueba de este juicio la tiene Vd. en mi conducta, pues pudiendo acogerme á la indignación me acogí á la risa. Pero es el caso que la hilaridad de este su humilde servidor le pone á usted fuera de sí, ni mas ni menos que la ira de otros, y si con la una se irrita con la otra se entenece. Es Vd. singular, amigo don Luis: á la sombra se hiela y al sol se abrasa; de tal modo, que, para dejarle tranquilo, sin temor de que se nos malogre, no veo mas camino que reconocer humildemente la justicia de sus acusaciones y la suavidad de sus denuestos. Lástima que hoy no me halle de ese humor, porque si da Vd. en sentirlo se quedará seco como un esparto, ó como un ingenio bufo, que todo es comparar.

Lo de Selgas no lo entiendo, por mas que lo leo, y sospecho que otro tanto ha de sucederle á Vd., por mas que lo haya escrito; que de esas cosas se escriben á veces sin entenderlas. ¿Qué quiere Vd. decir? ¿Pretendió culpar á la crítica literaria por las injusticias cometidas de industria ó de ignorancia por quien nunca la ejerció ni pretendió ejercerla? En ese caso, confunde Vd. la crítica con la sátira, lo cual, por lo visto, es achaque de familia.—¿Pretende Vd., por el contrario, culparme á mí de lo que otros escribieron en tal ó cual periódico, donde se publicaban artículos míos siempre con mi firma? Entonces procede Vd. con tanta justicia, como si yo echara en rostro á Ronconi los gallos de Arderius, por el solo hecho de haber cantado ambos en un mismo teatro. ¿Qué pensaría Vd. de quien le achacara los despropósitos de *La Isla de los Portentos*, so pretexto de que se representaron en los Bufos como *Los órganos de Móstoles*? Responda cada cual de sus pecados, que harto hará con eso,—y aun Dios y ayuda.

Por mi parte, tan lejos estoy de menospreciar á Selgas, que antes pienso haberle mimado como pocos. Si algun día tiene Vd. el capricho de conocer mi opinión particular acerca de ese escritor *sui generis*, puede verla en un número de *La Democracia* correspondiente á Setiembre ó Octubre de 1864, donde, á propósito de cierta zarzuela suya, manifesté de pasada la estimación que me merece su ingenio tan brillante como paradójico.

En cuanto á Frontaura, lea Vd. el último número de su periódico, y cuando vea la benevolencia con que me trata podrá conocer si me atribuye complicidad en el malhadado caso á que hace Vd. tan inoportuna referencia. Seguro está que ninguno de los dos me atribuya la dureza ni la grosería de que Vd. se queja; queja tanto mas rara, cuanto que se refirió á un escrito en el cual por primera vez he tratado de imitar el tono de Figaro, ya que seguir aun de lejos su ingenio, es empresa superior á mis fuerzas.

A este propósito he de referirle un caso que viene aquí tan de molde como anillo en dedo, ó como calumnia en zarzuela bufa.

Confesábase cierta dama con aquel padre Tomás Sanchez,

que escribió dos tomos acerca del matrimonio y murió en olor de virginidad. Admirada la penitente de las preguntas y observaciones del reverendo, hubo de decirle: «Padre, mucho sabe en la materia.» A lo cual respondió el venerable: «Pues hija, ella y otras como ella me lo enseñaron.»

Paréceme, Sr. D. Luis, que habrá Vd. entendido lo que es aquí el confesor, y excuso decirle quién es el penitente.

Por lo demás, duro ó blando, parcial ó imparcial, yo no he dicho ninguna de las *palabrotas* que en su carta supone.

Si como tiene Vd. mucho conocimiento del arte escénico (cosa que nunca le he negado y que hoy reconozco gustoso), tuviera alguna idea de otra cosa que se llama estilo, sabría que un mismo pensamiento, vestido de distinto modo, puede pasar por pulla delicada, por ofensa grave y por insulto soez. En eso consiste toda la diferencia que hay, por ejemplo, entre Voltaire y el abate Desfontaines.

Solo tengo empeño en explicar una palabra que no ha entendido Vd., aunque lo mismo le ha sucedido con otras varias de mi carta. El adverbio *barbaramente* y el adjetivo *barbaro*, aplicados á la calidad del estilo, solo significan que el lenguaje contiene *barbarismos*, es decir, *gras peregrinos ó extranjeros* contrarios á las reglas de la sintaxis y á la pureza de la lengua. Ya ve Vd. si media distancia entre esto y lo que Vd. ha creído entender. Lo mismo podría decirle de las demás palabras que tanto le han escocido.

Si hubiera Vd. dicho en su zarzuela, como en su carta, este ó aquel gacillero pide oro ó billetes, ni yo ni mis compañeros habríamos tomado cartas en el negocio. Pero cuando se personifica á la crítica, y sin distinción ni excepción alguna se arroja un sambenito á los bombos de cuantos la eje cen, razon tienen para rechazarlo y para demostrar que la mezcla de lo malo y de lo bueno ha existido siempre,—como lo patentizan los versos de Zorrilla escritos en 1840 y citados por Vd. en 1868 para probar su duda lo contrario de lo que desea.

Quiere Vd. que la crítica corrija sin insultar, y para darnos ejemplo principia Vd. por llamarla *parcial, dura, grosera y venal*, y no con perifrasis ni eufemismos, sino con la primitiva desnudez de su estilo primitivo. Esos, esos se llaman insultos en buen castellano, según podrá Vd. verlo el día en que se tome el trabajo de estudiar nuestra lengua, como puede hacerlo cuando guste.

Pero Vd. dice que en eso no se refería á los críticos sensatos, y yo quiero creerlo. Sin embargo, ¿en qué podía conocerse su intención? La mejor prueba de que en la zarzuela yo no distingo de colores, y de que no fia Vd. en el resultado de la lectura, es que han pasado diez días desde su estreno y aun no ha tenido por conveniente imprimirla, Vd., que á la mañana siguiente de estrenarse *Flores y Perlas* despachaba ya la segunda edición, aun antes de imprimirse la primera,—cuya existencia, por otra parte, no ha llegado hasta hoy á mi noticia.

Doy á Vd. las gracias por el ofrecimiento de su casa, y celebro que tan buenos frutos recoja de su honrado trabajo. Pero como amigo le aconsejo que no cite ese resultado para abonar el mérito de sus obras literarias, porque en Francia, donde Dennery vive en la opulencia, murió pobre Alfredo de Musset, lo cual prueba que no son una misma cosa la literatura y la economía política.

Excuso decir á Vd. que lejos de rechazar (como supone) el nombre de compañero con que me honra, lo acepto con agradecimiento. A Dios gracias nunca he dejado de hacer justicia á sus prendas personales, y veo que Vd. tampoco desprecia las mías cuando con tal título me favorece.

Lo que extraño es que haya Vd. soñado (porque visto es imposible) las amenazas que supone haber en mi carta. Yo que no tolero amenazas huyo siempre de dirigirlas á personas tan punzonosas y bonradas como Vd.

Por eso extraño que en su carta me repita con insistencia que es hombre,—á mí que sin juramento lo creo. Yo tambien lo soy—hasta donde le permite nuestra flaca naturaleza. Pero francamente no acierto á comprender en qué puedo serle útil bajo ese concepto. Sin embargo, sea como quiera, sabe Vd. que siempre me tiene á sus órdenes.

Entretanto aprovecho esta nueva ocasión de repetirle suyo afectuoso compañero (y nunca enemigo) Q. B. S. M.

FEDERICO BALART.

GENEROSIDAD OPORTUNA

Nos asociamos, sin mas reservas que las que imperiosamente puedan imponer altas razones de Estado, al generoso deseo expresado por algunos de nuestros colegas, de que en vista de los espantosos desastres ocurridos en el Ecuador y el Perú, se dé por terminada la guerra sostenida por nuestra patria contra dichas Repúblicas, dado que esto pueda hacerse sin ulteriores perjuicios ó grave menoscabo de nuestra dignidad y de nuestros intereses allende el Atlántico. Si esto no es conveniente en términos absolutos, atendido el actual estado de nuestras relaciones con aquellos países, siempre procederá un aplazamiento en toda gestión de carácter hostil; siempre será esta una ocasión de mostrar una generosidad tanto mas oportuna cuanto que el honor de nuestras armas ha quedado perfectamente á cubierto de toda ofensiva duda en Chile y en el Callao.

Ha sonado para nosotros, respecto de los que hasta aquí han sido nuestros enemigos, la hora del olvido de antiguos y recientes agravios; y si consideraciones de que en manera alguna no es posible prescindir, exigen ciertas reparaciones ó la obtención de determinadas garantías para el porvenir, nuestra conducta respecto de nuestros hermanos de la América del Sur, debe ostentar hoy de una manera amplia y ostensible ese carácter de nobleza de sentimientos, que si bien sienta en el individuo, es, discretamente aplicada, uno de los mas legítimos títulos de la gloria de las naciones.

Aparte de esta consideración, en todos casos altamente atendible, téngase en cuenta que, aunque enemigos nuestros los habitantes de las Repúblicas del Pacifico, no por serlo han dejado nunca de ser nuestros hermanos; no por serlo han dejado de hablar nuestro idioma, ni renunciado á nuestras costumbres. Sus virtudes y sus defectos son en gran parte los que podemos considerar como nuestros defectos y virtu-

des nacionales; sus países han constituido la parte mas brillante y codiciada de nuestros dominios, y po espacio de tres siglos su historia no ha sido sino una serie de episodios de nuestra propia historia.

Y si tales datos y recuerdos debían ejercer gran influencia en la política seguida por España respecto de aquellos países, aun cuando ninguna catástrofe de las producidas por la naturaleza hubiera ocurrido, no hay para qué entretenerse en poner de manifiesto la conveniencia de colocarse respecto de ellos en una actitud de benevolencia y hasta de auxilio, no menos recomendable, políticamente considerada, que examinada á la luz de los mas dignos sentimientos de humanidad y desinterés.

Nuestros conflictos en América no deben ser considerados, por dolorosos que hayan sido, como conflictos internacionales, sino como meras discordias intestinas, sin que el hecho accidental de la distancia pueda introducir diferencias sustanciales en la esencia de los hechos.

La hora de los cataclismos superiores al poder humano, no es la hora de la satisfacción á mano armada de justos ó injustos resentimientos nacionales; cuando las ciudades, siquiera enemigas, son barridas del haz de la tierra por misteriosas é irresistibles fuerzas, en virtud de inexcrutables designios, naciones y gobiernos deben tender á la desgracia una mano amiga, obedecer á humanitarios propósitos y abrir el pecho á sentimientos de fraternidad, realizan lo esta, aun cuando no tuviese realizada de antemano por la sangre y por la historia, como lo está entre España y las Repúblicas hispano-americanas.

Pedimos, pues, en nombre de la generosidad española, si á la paz completa se oponen altas razones de Estado, toda la tregua que para rehabilitarse de los horribles desastres de que acaban de ser víctimas, necesiten nuestros enemigos de ayer, nuestros hermanos de siempre, de las Repúblicas sur-americanas.

MANUEL M. FLAMANT.

CIFRAS IMPORTANTES.

De un estado que figura en el *Anuario estadístico de España*, correspondiente al año 1858, referente á las cantidades á que ascendieron los derechos de los efectos introducidos con destino á ferro-carriles y obras públicas, á cuyas empresas se concedió la franquicia de estos derechos, extractamos el artículo siguiente:

Aduana de Valencia.—Ferro-carril del Grao á Játiva: año 1851, 1.376.731 rs. vn.; año 1852, 10.927.866 reales vellon; año 1853, 8.768.437 rs. vn.; año 1854, 2.035.839 rs. vn.; año 1855, 621.062 rs. vn. Total, 23.730.015 rs. vn.

La longitud de dicho ferro-carril es de 59 kilómetros y 745 metros, y el presupuesto para su construcción fué de rs. vn. 35.252.000, el cual no debe de haber sufrido alteración notable en la realización de las obras, en razon á la uniformidad topográfica del terreno que recorre aquel camino. Pero, aunque no fuese así, respecto de la totalidad del presupuesto, lo sería siempre en cuanto al material fijo y móvil de la línea que en él figurase, y á cuyo destino debían servir los efectos introducidos con exención de derechos.

Pues bien, esta franquicia, como se ve, ascendió á mas de las dos terceras partes del costo del camino.

Es de notar, á la par de esta enormidad, la gradación particular que se observa en aquellas partidas, en coincidencia con las diferentes situaciones políticas de aquel período.

Nos abstenemos de todo comentario por ahora, hasta ver si hay quien pueda explicar el hecho de una manera satisfactoria para todo el mundo: el hecho de que habiendo sido el coste total del ferrocarril del Grao á Játiva de 35.252.000 rs., la exención de derechos del material en favor de aquella compañía, se haya elevado á la inconcebible suma de 23.730.015 rs.

No es dado extender esta inspección á las demás empresas de ferro-carriles, por no comprenderse en el anuario de 1858, no estando terminadas en 1856 á que solo alcanza el estado en aquel inserto, las líneas que en él figuran, á excepción de la del Grao á Játiva; y por no existir—y sobre esto llamamos muy particularmente la atención de nuestros lectores—por no existir en el anuario de 1861-1864 estado alguno que detalle y especifique la importancia de esos derechos, pues vienen en él involucrados bajo una sola partida con otros artículos, incluso los valores del tabaco.

La reina de Inglaterra, que residió en Balmoral hasta el día 2 de Noviembre, según hemos anunciado, se trasladará á Windsor, donde se detendrá hasta Diciembre. S. M. pasará la Navidad en Osborne y volverá, como de ordinario, al palacio de Windsor, permaneciendo allí durante el invierno.

Dicen de Berlin que el emperador de Rusia es esperado el 27 por la mañana, de donde saldrá el 28 por la tarde para Varsovia.

Por lo no firmado, el Secretario, EUGENIO DE OLAVARRÍA.

MADRID: 1868.

Imprenta de LA AMÉRICA, á cargo de José Cayetano Conde, calle de Florida Blanca, núm. 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

VINO Y JARABE DIGESTIVOS DE CHASSAING
 CON PEPSINA Y DIASTASIS
 Regularizan las digestiones dificultosas ó incompletas;
 Curan en poco tiempo todos los males de estómago;
 Contienen los vómitos y la diarrea;
 Vuelven el apetito y reparan las fuerzas.
Paris, 2, avenue Victoria.
 Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.
NO MAS CANAS MELANOGENA
 TINTURA SOBRES ALIENTE de DICQUEMARE aine DE RUAN
 Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor.
 Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.
 Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39.
 Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo.
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER
 Les únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de Paris, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Grippe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER
 Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebras amarilla y tifoidea.
 Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rubrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en Paris. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

Escuela de Farmacia de Paris. **LIQUEUR DE GOUDRON CONCENTRÉ GUYOT** Medalla de Plata 1860
 Único medicamento adoptado por todos los hospitales de Francia, de Bélgica y de España para la mejor preparación instantánea y de dosis exacta del AGUA DE BREA.
 (Dos cucharadas grandes de licor para un litro de agua, ó una cucharadita por vaso.)
 El modificador más poderoso de las mucosas del estómago, de los bronquios y de la vejiga.
 Exíjase la firma del inventor.
 Depósitos en Paris: Guyot, farmacéutico, 17, calle des Francs-Bourgeois (Marais); en La Habana, Sarrá y C^a; — en Matanzas, Genoulbac; — en Santiago-de-Cuba, Julio Trenard; — en Porto-Rico, Tellard; — Monclavo; — en Lima, Huzar y Castiglioni; — Dupuyron; — Nassias.

VERDADERO LE ROY EN LIQUIDO ó PILDORAS
 Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS
 Los médicos más célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la CURACION DE LAS ENFERMEDADES ocasionadas por la alteración de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los más infalibles y más eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamás malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos 2 una ó dos cucharadas ó 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco días seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instrucción indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atención y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.
Signoret
 DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN
 Rue de Seine, 51

JARABE Y PASTA DE VAUQUELIN BRONQUITIS AGUDAS ó CRÓNICAS
 ASMAS, OPRESIONES, CATARROS REUMAS, TOSSES, CONTINUAS, EXTINCIÓN DE LA VOZ
 son curados por el Jarabe y la Pasta preparados según la fórmula del distinguido é ilustre profesor VAUQUELIN. — En Paris, botica Vauquelin-Deslauriers, 31, calle de Cléry y en todas las farmacias.

PASTA Y JARABE DE BERTHE CON CODÉINA
 Preconizados por todos los médicos contra los Resfriados, la Gripa y todas las Irritaciones de Pecho.
AVISO
 Falsificaciones vituperables escitadas por el buen éxito del Jarabe y de la Pasta de Berthe, nos obligan á recordar que estos productos tan justamente renombrados no se entregan sino en cajas y frascos que llevan la firma del frente.
 Para la Esportacion, la venta no se efectúa sino en frascos. En La Habana, Sarrá y C^a.

PILDORAS DEHAUT
 —Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. — Al revés de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. — Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

MEDICAMENTOS FRANCESES EN BOGA
 De venta en PARIS, 7, calle de La Feuillade
 EN CASA DE
MM. GRIMAULT y C^a
 Farmacéuticos de S. A. I. el príncipe Napoleon.
 Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

JACQUECAS, NEURALGIAS, DOLORES DE CABEZA, DIARREAS Y DISENTERIAS
 CURACION INMEDIATA POR EL
INGA DE LA INDIA
 Esta planta, recientemente importada á Francia, en donde ha obtenido la aprobacion de la Academia de Medicina y de todos los cuerpos de sabios, goza de propiedades extraordinarias y ocupa hoy el primer rango en la materia médica. Detiene, sin peligro, las disenterias á las cuales se hallan sujetas las personas que viven en los países cálidos, y combate con el mejor éxito las jaquecas, dolores de cabeza y las neuralgias, todas las veces que tienen por causa una perturbacion del estómago ó de los intestinos.

POLVO DE BURIN DU BUISSON
 Aprobado por la Academia de Medicina de Paris.
 Basta con una pequeña cantidad de estos polvos. en un vaso de agua, para obtener instantáneamente una agua mineral ferruginosa, gaseosa, sumamente agradable, que en las comidas se bebe pura ó mezclada con vino. Es muy eficaz contra los colores pálidos, dolores de estómago, flores blancas, menstruaciones difíciles, empobrecimiento de la sangre, y conviene sobre todo á las personas que comunmente no pueden digerir las preparaciones ordinarias de hierro. Tiene la inmensa ventaja sobre las demás de no provocar el estreñimiento y de contener la manganesa que los mas sabios facultativos franceses consideran indispensable al tratamiento ferruginoso.

PASTILLAS DE TOMAS DIGESTIVAS DE BURIN DU BUISSON
 CON LACTATO DE SOSA Y MAGNESIA
 Este excelente medicamento se prescribe por los mejores médicos de Paris contra todos los desarreglos de las funciones digestivas del estómago y de los intestinos ó sea gastritis, gastralgias, digestiones pesadas y dolorosas, los eructos gaseosos y la hinchazon del estómago y de los intestinos, los vómitos despues de la comida, la falta de apetito, el enflequecimiento, la ictericia y las enfermedades del hígado y de los riñones.

ZARZAPARRILLA CONCENTRADA EN EL VAGIO Y PREPARADA POR EL VAPOR
 POR GRIMAULT y C^a FARMACÉUTICOS EN PARIS PARISIENSE
 Con la zarza roja de Jamaica, y conocida ya como muy superior á todas las demás preparaciones de la clase que se han presentado hasta hoy. A su gran eficacia como depurativo de la sangre une la ventaja de no irritar, ni que su uso cause inconveniente alguno, y luego lo equitativo de su precio.

PASTILLAS PECTORALES DE JUGO DE LECHUGA Y DE LAUREL REAL
 Este agradable confite contiene los dos principios más calmantes y más inofensivos de la materia médica, y su uso es muy comun en Francia para curar la tos, los resfriados, los catarros, irritaciones del pecho, catarro pulmonar, coqueluche, males de garganta, etc.

NO MAS ENFERMEDADES DE LA PIEL PILDORAS del Doctor CAZENAVE
 Estas Pildoras curan los empeines, comezon, liquenes, cezema, así como todas las enfermedades de este genero. El nombre del S^r CAZENAVE, médico en jefe del Hospital de San Luis de Paris, garantiza su eficacia.

JARABE DE LABELONYE
 Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.
 Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los más célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de vox, etc.

GRAGEAS DE GELIS Y CONTE
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
 Resulta de dos informes dirigidos á dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gelis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo á las jóvenes, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.
 Depósitos: en Habana, Lerverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Mejico, E. van Wingeart y C^a; Santa Maria Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garraicochea; Lascasas; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

PEPSINE BOUDAULT




EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867
la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada
A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT
la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleón III
y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eruetos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mujeres embarazadas
PARIS, EN CASA de HOTTOT, SUCES. 24 RUE DES LOMBARDS.
DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.
ESTABLECIDO CON LIBRERÍA,
MERCERÍAS ÚTILES DE
ESCRITORIO

en Valparaíso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile, admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remittente.

Nota: La correspondencia debe dirigirse a Nicasio Ezquer- ra, Valparaíso (Chile.)

FABRICA DE PESAS Y MEDIDAS
NUEVO SISTEMA METRICO DECIMAL

D. FRANCISCO DE P. YSAURA
DE
D. FRANCISCO DE P. YSAURA
BARCELONA.—CALE DEL OLMO, NUMERO 10.

Medidas lineales de todas formas y dimensiones en latón, hierro y maderas va- rias. Medidas ponderales, coleccionadas completas de pesos de latón y hierro. Medidas de capacidad para líquidos en latón, estaño y hoja de lata. Medidas de capacidad para sólidos en madera con arcos de hierro. Fabricados con toda solidez y precisión, garan- tidos con la marca del fabricante. Se mandarán dibujos y tarifas de precios si su de- manda viene acompañada de cuatro sellos de correo de 65 centimos de escudo.



La Parfumeria Victoria, gracias á la superioridad de sus productos y al se- mero de su fabricacion, es hoy la abastecedora de la aristocracia pari- siense y del mundo elegante.

Los nuevos perfumes preparados con el Extracto de Ylang-ylang, es- tracto que esta casa obtiene en las mismas islas Filipinas por la destila- cion de la Unona odoratissima, des- arian por su finura y suavidad la cons- currencia de todas las preparacione- conocidas. Las personas de buen gos- to pueden hacer la comparacion y se convenceran de que ningun otro perfume deja en el panuelo un olor tan esquisito como

SEVE VITALE CAPILLAIRE

POMADA VITAL CAPILAR.

CON LA AVIA VITAL Y LA POMADA VITAL ni salen canas ni se cae el pelo y desaparecen el paño y las comezones del cutis. Frasco, 9 francos.

AGUA BALAMICA, especial contra la caída del pelo, frasco, 6 francos.

Contra la jaqueca, ardores y toda clase de granos, y para dar al rostro brillo, frescura y belleza se empleará siempre con éxito el

AGUA DEL CELESTE IMPERIO,
que sirve para el tocador y los baños. Frascos, 3 y 5 francos.

Depósito central en PARIS, casa de GARGAULT, boulevard Sebastopol, núm. 106.

SALVADOR MANERO, EDITOR.

HISTORIA DE LOS CRÍMENES DEL DESPOTISMO.

CUADROS HISTÓRICOS

de la política y de la vida de los reyes y emperadores absolutos, y de los despotas y tiranos de todas las naciones de Europa, antiguos y modernos, hasta el establecimiento del sistema representativo y reconquista por los pueblos de sus derechos y libertades.

OBRA IMPARCIAL Y CONCIENZUDAMENTE ESCRITA

POR DON ALFONSO TORRES DE CASTILLA.

Esta obra constará de dos ó tres tomos de regulares dimensiones. Se suscribe en las principales librerías de esta capital ó directamente, enviando el importe de algunas entregas al editor, Ronda del Norte, 128, Barcelona, quien las remitirá francas de porte.

Se ha publicado el tomo primero, que consta de 155 entregas; los señores suscritores se servirán indicar el número de ellas que desean recibir semanalmente, de cuatro en adelante.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.
LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salidas de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde para Santa Cruz de Tenerife, Puerto-Rico, Habana, Sisal y Veracruz, trasbordándose los pasajeros para estos dos últimos en la Habana, á los vapores que salen de allí, el 8 y 22 de cada mes.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera	Segunda	Tercera
	ra.	ca.	ca.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.
Puerto-Rico.	450	400	45
Habana.	180	120	50
Sisal.	220	150	80
Veracruz.	251	154	84
Habana á Cádiz.	200	160	70

El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.

Se rebaja un 10 por 100 sobre dos pasajes, al que tome un billete de ida y vuelta.

Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete años, medio pasaje.

En Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá, 28.—Alicante: Sres. A. Lopez y compañía, y agencia de D. Gabriel Rabelo.—Valencia: Sres. Barrie y compañía.

LÍNEA DEL MEDITERRÁNEO.

Servicio quincenal entre Barcelona y Cádiz.

Salida de Barcelona, los días 8 y 23 á las diez de la mañana.

Llegada á Valencia, y salida los días 9 y 24 á las seis de la tarde.

Llegada á Alicante, y salida los días 10 y 25 á las diez de la noche.

Llegada á Málaga, y salida los días 12 y 27 á las dos de la tarde.

Llegada á Cádiz, los días 13 y 28 por la mañana.

Salida de Cádiz, los días 1 y 16 á las dos de la tarde.

Llegada á Málaga, y salida los días 2 y 17 á las doce de la mañana.

Llegada á Alicante, los días 3 y 18.

Salida de Alicante, los días 4 y 19 á las seis de la tarde.

Llegada á Valencia, y salida los días 5 y 20 á las cuatro de la tarde.

Llegada á Barcelona, los días 6 y 21 por la mañana.

Darán mayores informes sus consignatarios.

EXPRESO ISLA DE CUBA.
EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.

—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

PARA TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

BAÑOS.—GUARDERÍA RURAL.—PARTIDOS MEDICOS

Polvo importante que contiene el reglamento de los partidos medicos, el regla- mento orgánico para los establecimientos de aguas minerales y á ley é instruccion so- bre guardería rural, todo comentado por un abogado de la corte. Se hallará al precio de cuatro reales en la calle de San Mateo, núm. 22, y en todas las librerías del reino.

Los pedidos, acompañados del importe, á la calle de San Mateo, núm. 22, 69/10.

DEMOSTRACION FILOSÓFICA

de las tinieblas del siglo de las luces y de las verdades eternas y inmutables del Nuevo Mundo científico, por D. Vicente Puyats de la Bisbal.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias á la trastiaca, calle del Conde de Bar- jas 6, principal derecha.

LOS CAFES Y TÉS DE M. LOPEZ,
DEPOSITO CENTRAL: PUERTA DEL SOL, NUMERO 13.
SUCURSAL: TUDESCO, 32, MADRID.
PRECIOS.

GUSTAD Y COMPARAD.

TOPICO INDIANO
PARA HACER CAER EL VELLO.

Esta preciosa composicion posee la virtud de hacer desaparecer en un instante y sin tener su reparacion, el vello importuno de la piel que quiere hacerse desaparecer.

Empio pronto y á bajo precio, garantizando su efecto, 8 francos, en Paris, en casa de Mr. E. Testen, rue Neuve San Augustin, 10.

Deposito: Dr. L. de Brea y Moreno, calle de Archines, 5, Madrid.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes. 8 reales.

Provincias, un trimes- tre, directamente. . . 30 »

Por comisionado. 32 »

Ultramar y extranjero. . 70 y 80

Redaccion y administracion, Flo- ridablanca, 3.

EL EXTRACTO DE YLANG- YLANG Y EL BOUQUET DE MANILA

Ademas de estos dos extractos es- peciales, propiedad esclusiva de la Parfumeria Victoria, sus propie- tarios, los señores Rigaud y C^{ia}, lo son tambien de una de las principales fábricas de Grasse para la elabora- cion de materias primas destinadas á la perfumeria, y esta circunstancia les permite ofrecer al publico, en condiciones superiores de fabricacion, todos los extractos consagrados por la moda, entre los cuales citaremos:

Oxiacanto. Jokey-Club. Violeta. Madreselva. Magnolia. Reseda. Ess. Bouquet Mariscala. Rondeletia. Frangipan. Mil-flores. R. Mousseuse Jazmin. Muselina. Etc., etc.

TOLUTINA RIGAUD

Admirable agua de tocador que puede considerarse como un verda- dero talisman de la belleza y la última palabra del arte del perfumista. Con- serva la frescura de la piel, blanquea el cutis, y es superior en todos sus efectos á las aguas de Colonia, á los vinagres mas estimados y á la famosa agua de la Florida.

ACEITE Y POMADA MIRANDA

Notable preparacion compuesta de sustancias tónicas y fortificantes y que no vacilamos en calificar de tesoro de la cabellera. Embellece y afirma los cabellos, á los cuales comunica un de- licioso perfume.

JABON MIRANDA

CON BASE DE JUGO DE LIMOS Y DE LECHUGAS

Basta comparar este jabon con los que se fabrican diariamente para re- conocer que debe dársele la preferen- cia. Satina la piel, produce abundante espuma que transforma el agua en un baño lechoso, y su perfume es de los mas delicados.

DENTORINA Y PASTA DENTRIFICA

La Dentorina es un elixir dentrifico de gran suavidad: perfuma y refresca agradablemente la boca, afirma las encias y preserva los dientes de la carie.

La Pasta dentrifica ha operado una revolucion en este ramo de la toilette, suprimiendo los polvos y opiatos mas ó menos acidos y peligrosos. Basta pasar por la superficie un cepillo humedecido para obtener un mucila- go untoso que comunica á los dientes una deslumbradora blancura.

POLVO ROSADO

Preserva la piel de los rigores del viento y del frio, le comunica una dulce frescura y evita la reproduccion de las pecas. Es superior á los polvos de arroz y de almidon. Su perfume es esquisito.

Depósito en Madrid, Borrel her- manos, puerta del Sol, 5 y 7; José Simon, las Perfumerias, Alcalá, 34; Frera, calle del Carmen, 4; En Bar- celona, Renaud Germain.

Deposito en la Habana, Sarrá y cp En Filipinas, Federico Steck.

ALMACENES DE COK Y CARBONES MINERALES.
EN COMPETENCIA, CALIDAD Y PRECIO CON TODOS LOS DE SU CLASE.
Calle de la Tahona de las Descalzas, núm. 6, esquina á la de Capellanes, y calle de la Farmacia, núm. 1, esquina á la de Fuencarral.

GRAN REBAJA DE PRECIOS,
DESDE 1.º DE ABRIL.

	Por quintales sueltos.		Por carros de 25 quintales.	
	Reales.	Cénts.	Reales.	Cénts.
Cok superior del gas, grueso ó cribado con as- tillas.	15	12	12	50
Cok fuerte de Santullán, id. id.	15	12	12	50
Carbonilla para fraguas.	15	12	12	50
Carbon de piedra de Belmez.	14	15	15	50
Carbon de piedra inglés.	17	16	16	50
Hulla menuda para fraguas.	11	10	10	50

Para los almacenes de carbon, se hace rebaja. Todo puesto á domicilio, garantizando el peso y la calidad de los carbones. Carros de transporte y de mudanza para dentro y fuera de la poblacion, de 8 rs. porte en adelante, segun la distancia.